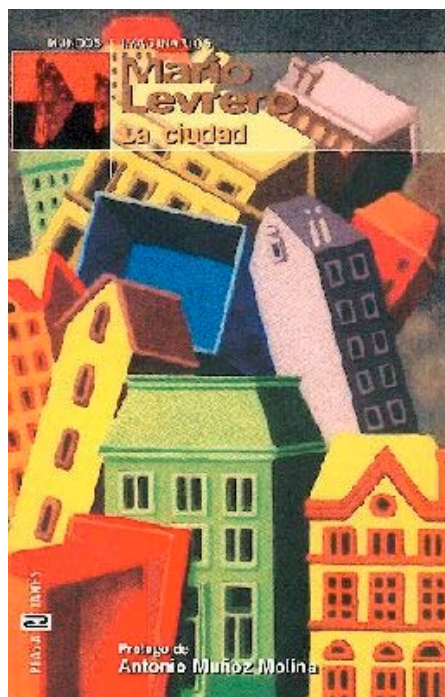


Libros Tauro  
[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)

# LA CIUDAD



**Mario Levrero**

*A Tola Invernizzi*

-Veo allá lejos una ciudad, ¿es a la que te refieres?

-Es posible, pero no comprendo cómo puedes avistar allá una ciudad, pues yo sólo veo algo desde que me lo indicaste, y nada más que algunos contornos imprecisos en la niebla.

KAFKA

## PRÓLOGO - LA LÓGICA DE UN SUEÑO

No se puede leer La ciudad sin un sentimiento de desasosiego que en muchos pasajes linda con una forma amortiguada pero persistente de exasperación. Y sin embargo, la superficie del relato es de una perfecta neutralidad, de una transparencia expositiva y sintáctica que no se altera en ningún momento, y en la que no hay adornos ni golpes de efecto. La novela se abre con unas palabras de Kafka que aluden a una ciudad hipotética o inasible, y esa cita, más que una intención, lo que marca es una cierta tonalidad. Como en las fábulas de Kafka, en La ciudad apenas hay asideros espaciales o temporales que delimiten la historia, y su narrador, su dudoso protagonista, que no tiene nombre, se mueve por una geografía despojada de ellos, de modo que es una sorpresa, y casi una revelación, que muy cerca del final se aluda a un punto de destino localizable en los mapas: Montevideo.

Tampoco hay casi nombres de personas: descubrimos por azar el de una mujer, Ana, y el de un raro anfitrión y empleado, Giménez, pero incluso esos nombres tienen mucho de genérico, de nombres puramente abstractos que igual podían haberse aplicado a otros, o ser falsos. Desconocemos, como el narrador, los nombres de las personas que se cruzan con él y de los lugares por los que pasa, no porque él no llegue a saberlos, sino porque suelen carecer de ellos. La ciudad, lo que arbitrariamente se llama ciudad, no tiene un letrero que la anuncie en la carretera, y tampoco tiene contornos precisos, y ni siquiera lógica: una inmensa y flamante estación de servicio en un lugar por donde no pasan coches, una serie de edificios más o menos en ruinas. Imaginamos la aldea a la que llega el agrimensor K., pero en ella, al menos, aunque tampoco tiene nombre, hay un castillo que la domina y que la identifica, un punto hacia el cual se orientan las miradas y las voluntades, el imán de un misterio.

Desde la primera línea de este libro singular uno ya está plenamente instalado en el desasosiego: todo lo que se cuenta es vívido y preciso, pero también es abstracto, e intuimos que posee una lógica oculta, pero en apariencia los hechos y los lugares no se organizan en un sentido previsible: la sensación es muy parecida a la que tenemos en algunos sueños, pero los sueños suelen ser inquietos y de algún modo caóticos, de una inconsistencia temblorosa, al menos al recordarlos, y en esta historia todo tiene un aire inaceptable de serenidad. Un hombre llega a una casa para instalarse en ella, pero la casa pertenece o ha pertenecido a otros y lleva mucho tiempo cerrada, y el orden de los muebles, como fosilizado por el tiempo, desconcierta al nuevo habitante, que debe pasar en ella la noche, pero no tiene luz eléctrica, ni esperanza de comodidad, porque todo está empapado, todo tan húmedo como el aire de la noche lluviosa, a la que él sale, sin meditarlo mucho, en busca de un almacén donde comprar algunas cosas, un almacén que no sabe o no recuerda dónde está, y que de cualquier modo no podría encontrar, porque es noche cerrada y hace mucho tiempo que no ha estado por esos caminos, si es que los ha recorrido alguna vez...

Cada libro de verdad valioso nos impone desde el principio un estado de ánimo, una determinada actitud hacia lo que estamos leyendo. Desde el principio de La ciudad el lector se ve sometido a una rara discordia entre la avidez de continuar la lectura y un impulso de interrumpirla y abandonarla, parecido al deseo o a la urgencia de despertar que nos inquietan en el interior de algunos sueños, o a ese principio de crispación nerviosa que contiene algunas veces la mejor música del siglo xx. Queremos saber qué va a ocurrirle a ese hombre perdido, tan perdido como los niños en los bosques de los cuentos, queremos que se seque su ropa, que encuentre su casa, que consiga fumar un cigarrillo, y lo que nos exaspera no es que le cueste tanto culminar sus propósitos, hasta los más nimios, sino que se tome los contratiempos que sufre con una calma o una indiferencia que para nosotros, los lectores, es imposible.

Esa calma inhumana procede de la aplicación de una rigurosa racionalidad a sucesos que no la tienen, y parece a la cara impassible con que Buster Keaton presencia los mayores desastres, los acontecimientos más inesperados. El humorismo de Keaton no es ajeno al de Franz Kafka (que lo tiene, y mucho, a pesar de su leyenda de sombría angustia), y compensa la impávida monotonía del infortunio que aflige a su héroe, su imposibilidad de culminar con éxito cualquier propósito. En Mario Levrero yo intuyo un fondo más denso de amargura: la mujer rozada y casi ofrecida y de pronto inalcanzable, la búsqueda por un laberinto de pasillos y puertas cerradas y escaleras sumergidas en la oscuridad, los campos desolados sin huella de presencia humana, la carretera que no parece que lleve a ninguna parte, el tren con las puertas cerradas. Igual que en Franz Kafka, la ley es oscura, pero la culpa es cierta, y el castigo -el destierro- inevitable.

Por algún motivo, un estilo y una imaginación como los de Mario Levrero son raros en la literatura escrita en español: demasiado austero, demasiado recatado y liso para la retórica instintiva de nuestro idioma. Y sin embargo, a este escritor tan raro y tan solo yo le intuyo parentescos que me son muy queridos: este hombre que llega a una casa invadida por la humedad y se pierde en la carretera a oscuras se parece a aquel otro que viajó a un pueblo llamado Comala en busca de su padre, Pedro Páramo, al que no había visto nunca. Estos paisajes lluviosos, esas oficinas y dependencias minuciosamente organizadas y gangrenadas a la vez por la inutilidad y el desastre nos habían contagiado ya una melancolía y una exasperación semejantes en otra novela uruguaya, El astillero, de Juan Carlos Onetti. A esa estirpe recóndita de escritores en el español de América pertenece Mario Levrero.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA  
Madrid, junio de 1999

## PRIMERA PARTE

### 1

La casa, al parecer, no había sido habitada ni abiertas sus puertas y ventanas durante muchos años.

El interior estaba en orden, aunque adecuado al gusto y las necesidades de los anteriores habitantes -equivalente, para mí, a un desorden-. Pero, quiero decir, no había objetos tirados en el suelo, y los muebles, en lugares que si bien podrían no ser los indicados para mi comodidad, no estorbaban el paso, ni ocupaban posiciones sin sentido (como suele ocurrir, de encontrar una mesa de luz con la puerta vuelta hacia la pared, o una cómoda colocada de tal modo junto a otro mueble que resulta imposible abrir sus cajones).

Quizá antes de entrar, en el momento de abrir la puerta, noté la humedad; las paredes y el techo goteaban, todas las cosas estaban húmedas, como cubiertas de baba, el piso resbaloso. Y el aire enrarecido, con olor a cerrado y a larga ausencia de seres humanos.

El tiempo no ayudaba; desde hacía unos días no se veía el sol, y caía sin tregua una fina llovizna y, de vez en cuando, un chaparrón muy fuerte. La casa no tenía ningún sistema de calefacción; me iba a ser imposible desalojar la humedad por el momento.

En la cocina había un viejo primus, pero nada de combustible; sólo unas botellas, con olor a querosene, amontonadas debajo de la piletta, detrás de una cortina de nailon.

Recordé que, no muy lejos de allí, había un almacén; me pareció que la primera medida sensata sería salir, aún bajo la lluvia y a pesar del cansancio, a comprar querosene para tratar de hacer andar el primus.

Pero luego pensé que quizá no valiera la pena; no podría secar la humedad ni siquiera de las cosas más necesarias, como la ropa de cama y la que tenía puesta; si bien me

sería útil para preparar alguna bebida caliente, que necesitaba, esto no parecía compensar la caminata.

En principio abrí las ventanas, y lentamente comenzó a circular un aire nuevo, aunque el olor a cerrado persistiría por algún tiempo; luego comencé a ordenar -o desordenar- las cosas, a fin de poder habitar, aunque en forma precaria, la casa.

Quité los colchones, que estaban doblados sobre las camas, y los amontoné en el suelo; luego, con algunas ropas que traía en las valijas, improvisé un lecho, sobre el elástico oxidado de una de las camas.

La noche se acercaba y tenía que encontrar la manera de pasarla con un mínimo de comodidad; quizá al día siguiente brillara el sol, y todo me resultara más fácil.

Finalmente resolví ir al almacén. No se me había ocurrido traer algo para comer, y empezaba a sentir hambre; y al tratar de encender la luz -porque en el interior de la casa se veía poco, aunque faltaba un buen rato para que cayera la noche- encontré que no había corriente eléctrica. Busqué una llave general, o una caja de tapones, pero no hallé nada; luego se me ocurrió que era muy probable que la compañía de electricidad hubiera cortado el suministro, por falta de pago, quizá mucho tiempo atrás. Al no encontrar, tampoco, velas o un farol, me puse entonces, más por costumbre que por protección real, el impermeable que me había quitado al entrar, y salí, dejando abiertas puertas y ventanas, y comencé a caminar.

No estaba seguro de la ubicación del almacén; luego me di cuenta de que más bien no tenía mayor idea del lugar donde podría encontrarse. Había ido una sola vez, hacía años, y en compañía de otra persona -sin necesidad de prestarle especial atención al recorrido para fijarlo en la memoria; y, aunque lo hubiese hecho, probablemente ya lo habría olvidado.

Con todo, me sentí impulsado a caminar hacia la derecha, y a buscar con la vista una señal que despertara el recuerdo.

Había pocas casas, y no parecían estar habitables. Paredes descascaradas e incluso semiderruidas; jardines invadidos por altos pastos y plantas silvestres, y una desoladora ausencia de signos de vida humana.

Me sentí desanimado y pensé en volver; tanto los descampados que bordeaban el camino, como las casas, y las bifurcaciones o los caminitos laterales, parecían iguales entre sí, sin ninguna particularidad que me invitara a la esperanza. Sin embargo seguí caminando, un poco por inercia, y también porque no quería volver, con el estómago vacío, a pasar una noche angustiosa en aquella casa húmeda y oscura.

Caía, en efecto, la noche; los contornos de las cosas, ya un poco diluidos por el agua, iban perdiendo toda nitidez. Pensé que en algún momento, debido a la oscuridad que progresaba, se encendería un foco de luz en alguna parte. Allí encontraría un sitio para reponer fuerzas.

Pero pronto la oscuridad fue total, y el foco esperado no se encendió.

2

La situación fue empeorando.

La lluvia, que ya me había obligado a quitarme los lentes, ahora me entraba en los ojos, después de saturar las cejas. Mi pañuelo chorreaba agua, y me resultaba imposible continuar secándome los ojos y la frente.

A menudo salía del camino, o metía los pies en charcos. Resolví quitarme zapatos y medias, que, empapados, servían sólo de estorbo. El impermeable tampoco tenía ya ninguna utilidad; el agua, con su persistencia, se colaba por todas partes, hasta en el interior de los bolsillos.

Luego intenté el regreso, dejando por completo de lado la idea del almacén; la única idea que cabía, en esas condiciones, era la de encontrar un refugio, escapar a la lluvia lo más pronto posible. Pero la oscuridad, y los resbalones y las caídas -especialmente las que sufría al salirme del camino- me habían desorientado, y seguía andando sin saber si me acercaba o me alejaba de la casa.

Anduve mucho tiempo así, no sé cuánto, tropezando y maldiciendo, moviéndome por la sola voluntad de las piernas, con ganas de tenderme en el camino y quedarme allí, en desesperada resignación. De pronto, a lo lejos, divisé un par de luces en movimiento.

A causa de la distancia, de la lluvia, de las ondulaciones del camino, dudaba de la dirección en que las luces se movían; a veces parecían alejarse. Pero pronto se hizo evidente que se acercaban y por fin el vehículo, que resultó ser un viejo camión, estuvo a pocos metros. La luz de los faros me reveló que yo estaba muy al costado del camino, y era probable que el conductor no tuviera posibilidad de verme; corrí, moviendo con dificultad mis piernas insensibilizadas, y agité los brazos. El camión se detuvo.

Me aproximé a la ventanilla del conductor; no podía ver a quién me dirigía porque la cabina estaba a oscuras, y en ese momento apagaron los faros.

-Por favor -exclamé-. Permítame subir, lléveme a alguna parte.

No hubo una respuesta inmediata; me pareció oír una discusión, aunque el ruido del motor -que el chofer mantenía acelerado- no me permitía escuchar las palabras. Al fin, se oyó una gruesa voz:

-¡Suba!

Sonó como una orden.

Me costó alcanzar la otra puerta; en un principio había pensado en dar la vuelta por detrás, pero temí que el camión arrancara sin darme tiempo a subir. Tuve también una duda, sobre si debía viajar en la cabina, donde era posible que no hubiese espacio, ya que además del conductor viajaba por lo menos otra persona. Pero sin detenerme a pensarlo di la vuelta por delante y busqué la manija de la portezuela, que ubiqué con cierta dificultad; desde adentro no se hizo ningún esfuerzo por ayudarme. Al fin conseguí abrir y trepé penosamente hasta el asiento, demasiado alto.

Como en muchos camiones, no había ningún tipo de estribo y, para subir, era necesario apoyar un pie en la rueda.

La voz murmuró algo así como que no tenía toda la noche por delante y que podía haber subido con mayor rapidez; el camión arrancó antes de que yo tuviera tiempo de cerrar la portezuela.

Dentro de la cabina, la escasa luz de los focos que reflejaba el camino permitía ver algo; así me enteré de que junto al conductor iba una mujer, pero no pude distinguir mucho de las facciones de ninguno de ellos. El camionero tenía espesos bigotes, y una nariz bastante grande; el rostro de la mujer estaba más en sombra. Apenas pude ver el pelo, que le caía sobre la cara.

-¡Está chorroando agua! -exclamó la mujer sin mirarme, después de un breve silencio que también me resultaba agresivo. Luego habló con el camionero, en otro tono-. Ya te dije que no debíamos dejarlo subir.

El hombre permaneció mudo; ella, en cambio, siguió murmurando, aunque sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular. Pensé que debía decir algo, y aproveché un respiro de la mujer para explicar que no conocía la zona, que había salido a hacer una compra y que la noche me había sorprendido sin haber podido encontrar el almacén; pero mi historia no pareció despertar el menor interés, y la dejé morir, haciéndose más agresivo el silencio.

Pronto mi atención fue reclamada por un extraño movimiento de la mujer, lento y continuo. Con sorpresa tuve que reconocer que se estaba deslizando, pacientemente, hacia mi lado.

En un principio creí que trataba de acomodarse, y me apreté todo lo que pude contra la portezuela. Como respuesta obtuve, de inmediato, un violento y agudo pellizcón en el brazo derecho, que me hizo retorcer en silencio.

Mientras tanto, seguía parloteando contra mí, describiendo todos los daños que mi ropa mojada le causaba al tapizado del asiento (que, por otra parte, me pareció en muy malas condiciones; un resorte se me clavaba en la espalda y otro en una nalga, y cuando trataba de cambiar de posición siempre aparecía un nuevo resorte para mortificarme).

Y mientras hablaba arrimó su pierna desnuda contra la mía y la frotó levemente, a pesar de que mis pantalones estaban empapados. Yo la observé de reojo, pero ella aparentaba mantener su actitud agresiva, murmurando y sin mirar hacia mi lado. Aparte de causarme asombro, y una cierta inquietud, este comportamiento me llevaba a una primera actitud de rechazo hacia ella; me vi sin saber qué hacer. Por un lado creía que mi respuesta a sus provocaciones (una aproximación, una caricia), significaba una falta de respeto por el camionero, quien, según ella misma, había resuelto admitirme en el camión. Por otro lado, un franco rechazo podría llevar su mal humor, aparente o no, a un grado tal que el hombre se viera obligado a hacerme bajar, para complacerla, o para no tener que soportarla más.

Por un instante se me ocurrió que la relación entre ellos podría no ser, como uno tendía a suponer en un primer momento, de índole amorosa; sin embargo, de no existir ésta -o una relación meramente conyugal- no veía motivo para que el camión fuera propiedad común -como parecía serlo, por el hecho de que el camionero podía decidir mi presencia en él, y la mujer protestar por la misma causa (aparte de su preocupación por el tapizado)-; pensé incluso en una relación laboral, pero me pareció una idea estúpida.

Ella proseguía sus manejos; ahora me apretaba, de vez en cuando, la rodilla con la mano, e insistía en pegarse contra mi costado. En otras condiciones, se me habría despertado el deseo; en ese momento, por el contrario, comenzaron a dominarme el temor y la angustia.

Busqué excusas para mantener la indiferencia; surgió la idea de que la mujer debía de ser fea, desagradable (la voz, sin embargo, sonaba cálida y joven); me dije que una mujer hermosa no necesitaría la dependencia que significa viajar en su camión para entablar relación con un hombre; a menos que el camionero -si era en verdad su marido- fuera tan celoso que no la abandonara en ningún momento, y ella estuviera obligada a aprovechar determinadas situaciones.

Sin querer resolví el conflicto, o al menos lo postergué, refugiándome en el sueño. Me dio tan buen resultado -quiero decir que cesaron las provocaciones, y también las ofensas- que cada vez que despertaba fingía continuar durmiendo, hasta que me volvía a dormir realmente.

Al despertar atendía, esperando escuchar alguna cosa de importancia para mí; pero creo que en ningún momento despegaron los labios.

El agotamiento, y la tensión nerviosa -presente y pasada- hacían que en mi mente se mezclaran pensamientos e imágenes en desorden; y esta mezcla que reinaba en el sueño se prolongaba, en forma confusa, al despertar.

Soñaba que estaba en la casa; pero era mucho más grande y tenía infinidad de piezas, todas habitadas por extraños. Había gran bullicio, y un interminable ir y venir por los corredores. Pasaban junto a mí, ignorándome; yo estaba convencido de que me había vuelto invisible. Me ponía a veces en el camino de alguien, pero no me llevaban por delante, sino que me sorteaban, aunque haciendo parecer el rodeo casual, o distraído, sin fijar nunca la vista en mí.

En forma paralela seguía pensando en el problema de la mujer y el camionero; se me ocurría que ese sentimiento de respeto, o gratitud, que me impedía responder a los reclamos eróticos de la mujer, era exagerado, ya que si bien el camionero me había

recogido, aun en contra de la opinión de ella, era éste su deber como conductor, y como ser humano, y no tenía derecho a tratarme con brusquedad -como lo hizo en un principio, cuando me costaba subir-, ni a ignorar con tanta falta de cortesía mi explicación acerca de por qué me encontraba allí, en el camino, en medio de la lluvia y de la noche, o a mantener ese obstinado silencio agresivo.

Este razonamiento, no tan nítido como aquí lo expreso, y cargado de emociones muy intensas, un poco exageradas, se perdía entre las imágenes del sueño, que iban por otro lado, separadas, y de pronto subían a la superficie, pasando a un primer plano. Me encontraba otra vez en la casa, en una de las piezas, haciendo el amor con la mujer del camionero, tendidos en el suelo. La pieza estaba vacía, sin un solo mueble, las paredes desnudas. El sueño no me resultaba grato; no había una carga de erotismo que lo acompañara. Mi forma de hacer el amor era distraída, preocupado por mis pensamientos en torno a ellos (y, curiosamente, pensaba en ella como en otra persona, como considerando un problema abstracto, a pesar de que, al mismo tiempo, tenía plena conciencia de que era ella la mujer con quien estaba acostado) y miraba pasar gente por el corredor, frente a la puerta, en ese constante ir y venir.

Algunos asomaban la cabeza y seguían de largo, otros se quedaban observándonos gravemente durante unos instantes, pero nadie hacía demostraciones de picardía, o desaprobación; más bien se nos examinaba con curiosidad y reserva, a veces como si se tratara de un fenómeno científico.

### 3

Al abrir los ojos comprobé que ya había salido el sol. Observé a mis compañeros de viaje. La mujer dormía, la cabeza apoyada en el hombro del camionero. Era joven; sin ver sus ojos no me habría atrevido a determinar la edad, pero era seguro que no pasaba de los treinta. Su pelo era muy negro, y el cuerpo pequeño y bien formado.

El camionero seguía impassible al volante, sin dar muestras de fatiga, los ojos fijos en el camino, con expresión seria y concentrada, aunque no desagradable. Tenía ojos grandes y saltones, y la piel curtida; su pelo también era negro, pero más brillante que el de la mujer. No le di más de treinta y cinco años; es posible que llegara a los cuarenta y no los representara, aunque, en verdad, nunca tuve mayor habilidad para calcular la edad de la gente.

Hice algún movimiento exagerado para mostrar que ya estaba despierto, confiando que, con la luz del día, se hiciera más comunicativo. Extraje un peine del bolsillo de la campera y me peiné; luego me pasé las manos por la cara, tratando de despejarme.

Pero nada alteró la actitud del hombre, que siguió impassible, fiel al volante y al camino.

La mujer despertó rato más tarde, cuando el sol nos daba de frente, en los ojos. El paisaje era para mí desconocido, aunque no esperaba por ese lado ninguna sorpresa. He viajado poco, y es raro que reconozca los lugares por donde paso, quizá porque los paisajes se parecen en todas partes (o, si lo pienso mejor, porque al viajar nunca me fijo en los detalles; más bien acostumbro a posar la vista cerca del vehículo que me transporta, y veo los postes, los alambrados, los árboles o el borde de la carretera, confundidos en rápida sucesión; esto me resulta más interesante que observar los detalles, me permite pensar con mayor libertad, o tal vez no pensar en nada).

La mujer tampoco me prestó atención. Se limitó a alisarse el pelo con las manos y a echar una rápida mirada hacia mi lado, como para comprobar que yo estaba aún allí. Y luego se dedicó a hacerle mimos al camionero, y a hablarle en tono cariñoso, refiriéndose en general a un cansancio -que el hombre no demostraba- y a lo terrible de tener que viajar tantas horas detrás del volante.



Quise encender un cigarrillo, pero el paquete se había mojado, y estaban todos echados a perder. Hice una bola con la cajilla, en forma evidente, y la arrojé afuera, con la esperanza de que el camionero me convidara con tabaco. Pero tampoco en esta ocasión se sintió aludido, aunque varias veces lo había visto fumar. Resignado, me puse a mirar por la ventanilla.

Al cabo de un rato me aclaré la garganta y pregunté si faltaba mucho para llegar a alguna parte, y si por la carretera pasaba algún ómnibus, que pudiera llevarme a mi destino. Reconozco que mis preguntas fueron bastante imprecisas, pero el silencio que hasta ese momento habían mantenido mis acompañantes no me permitía ser más exacto. Me molestó la carcajada que lanzó el camionero y que fue seguida, con cierto retraso, por una risa tonta de la mujer.

-¡El señor quiere saber si falta mucho para llegar a alguna parte! -exclamó el hombre, en tono de burla, y volvió a reír, sin darme respuesta.

La mujer comentó que sería interesante saber cómo podrían decirme si un ómnibus me llevaría a mi destino, si no tenía la menor idea de adónde quería ir.

Esto dio motivo a que siguieran conversando entre ellos, en un tono más ameno, que hasta les permitía sonreír de vez en cuando. Yo seguía sin respuesta y no me animaba a insistir, porque de repetir la pregunta tendría que haberme mostrado agresivo, indicando que si yo no sabía dónde me encontraba, y si ellos ignoraban mi destino, se debía pura y exclusivamente a su falta de cortesía, por no haber entablado conversación conmigo.

No es que me hubiese costado gran trabajo mostrarme desagradable, porque ya me tenían harto; pero la verdad es que me sentía cómodo en el camión -o por lo menos seguro-, aunque ya no lo necesitara en la misma medida que la noche anterior. Por otra parte, caminar por la carretera me habría resultado beneficioso para desentumecerme y secarme el cuerpo y la ropa; pero temía quedar aislado, sin encontrar medios para regresar. Hasta el momento no nos habíamos cruzado con ningún otro vehículo, ni con el menor signo de actividad humana.

Y debo confesar que me atraía la mujer; no me refiero al atractivo físico, que sin duda era importante, sino más bien a su extraño comportamiento durante la noche, esa curiosa dualidad para conmigo.

En ese momento no tenía ojos más que para el camionero, y su actitud hacia mí, entre burlona y despreciativa, me pareció más auténtica que el enojo anterior, o su intención de despertarme el deseo. De pronto, sin que mediara ninguna señal previa de advertencia, el camionero detuvo el vehículo y dijo:

-Aquí termina el viaje.

Nada había cambiado en el paisaje. Nada hacía suponer que habíamos llegado a destino. Deduje entonces que el viaje había terminado nada más que para mí, y me dispuse a bajar. Así era, sin duda, porque el motor seguía en marcha, y ninguno de ellos parecía pensar en descender. Tomé mis zapatos y mis calcetines, que había dejado en el piso de la cabina, así como el impermeable, abrí la portezuela y, antes de saltar fuera, dije alguna palabra de agradecimiento que de inmediato me pareció ridícula.

Cerré con fuerza la portezuela y me quedé junto al camión, esperando que partiera. Comencé a sentir un olor desagradable y particular. Al mismo tiempo noté que el salto me había lastimado los pies, y un largo dolor me iba subiendo por las piernas, resentidas por el entumecimiento debido al frío pasado y a la inmovilidad a que habían estado condenadas durante horas.

La puerta se volvió a abrir y la mujer bajó apresuradamente.

-¡Ahí la tiene! -me gritó el camionero, asomando su gran cabeza por la ventanilla de nuestro lado, para lo cual tuvo que tirarse a lo largo del asiento-. Si no estuviera cumpliendo una delicada misión oficial, en la cual llevo, por otra parte, bastante retraso por culpa de ustedes, y si el reglamento no lo prohibiera expresamente, estén seguros de que no se librarían de una buena paliza -y movía sus espesas cejas, como disfrutando de

la idea-. Pero si me bajo, ustedes echarían a correr y perdería mucho tiempo tratando de alcanzarlos, aunque no les quepa la menor duda de que los alcanzaría, tarde o temprano. Creo -agregó, con una sonrisa maligna, pero dulcificando, falsamente, el tono- que de todos modos tendrán su castigo, y mucho más terrible del que yo pueda propinarles. Mientras tanto -me miró con ojos profundos y temibles, más saltones que nunca- puede seguir manoseándola, todo lo que quiera. Es divertido, ¿verdad?

Lanzó una carcajada sin alegría.

-Tiene una carne dura, maciza, elástica, propia para ser manoseada y pellizcada -prosiguió-. ¡Y las piernas! Las piernas están cubiertas por un vello áspero y fino, que produce en la mano un cosquilleo especial. -Su cara había perdido la dureza de las horas anteriores y parecía casi simpática al hacer la descripción, aunque los ojos seguían siendo duros y crueles. Apretó los gruesos labios y torció hacia abajo las comisuras-. Ya perdí bastante tiempo con ustedes. -Y por encima del ruido del motor, después de soltar el freno, y mientras comenzaba a alejarse, gritó:- ¡Cerdos!

Me quedé clavado allí donde estaba, confuso e incómodo. No había tenido oportunidad de abrir la boca para intentar una mínima defensa; de todos modos, de haberla tenido, no lo hubiese hecho, para no acusar a la mujer -cosa que, inevitablemente, habría sucedido al explicarme-; tampoco el camionero hubiera estado obligado a creerme; por el contrario, lo más probable es que considerara mi explicación como una forma cobarde de descargar mi culpa sobre ella, y esto quizá le hubiese encendido aún más la furia, hasta el punto de hacerle olvidar ese reglamento y el atraso que llevaba (según él, por culpa nuestra, aunque por mi parte no le hice perder más de cinco minutos, sin contar todo el que perdió él por su propia voluntad al endilgarnos el estúpido discurso final).

Al mirar alejarse el camión descubrí con sorpresa cuál era su carga, y el origen del olor que había detectado momentos antes: ni más ni menos que un inmenso montón de basura, resultado sin duda de recolecciones domiciliarias, una montaña de materias en descomposición.

Me pregunté el porqué de tan largo viaje transportando esa porquería, que podía haberse quemado en algún lugar próximo al de la recolección; ninguna utilidad que pudiera obtenerse de esos residuos -cosa muy dudosa, por otra parte- habría justificado los gastos de transporte.

De todos modos el camionero tomaba muy en serio su trabajo, lo que me hizo pensar que alguna importancia habría de tener; me extrañó también lo estricto del reglamento y del horario.

El camión fue tragado por una subida de la carretera que lo cubrió definitivamente, luego de alcanzar la parte más alta; me alivió sentir que ya no lo vería, aunque temí que en cualquier momento diera la vuelta y el hombre tratara de tomarse la venganza anunciada.

4

Esperaba encontrar una mirada baja, expectante o temerosa; pero al volverme hacia la mujer vi sus ojos clavados en mí, con expresión altiva y de reproche.

Separó los labios para decir algo, pero al parecer se arrepintió. En cambio echó a andar con paso rápido y firme, en la misma dirección del camión. La seguí, porque igual pensaba caminar hacia allí; ya sabía lo que había detrás; nada -apenas un paisaje monótono y vacío-; hacia adelante quedaba, al menos, la esperanza de hallar algo distinto, aunque ante la vista sólo se extendían campos alambrados, sin cultivar.

La carretera no era mala; pese a las últimas lluvias no abundaban los charcos, y era pareja y con pocas piedras; pensé que una carretera bien cuidada, aunque fuera de tierra y pedregullo, debía llevar a algún lugar de cierta importancia, y aunque hasta ahora no

había sucedido, quizá por ser muy temprano, era lógico suponer un tránsito de regular intensidad.

Hice un alto para calzarme porque el pedregullo seguía lastimándome los pies y me resultaba incómodo llevar zapatos y medias en la mano; estaban mojados, al igual que toda mi ropa, y no tenía perspectivas de poder secarlos en un plazo más o menos breve.

La mujer dio algunos pasos más y también se detuvo, a esperarme, pero sin volver la cabeza hacia mí. Seguí andando y ella reanudó la marcha, con el mismo ritmo, sin abandonar el silencio.

Al cabo de una media hora de marcha uniforme decidió esperarme, y cuando llegué a su lado me tomó de un brazo y dijo:

-Tengo hambre.

No era una simple información. Había en el tono, aparte de enojo y reproche (acentuados por la dureza de la expresión), algo de imperativo -como si, aparte de la posibilidad material, tuviera la obligación de alimentarla.

-Yo también -respondí y mantuve mis ojos clavados en los suyos, sin desviar la mirada, para darle a entender que no me sentía culpable de la situación.

Seguimos caminando, con menos entusiasmo. No tanto el hambre, sino la conciencia del hambre nos debilitaba; más, teniendo la certeza de que, de no mediar algo imprevisto, seguiríamos en la misma situación mucho tiempo. (Hago mal en hablar en plural; no es difícil que los sentimientos de la mujer fueran muy distintos de los míos. De todos modos, el hecho concreto es que el paso de ambos se hizo más lento.)

Al fin, tras otro largo rato de marcha, volvió a detenerse y me dijo:

-No quiero seguir caminando. Debes cargarme. La miré con incredulidad.

-¿Qué?

-Que debes cargarme. No quiero seguir caminando. Estoy muy cansada, y de todos modos no llegaremos nunca a ninguna parte.

-Es ridículo. Todos los caminos llevan a alguna parte. Y aunque fuera como dices, ¿de qué serviría que te cargara? Sería mejor, entonces, quedarnos aquí, al borde de la carretera. ¿Para qué caminar inútilmente?

Yo hablaba con rapidez y enojo. Me mortificaba razonar de una manera tan elemental, sobre algo tan estúpido.

-¿Y el camionero? -agregué-. ¿Para qué iba a seguir esta carretera, si no llevara a ningún lado? ¿Y nosotros, por qué no habríamos de llegar?

-No me hables del camionero -dijo, como si ésa fuera la única palabra que yo hubiera pronunciado-. No quiero volver a oír hablar de él.

Sin embargo siguió hablando de él, largo rato; explicó que se trataba de un hombre tosco y violento, que muchas veces se comportaba en forma brusca, pero que, en realidad, era de buen fondo y muy apreciado por sus superiores, porque cumplía fielmente con sus obligaciones y era muy trabajador, honrado y empeñoso. También sabía ser tierno, sobre todo con su mujer y sus hijos (aunque no aclaró si esa mujer era ella misma), y con todas las mujeres y niños en general. Sólo a causa de un gran enojo, como el que yo le había provocado con mi comportamiento infantil y desleal, podía haberla hecho bajar del camión como lo hizo.

-Por las buenas, sabiéndolo tratar -agregó- es muy fácil sacarle cualquier cosa; pero no soporta que la gente se comporte de una manera sucia con él. Ahora podríamos estar viajando los tres, cómoda y alegremente, como buenos camaradas, en lugar de habernos separado disgustados. Y sólo nosotros salimos perdiendo; aquí estamos, cansados y hambrientos. Y para colmo eres tan egoísta que no quieres cargarme, como sería tu deber.

No quise discutirle las mentiras; tanta insistencia me hizo dudar por un instante, pero repasé todas mis actitudes desde que subí al camión, para convencerme de inmediato de

mi absoluta inocencia; pero era evidente que ella no razonaba como una persona normal, y terminé por acceder a su capricho sin más conversación.

En principio traté de llevarla como a un niño, o un montón de leña -acostada sobre mis brazos extendidos, la nuca apoyada sobre mi brazo derecho y las piernas colgando a la izquierda-; pero en esta posición me cansaba mucho, y no pude dar más que algunos pasos. Cuando vacilaba al caminar empezó a reír, y la dejé en el suelo; no se levantó enseguida, sino que siguió riendo durante un rato, gritando de tanto en tanto que yo no podía con una mujer, ni siquiera con una mujer liviana como ella (y el juego de palabras la divertía), y que tal vez era incapaz de cargar en brazos a un niño de meses.

Fastidiado, la dejé en el suelo y seguí caminando. Pronto dejó de reír y me gritó que no la abandonara, pero no le hice caso, decidido a no detenerme más. Entonces se levantó y vino corriendo, con una velocidad que contradecía sus manifestaciones de agotamiento, y por sorpresa, de un salto, quedó trepada sobre mi espalda, rodeándome el cuello con los brazos, y pasando las piernas alrededor de mi cintura. En realidad, era ésta la manera más cómoda de llevarla; me molestaba, de todos modos, pero seguí caminando sin tratar de hacerla bajar.

Observé sus piernas, que eran realmente hermosas y que, tal como había dicho el camionero, estaban cubiertas de un fino vello. Sentí tentación de acariciarlas, y lo hice, lentamente. En efecto, el vello producía un cosquilleo especial en la palma de la mano.

Ella agitó las piernas, golpeándome los costados con las rodillas, mientras me insultaba y comenzaba uno de sus discursos: que todo el mundo encontraba muy divertido eso de manosearla y de tocarle las piernas, sin pensar en el abuso que cometían con una pobre mujer indefensa, etc.; pero sus palabras eran contradichas por la risa que dejaba escapar de vez en cuando, y por el tono general, alegre, como de parodia a sus discursos anteriores. Por fortuna pronto dejó de golpearme, pero de a ratos me pellizcaba la cara y el pescuezo, o me mordía las orejas. Me parecieron manifestaciones cariñosas, aunque a veces me hacían doler.

## 5

El sol del mediodía tornó insoportable la situación; pensé en la casa, en los húmedos colchones que ahora se podría estar sacando fuera, en la tarea de limpieza y ordenación para habitarla, y de pronto me sentí angustiado al hacer conciencia de la circunstancia actual: la fatiga en un lugar desolado y desconocido, el ridículo de cargar sobre mis espaldas a una mujer, y ese calor, progresivo y martirizante, que me iba cubriendo de transpiración, y el hambre.

Decidí detenerme. Le dije que se bajara, pero se negó; por el contrario, apretó más las piernas contra mi cintura y los brazos en torno a mi cuello. Le dije que ya no soportaba más, y que la haría bajar a la fuerza.

Rió, y comenzó a moverse como si estuviera cabalgando, dando pequeños saltos; entonces me fui dejando caer, despacio, para no golpearla, y ambos quedamos acostados sobre un lado, en medio de la carretera. Ella seguía sin soltarme, pero retiró la pierna que había quedado debajo de mi cuerpo, quejándose de que mi peso le hacía daño. Yo hice girar mi cuerpo hasta quedar encima de ella, y la besé.

Ella respondió con avidez; nos mordimos los labios, nuestros dientes chocaron más de una vez, el abrazo se hizo más apretado, sofocante; pronto llegué a sentir el gusto de la sangre, que nos corría por la boca.

Pero no logré llegar mucho más lejos; traté de desabotonarle la blusa, y allí comenzó la resistencia; se debatió con ferocidad, y luego empezó a gritar y más tarde a llorar. Me enfurecí, y la escena se volvió muy violenta; traté de desgarrarle la ropa, mientras sus manos me atenazaban las muñecas, empujando mis brazos hacia afuera; por fin, en el

límite de nuestras fuerzas, consiguió liberarse de mí, tirándome a los ojos un puñado de tierra.

Quedé enceguecido y rabioso, los ojos ardiéndome de una manera terrible. Ella, al parecer, se arrepintió; me ayudó a ponerme de pie y a limpiarme los ojos y la cara.

-Sabes -me dijo, con voz mimosa y compungida-. No quiero hacer el amor aquí, en la carretera. No me gusta. Vamos a seguir caminando. Mi casa está cerca, y allí estaremos tranquilos. Podrás descansar, y te lavaré la ropa, y te daré de comer. Y, si quieres, puedes quedarte a vivir allí, conmigo.

A mí me duraba el dolor en la vista, y la furia. Ahora sumaba otra burla a las anteriores; le respondí con alguna grosería.

Ella insistió. No quise discutir. ¿Cómo podía creerle? Pocos minutos antes había asegurado que no conocía el lugar en donde estábamos, que la carretera no conducía a ningún lado; ahora resultaba que vivía cerca de allí.

Su rostro y sus ojos adquirieron una expresión de gran sinceridad.

-¿No me crees? Vamos a caminar un rato más. Mira el reloj: verás que antes de media hora llegaremos a un camino que sale de esta carretera, sobre el lado izquierdo. Ese camino lleva a mi casa; no es tan lejos, pero hay que caminar. Cuando llegemos, tendrás tu recompensa. No lo dudes.

Sonrió con picardía, y tironeó de mi brazo. Reanudamos la marcha. Quise dejar constancia de que, a pesar de todo, no le creía una sola palabra; que la seguía porque no me quedaba otra alternativa. Le reproché todas las mentiras que había contado, todo lo que había fingido, incluyendo su comportamiento en el camión, la noche anterior, y su falta de respeto para con su marido, el camionero -cuyas cualidades, según ella misma, eran tan positivas-, y el haberme culpado injustamente, y a sabiendas, de haber sido yo quien lo ofendiera y lo hiciera enojar.

-¿Marido? -preguntó, asombrada, interrumpiéndome y sin siquiera pensar en dar respuesta a mis acusaciones-. Yo no tengo marido.

-Y el camionero, ¿qué es? ¿Tu amante?

-No; el camionero me recogió un rato antes que a ti; yo había salido a hacer una compra en el almacén y me perdí en la oscuridad, luego...

-¡Basta! -grité-. No quiero escuchar una palabra más. Ésa es mi historia, y no la tuya. Donde sigas hablando te dejaré sola.

-Yo no miento -murmuró. Luego siguió hablando-. Sucede que ves las cosas desde tu punto de vista, y cuando crees que algo es de una manera determinada no puedes admitir que, en la realidad, pueda ser de otro modo. -Volvió a adoptar esa expresión de profunda sinceridad, mirándome a los ojos-. Ves, por ejemplo, ese árbol; y estás convencido de que el viento trajo una semilla y allí creció, y que el año pasado estaba allí, y el anterior, y que siempre estuvo allí ese árbol. No se te puede ocurrir que, por ejemplo, pueda alguien haberlo trasplantado, porque no te parece lógico que alguien se tome el trabajo de trasplantar un árbol común, como hay tantos, hasta este sitio, donde, en apariencia, no cumple ninguna función, donde nadie repararía en él, ni podría distinguirlo de los otros árboles que crecen en gran cantidad cerca de la carretera. Pero, sin embargo, alguna función cumple el árbol: ya ves que me ha servido para explicarte cómo puedes estar equivocado en tu manera de pensar. Este hecho, ¿no justificaría que alguien (yo misma, por ejemplo, de haber tenido oportunidad) se tomara el trabajo de trasplantarlo a este lugar? ¿Y cómo puedes saber si he tenido o no oportunidad de hacerlo?

»Además -prosiguió, acariciándome la mejilla-, si miras a la izquierda verás, sin necesidad de seguir discutiendo, que realmente hay un camino. Yo no miento.

Miré y, en efecto, vi allí un camino. Era muy malo, de tierra; pero el hecho es que, al menos en esa oportunidad, no me había mentado.

Pensé que quizá había sido injusto con ella; que, en verdad, sus actitudes y palabras contradictorias podrían tener una explicación racional y, como ella había dicho, tal vez yo no sabía interpretar los hechos.

Por el momento me pareció que lo más sensato era seguir juntos y ver qué sucedía; me costó dejar la carretera, que prometía mucho más que ese pobre camino, aunque no tuviera certeza de encontrar un refugio en un plazo más o menos breve. Caminamos a paso rápido, sin que hubiera lugar a mayores comentarios.

Al cabo de unos momentos pregunté: -¿Cómo se llama el pueblo donde vives?

-No vivo en ningún pueblo -repuso, y siguió caminando en silencio.

-Entonces -insistí-, ¿este camino lleva directamente a tu casa?

-No -respondió, con cierto fastidio-. Hay un pueblo, antes de llegar a mi casa. Es muy pequeño, ni siquiera sé si tiene nombre.

-¿Y pasaremos por ese pueblo antes de ir a tu casa, o hay otro camino?

-No tenemos más remedio que pasar por allí -comentó, con un suspiro, dando a entender que la idea no le agradaba en absoluto. En ese momento unas nubes taparon el sol; luego cayó un chubasco breve y sorpresivo.

6

No tardamos en llegar.

Aquello, en realidad, no llegaba a ser un pueblo; no sabría cómo llamarlo. Diría que era, más bien, una gran estación de servicio, muy atractiva y de colores relucientes, rodeada de unas pocas casas viejas, agrupadas allí como al azar.

Noté enseguida una cierta animación en las calles y veredas; creo que, en verdad, quizá no había más de cinco o seis personas que se movían, pero después de no ver otra cosa que paisajes desolados durante horas, aquello me pareció un movimiento de proporciones.

En una manzana, ubicada frente a uno de los lados de la enorme estación de nafta, se agrupaban algunos comercios; según letreros que colgaban fuera se trataba de un bar, un almacén y una zapatería y parecían representar, junto con la estación, toda la actividad comercial de la zona.

Me pregunté de inmediato qué sentido podía tener esa estación, lejos de la carretera, en un pueblito miserable, al que se llegaba por un camino en pésimas condiciones; pero ya no quería razonar en vano; los argumentos de la mujer, cuando la acusé de mentir, me habían dejado un poco acobardado, aunque no me había demostrado nada, a excepción de lo verídico de su afirmación de que allí había un camino. Sin embargo mis sentimientos me llevaban a creer, ahora, en el resto -su casa en las proximidades-, a pesar de que las contradicciones anteriores eran graves, y algunas actitudes hacia mí, claramente falsas.

Pero si no puedo hablar de afecto, algo de simpatía comenzaba a sentir por ella.

Preferí pensar que la estación de servicio tendría algún sentido, puesto que allí estaba -como el árbol al costado de la carretera-, y que lo conocería en su oportunidad, y si no llegaba a saberlo tampoco tendría que preocuparme demasiado, ya que era un asunto que no me incumbía en absoluto.

Mi impulso natural fue dirigirme hacia el bar, porque estábamos muertos de hambre y de sed; pero ella se negó, diciendo que el bar estaba lleno de borrachos y gente grosera, que sin duda nos provocarían y hasta podrían agredirnos. Yo respondí que entraría solo, pero me detuvo tomándome del brazo y me pidió por favor que no entrara allí; que lo considerara como un favor especial hacia ella. Como vi que estaba de veras atemorizada no quise insistir; el bar tenía unas sucias cortinas que tapaban la vidriera y la puerta; no me fue posible observar desde la calle si, en efecto, estaba lleno de gente desagradable.

Entramos en el almacén. Era bastante pequeño, pero estaba repleto de cosas amontonadas sin orden y en una forma tal que se hacía difícil sacar algo de su sitio sin provocar un desastre; incluso se hacía difícil apreciar las distintas mercaderías, que sorprendían por su variedad y calidad. Yo me había hecho a la idea de que el almacén perteneciente a ese miserable grupo de casas destartadas (él mismo ocupaba un edificio muy viejo, casi ruinoso) debía ser como esos pequeños almacenes de campaña donde predominan la yerba, el alcohol de primus y las alpargatas. Pero el olor dominante no era esa mezcla de yerba y yute que presentía, sino un perfume, similar al del extracto de violetas, que suele dominar en algunas peluquerías de señoras, o en ciertas farmacias.

Y los objetos en venta no eran los que más podían suponerse: había relojes, cañas de pescar -algunas muy modernas-, radios a transistores, libros (en gran cantidad); también jabones finos y artículos de tocador, y herramientas, valijas de mano, equipos de caza, juegos infantiles, chucherías como las que suelen comprar los turistas (aunque sin la clásica leyenda «Recuerdo de...»); había, en fin, discos, tocadiscos, pelotas de fútbol, remos, máquinas de escritorio, artefactos eléctricos, y tantas cosas que no podía distinguir o que no tuve tiempo de mirar, ya que la persona que estaba detrás del mostrador carraspeaba, haciendo notar su presencia; y muchas cosas en las que sin duda reparé, pero que luego no pude recordar. (En este momento me viene a la memoria, no sé por qué, un objeto tonto: un reloj de juguete, con el ratón Mickey dibujado en el centro, cuyas manecillas eran los brazos del ratón; por encima tenía un contador, con cinco cuentas de colores: verde, rojo, amarillo, azul y negro. Marcaba las cuatro y veinticinco.)

Aparte de la colección en sí de objetos, sorprendía su aspecto poco atractivo, al contrario del que presenta en otros sitios; fuera por la disposición, fuera porque -no sé si a causa de la mala iluminación o de la tierra- tenía una apariencia de cosa vieja, aunque se tratara, en muchos casos, de novedades.

Mi compañera no parecía encontrar allí nada fuera de lo común; la mirada que paseaba era más bien aburrida, de espera.

Me acerqué al mostrador; detrás había un viejo, de lentes redondos y boina, a quien faltaban todos los dientes. Tenía cara buena y simpática, y estaba vestido con un traje azul de mecánico. Luego de saludarlo le pregunté si tenía algo para comer y beber.

Su voz sonó demasiado joven, y tenía cierto acento extranjero, me pareció que italiano; dijo, sin ironía, que el lugar más indicado para comer y beber era el bar que se encontraba precisamente al lado.

Le respondí que sabía de la existencia de ese bar, pero que tenía razones para comer y beber allí, en su almacén, si eso era posible. El viejo no agregó ninguna palabra y sacó una botella de cocacola, cubierta de polvo, de abajo del mostrador; la destapó y me la alcanzó sin agregar ningún vaso o pajilla.

Le pedí que alcanzara otra, para mi compañera, y recién entonces el viejo pareció reparar en ella; no puedo afirmar que hiciera un gesto especial de rechazo, pero me dio la impresión de que algo, en su manera un poco más lenta o deliberadamente torpe de moverse y destapar la segunda botella, indicaba que por lo menos no sentía afecto hacia la mujer, a quien sin duda debía conocer.

Luego, sin mirarnos, desapareció por una puertita que había al costado, detrás del mostrador, y volvió en pocos minutos, trayendo un par de platos con una especie de guiso, o más bien restos de guiso; al probarlo, pude detectar nada más que un gusto a papas y a zanahorias; los demás elementos me resultaban desconocidos, porque era una masa de cosas deshechas, demasiado cocidas y recocidas. Sin embargo comimos con ganas, incluyendo el pedazo de pan que colocó sobre el mostrador. Las cocacolas estaban tibias.

Mientras masticaba, no dejaba de observar al viejo; me interesaban sus reacciones ante la mujer. Pero mantuvo un silencio constante y la mirada baja, como sumido en cavilaciones.

Cuando terminé el plato le pregunté si no tenía zapatos para venderme, ya que los míos estaban casi destrozados. El viejo, con el mismo tono con que me había indicado la existencia del bar, respondió que también había una zapatería en esa cuadra. Yo insistí, manifestando que si tenía zapatos para la venta me daba lo mismo comprárselos a él que caminar hasta la zapatería y que, mientras tanto, podía echar un vistazo, buscando alguna otra cosa que necesitara.

Me preguntó el número que calzaba; se lo dije. Entonces comenzó a revolver entre unas cajas amontonadas en el suelo, a un costado del mostrador. Mi compañera, a todo esto, había terminado de comer y me tironeaba de una manga, impaciente por irse.

Le hice señas de que tuviera paciencia, y ella me susurró al oído que sería mejor que nos fuéramos, ya que ese viejo se pasaría todo el resto del día buscando mis zapatos y que no encontraría ningún par que me viniera bien.

No le hice caso y empecé a hacer una lista mental de las cosas que debía comprar; en primer término, varios paquetes de cigarrillos; hasta el momento había soportado bastante bien las ganas de fumar, pero ahora, luego de llenar el estómago, sentía una real necesidad. El segundo elemento de la lista era chocolate; estando lejos de casa, y sin saber qué podía sucederme, era una medida sensata hacer provisión. En tercer lugar, uno o más pares de calcetines.

La vista de tantos objetos me tentaba; habría comprado, por ejemplo, de buena gana, una radio a transistores; pero pensé que debía ahorrar dinero, también en previsión de lo que me pudiera suceder.

Fue en ese momento que descubrí el temor que me dominaba. ¿Cuánto tiempo hacía que vivía preocupado por lo imprevisto? Quizá desde que salí de la casa, en busca del almacén; quizá desde mucho tiempo atrás, o desde siempre. Pero recién allí, y en ese momento, palpé clara, consciente, casi diría objetivamente, ese temor que habitaba en mí en forma subterránea.

Lo palpé como a un objeto grande que topara en la oscuridad de un cuarto cerrado; pero me resultaba un objeto familiar, como un ropero; en el momento no pensé tantas cosas y me limité a reconocerlo y sorprenderme.

La mujer volvió a urgirme para que nos fuéramos. La miré a los ojos, y descubrí algo raro: una mirada en la que había miedo, ansiedad, y, al mismo tiempo, disimulo y perversidad. No puedo describir con exactitud esa mezcla confusa de sensaciones que me produjo, pero pensé que bien podría ser ella la causa del temor que me dominaba en las últimas horas, o que, al menos, ella lo acentuaba, si es que ya existía en mí.

De inmediato tuve necesidad de tener una charla clara y definitiva con ella; que me explicara su proceder y sus intenciones. De no quedar satisfecho, la abandonaría sin más trámite; quizá no fuera ésa la solución a ningún problema, pero me permitiría una mayor tranquilidad de espíritu, una mayor confianza en mí mismo. Luego me entendería a solas con mis problemas y mis nervios; ahora se trataba de eliminar un factor importante de angustia.

La tomé del brazo, expresándole que ya nos íbamos, y me acerqué al viejo para decirle que no podía esperar más por el par de zapatos; que me disculpara la molestia causada y me cobrara por la comida. Pero si bien el hombre seguía moviéndose cerca de las cajas, me llamó la atención el sentido general del movimiento, que no era precisamente el de búsqueda.

Me aproximé un poco más, y entonces pude darme cuenta de que en realidad no estaba buscando ninguna clase de zapatos, sino jugando, con unos juguetes pequeños, de plástico, de distintos colores, que semejabán camiones, omnibuses y trenes.

Los colocaba en fila y su mano arrugada empujaba lentamente al último, de modo que todos caminaban como vagones de ferrocarril; pero en el suelo había muy poco espacio, y apenas el conjunto se ponía en movimiento, cuando el primero de los vehículos chocaba



contra algún objeto, y todos los demás saltaban de la fila. El viejo, demorando un tiempo exagerado, la reconstruía con infinita paciencia.

Sin atreverme a hablar lo contemplé durante unos minutos, como si no tuviera derecho a interrumpir el juego, que para el viejo parecía tener tanto interés (mirando sus ojos, que no veían otra cosa que los juguetes, los encontré llenos de amor; y la paciencia con que reconstruía la fila se me antojaba como destinada a otra cosa, mucho más profunda, en la que el viejo estuviera pensando).

La mujer me volvió a tirar de la manga; dejé sobre el mostrador dinero, que estimaba en cantidad más que suficiente para pagar la comida, y salimos.

En cuanto a las cosas que pensaba comprar, las dejaría para luego; ahora me urgía tener esa explicación con la mujer. Ya en la vereda busqué con la vista un lugar apropiado para sentarnos y discutir con tranquilidad.

Mientras cruzábamos la calle en dirección a un banco que me pareció adecuado, en la vereda de enfrente, junto a un largo paredón descascarado, se abrió la puerta del bar y salió un hombre. Luego vi que era alto y delgado, de pelo y bigote negros, y barba de dos o tres días. Llevaba un overall de mecánico, sucio de cal; me impresionó como obrero de la construcción.

-¡Ana! -gritó; fue entonces cuando me di vuelta y lo observé. El grito había sido demasiado fuerte, casi desesperado, a un mismo tiempo de sorpresa y alegría. La mujer se volvió, y al verlo dejó también escapar un grito; si dijo su nombre, no pude entenderlo. Soltándose de mi brazo corrió hasta el hombre, y se abrazaron. De inmediato me sentí celoso y desplazado. Esperé unos instantes.

Pero el abrazo continuó, y se besaban, y sus manos se movían sobre sus cuerpos; luego se fueron dejando caer en la vereda.

No pude soportarlo; me di media vuelta y me alejé de allí.

## 7

Vagué un rato por los alrededores, sin decidirme a nada. El cielo se veía nuevamente despejado, y brillaba el sol. En mi mente persistía la imagen de Ana, mortificante, y las preguntas sin respuesta que se agolpaban y entremezclaban hasta perder sentido; predominaba en mí el sentimiento de frustración.

No tenía ganas de hacer las compras, por más necesarias que me resultaran algunas cosas; no podía alejarme de allí, porque no tenía idea de adónde podía ir. El lugar no era, tampoco, muy apropiado para vagar, ya que muy pronto uno se encontraba fuera, en algún camino de tierra; no había más que unas pocas calles con vereda, cortas y estrechas.

Me encontré otra vez en la acera de los comercios; la pareja ya no estaba a la vista. Vi entonces cierto movimiento en la estación de servicio; no tenía los lentes puestos, pero me pareció que alguien me hacía señas con un brazo.

Busqué en los bolsillos y no hallé los lentes; no me sorprendió, dado que tuve mil oportunidades para perderlos. En realidad mi miopía no es tan acentuada que no pudiera ver al hombre con claridad; me constaba, sin embargo, que nadie de allí me conocía y que el llamado, si lo era, debía dirigirse a otra persona que estuviera cerca; pero no vi a nadie a mi alrededor, y decidí acercarme.

Crucé, entonces, hasta la estación. Había varios surtidores de nafta, de distintos colores; también un gran cartel que decía BIENVENIDOS en varios idiomas (entre los que no figuraba el español); junto a un surtidor rojo y exactamente debajo del cartel se encontraba el hombre; era de escasa estatura, vestido -como al parecer todo el mundo en ese lugar- con un traje de mecánico de color azul. Llevaba lentes, era más bien gordo y tenía una calva pronunciada.

-Me llamo Giménez -dijo, cuando me aproximé. Y agregó, mientras nos dábamos la mano-: Hace rato que lo veo dar vueltas, como perdido. -Sonrió con amplitud, dejando brillar un diente de oro-. También yo, un día. Pase -añadió, luego de una breve pausa durante la cual me examinó, un poco por encima de los lentes-, aquí en la estufa podrá secarse la ropa.

Me hizo pasar a lo que parecía ser la oficina principal de la estación. Había un escritorio y un par de armarios, un sillón de cuero y varias sillas. Dos de las paredes, en ángulo, que daban a la calle, tenían grandes vidrieras, cubiertas por carteles de propaganda; las otras dos tenían algunos planos, que no pude examinar con detenimiento, como hubiese querido, y otros elementos (un tablero de llaves, una pequeña estantería, un reloj, etc.); sin detenernos, me condujo por un pequeño corredor, hacia una hermosa vivienda, que uno no imaginaría encontrar dentro de una estación de servicio.

Ubicado en una de las paredes de la sala principal había un hogar, donde ardía un buen fuego. Enseguida me sentí cómodo.

Giménez desapareció por una puerta, opuesta a la de acceso, luego de haberme hecho sentar en un sofá. Las paredes estaban desnudas, pero no lo parecían. Aparte del sofá, el mobiliario contaba con un par de sillones y, en el centro, una mesa muy baja, sobre una alfombra gruesa, gris y uniforme. Del techo colgaba una araña de cuatro luces, que en ese momento estaba apagada; la única iluminación era la del fuego, ya que no había ventanas. Quizá era este juego de luz y sombra lo que vestía a las paredes.

El hombre volvió muy pronto, trayendo un paquete que resultó ser ropa.

-Por el momento tendrá que disculparme -dijo- pero tengo algunas obligaciones que atender. Tráigase una silla del comedor y ponga a secar su ropa nomás. Espero -agregó, señalando lo que me había traído -que no le quede demasiado mal -y rió brevemente, con una risa menuda y algo femenina (aunque no diría afeminada). Luego volvió a excusarse y salió en dirección a la oficina.

No veía razones- para que Giménez me tratara con tanta amabilidad, pero por el momento no quise entrar en el juego de los pensamientos inconducentes; el fuego me hacía revivir, me parecía encontrarme con la vida por vez primera, después de mucho tiempo. Contemplándolo, podía persistir en la tristeza, incluso en la amargura, pero no con el acento angustioso que predominaba últimamente.

Me cambié de ropa, y puse la mía a secar; la que me trajo Giménez parecía hecha a mi medida y, además, no faltaba nada: no sólo había ropa interior, sino hasta calcetines y alpargatas. Me hizo sonreír el traje de mecánico que había incluido, en lugar de pantalones comunes; acepté ponérmelos, después de una breve lucha interior, pensando que el ridículo era apreciable sólo por mí y, de todos modos, no había otra alternativa.

En poco rato me sentí repuesto. Tuve ganas de salir de la pieza, a pesar de que el fuego seguía dándome vida, y conversar con Giménez; tenía, sin duda, una cantidad de preguntas para hacerle, acerca del pueblito -por llamarlo así- y, especialmente, de la estación de nafta. Quería, también, comprar cigarrillos, y echar un vistazo a los planos que había visto en las paredes de la oficina, con el fin de averiguar mi situación exacta y la forma de llegar a la casa, ya que nada me quedaba por hacer allí.

De pronto, pensando en la casa, recordé que había dejado abiertas sus puertas y ventanas; era difícil que en esa zona casi desierta alguien entrara a robar, y es cierto que no había mucho para ser robado. Pero la idea me inquietó, y se me ocurrió que era preciso volver lo antes posible, que era imprescindible que volviera. Si bien el peligro de robo era más bien remoto, aumentaba en proporción al tiempo que la casa quedara en esas condiciones; y también pensé que había otros motivos, aunque no los definí, para no dejar una casa con las aberturas sin cerrar.

Y una razón tan importante como cualquier otra, era la necesidad que tenía de volver por el mero hecho de sentirme en mi casa -por más que la casa en realidad no fuera mía-,

aunque estuviera más incómodo que, por ejemplo, en esa lujosa sala, junto a la estufa; sentí necesidad de ordenar las cosas que allí había, de acomodarlas a mi forma de vida, de imponerle, en suma, mi personalidad a la casa entera.

Permanecí sin embargo en el sofá durante un buen rato; no quise interrumpir alguna tarea que Giménez estuviera cumpliendo en la oficina, quizá ante gente extraña, o superiores. La idea de Giménez como subordinado surgía en forma natural, a pesar de haberlo visto disponer de la vivienda como si fuera suya, tal vez por algún detalle en su comportamiento; ni se me ocurrió que pudiera ser el dueño, o siquiera gerente de la empresa.

Quise recordar la marca del producto, publicitado en las vidrieras y carteles exteriores de la estación, pero en el momento no pude; se trataría, sin duda, de una empresa extranjera, pero no era marca común, o al menos era para mí desconocida.

Al fin no pude aguantar más ahí dentro; miré el reloj y vi que eran más de las cuatro y media de la tarde. Las ganas de fumar eran insoportables. Salí, entonces, y después de atravesar el corredor entré tímidamente a la oficina.

Giménez estaba sentado en el sillón, detrás del escritorio, con los pies apoyados sobre éste, completamente dormido.

Me sentí incómodo, por varios motivos; me cayó mal que me tuviera esperándolo, pretextando un trabajo inexistente, y ahora me preocupaba salir sin poder avisarle. Decidí no pensar más en el asunto; cerré la puerta de la oficina con cuidado, para no despertarlo, y crucé al bar de enfrente.

Afuera había refrescado en forma notoria; quizá yo sentía el frío de una manera exagerada por haber permanecido tanto tiempo junto al fuego. Pero el hecho es que sentía mucho frío.

## 8

El interior del bar, afortunadamente, era cálido. Cerré la puerta y me acerqué al mostrador.

No encontré a toda esa gente terrible que Ana me había prometido; había apenas cuatro personas, dedicadas a un pacífico juego de barajas. Uno de ellos, que imaginé sería el dueño, se levantó -luego de hacer su jugada con mucha tranquilidad, sin inquietarse por mi presencia- y ubicándose detrás del mostrador, frente a mí, me observó con expresión interrogante.

Pedí café, y cigarrillos.

El hombre era robusto, aunque de escasa estatura, y tenía el pelo casi blanco; habló con voz gangosa, antipática. Sus ojos bizqueaban ligeramente y la mirada era fría y poco inteligente, aunque con cierta astucia animal; se me ocurrió que era uno de esos hombres aptos para hacer dinero con facilidad, a quienes la confianza en sí mismos les viene de una inconsciencia casi total.

Me preguntó si estaba seguro de querer comprar cigarrillos; yo lo miré con sorpresa y le dije que sí, añadiendo que no quería uno sino tres paquetes. Se encogió de hombros y me los alcanzó; luego se dio a la tarea de preparar café. No utilizó el sistema de máquina express, corriente en los bares; ni siquiera el sistema común, familiar, de colarlo con un filtro de género. Puso a calentar agua en una caldera, sobre un primus que encendió laboriosamente, y echó una cucharadita de café instantáneo en un pocillo, y agregó dos cucharaditas de azúcar y un poco de agua.

Luego se puso a batir.

No me gusta el café instantáneo, y en ese momento anhelaba una taza de verdadero café. Le pregunté al hombre si no había café común, y movió la cabeza en forma negativa.

-Éste es un bar de categoría -dijo sonriendo con un costado de la boca, y fue su única explicación. Fui a sentarme ante una de las pocas mesas que había, la segunda contando a partir de la puerta; abrí una de las cajillas y encendí un cigarrillo. El hombre terminó de batir y volvió a su mesa, donde continuó la partida. Jugaban en silencio; calculé que no debían, entonces, jugar al truco, como sospechaba, sino a algún otro juego que no exigiera palabras. Pensé en aproximarme, por curiosidad, pero la poca simpatía que despertaba el dueño y el mutismo general que reinaba en la mesa me cohibían. El bar no era distinto a los boliches de campaña que conocía; mesas y sillas de madera, un espejo arruinado, algunos carteles de propaganda de productos que ya no se fabricaban, en su mayoría, desde hacía años. Podía causar extrañeza la ausencia de ese olor penetrante a alcohol, a caña o vino tinto, que predomina en esos boliches; también me extrañaba que no hubiese más gente en su interior, ya que debía ser la única diversión del lugar.

Pronto comenzó la caldera a echar vapor por el pico; el agua hervía. Miré en dirección al dueño, que seguía concentrado en el juego. Pensé que sería su turno; esperé.

Pero el agua comenzó a chorrear, y siseaba al caer sobre el fuego. La inmovilidad en la mesa era total y nadie parecía estar obligado a jugar, todos miraban sus barajas y era evidente que la partida no avanzaba.

Al fin, el agua apagó el primus y un olor a gas de querosene fue llenando el local. Yo me levanté de mi asiento, nervioso, y me acerqué al mostrador, sin saber qué actitud tomar; pensé en pasar por detrás y aflojar la válvula del calentador, para evitar que el gas continuara saliendo; incluso pensé en volcar yo mismo el agua en el pocillo. Pero en ese momento se abrió la puerta con violencia y entró Giménez, muy agitado.

-¡Gracias a Dios! -suspiró, al verme; y me tomó de un brazo, tratando de arrastrarme fuera. Dejé dinero sobre la mesa para pagar los cigarrillos, y lo seguí-. No podía imaginarme dónde se había metido -agregó-. Ha hecho mal en abandonarme sin decir nada.

No usó un tono especial de rezongo; pasada su primera agitación, parecía recuperar el buen humor que, quizá, fuera su estado de ánimo habitual.

-Llegué a creer -dijo, de una manera más bien burlona- que Ana lo había atrapado de nuevo. -¿Ana? -Me había olvidado de ella, pero al oír el nombre surgió nítida su imagen en mi mente, con toda la carga de angustia y ansiedad-. ¿Qué sabe usted de Ana? -pregunté.

Giménez pareció arrepentirse de haberla nombrado, y continuó hablando en un tono fingidamente despreocupado, aunque noté que me observaba de reojo.

-Muy poco sé de ella, muy poco. Más bien le diría que no sé nada, excepto una cosa: que lo dejó a usted plantado esta tarde -y dejó escapar esa risa femenina.

-Pero -insistí- usted la conocía, de antes. Ella vive cerca.

-Sí -murmuró, distante-. Creo que alguna vez la he visto, anteriormente.

Y dio a entender que el tema estaba agotado.

9

-Mire -dijo, de pronto-, si usted pensaba comprar zapatos, aproveche ahora; mañana es domingo y estará cerrado -y sin más me hizo entrar en la zapatería, ante cuya puerta pasábamos.

Me pareció evidente su intención de eludir el tema de Ana; pero era cierto que yo necesitaba zapatos -más, teniendo en cuenta que, a pesar de que Giménez lo ignoraba, pensaba viajar enseguida-. Entonces entré, sin oponer resistencia, aunque me disgustó ser manejado.

Desde un principio me había preocupado la zapatería casi tanto como la estación de nafta. Ambas tenían en común el dedicarse a giros extraños, impropios de un pueblito.

Imaginaba que tendría mucho más sentido otro tipo de comercio, que cubriera necesidades más elementales, como podría serlo, por ejemplo, una carnicería, o un puesto de frutas y verduras. Hasta el momento, toda la gente que había visto en ese lugar calzaba alpargatas; supuse que el total de habitantes no alcanzaría a las trescientas personas. Me resultaba imposible hacerme a la idea de que las ventas de la zapatería pudieran alcanzar, no ya a alimentar en forma decente a sus dueños, sino a pagar los gastos que origina todo negocio. Afuera colgaba un letrero sin ningún nombre: simplemente ZAPATERÍA. El local era pequeño, muy pequeño, y las paredes estaban cubiertas de estantes hasta el techo. Los estantes estaban repletos de cajas muy bien ordenadas, cada una de las cuales tenía escritas, en su parte visible, las características - mediante una clave de letras y números- de los zapatos que contenía. No había mostrador, ni tampoco vi a nadie que atendiera; al fondo, una cortina de flecos de colores, como de panadería, tapando el hueco de una puerta. Giménez golpeó las manos; esperamos unos momentos, pero no apareció nadie por entre los flecos de colores.

Entonces Giménez se acercó a la puerta y gritó hacia el fondo, con fuerza:

-¡Doña María! ¡Hay gente!

Y como viera que de esta manera tampoco obtenía respuesta, se volvió hacia mí y me dijo: -Probablemente haya salido. Pero puede ir buscando entre las cajas, a ver si encuentra algún par que le venga bien. Mientras tanto vendrá doña María, y en caso de que no venga puede llevarlos igual; me conoce muy bien, y le podremos pagar en cualquier momento.

El procedimiento no me pareció muy regular, pero necesitaba esos zapatos; luego de una pequeña duda (Giménez, viéndome vacilar, insistió), me puse a buscar.

No tenía la menor idea de por dónde debía empezar, así que me acerqué y miré la caja más próxima, en un estante a la altura de los ojos. La clave en letras y números me resultó incomprendible; no me quedó más remedio que empezar a sacar cajas, una a una, y abrirlas.

Me di cuenta entonces de que el orden que allí existía era sólo aparente: el aspecto exterior era, sí, de un orden hermoso y lógico; pero si bien las cajas estaban acomodadas de acuerdo a distintas formas, tamaños y colores, su contenido nada tenía que ver con el envase. Zapatos grandes estaban a veces muy apretados en cajas en las que entraban justos; otros, en cambio, muy pequeños, incluso de niños, estaban contenidos en cajas enormes.

Tampoco se hacía distinción entre zapatos de mujer y de hombre; a poco, al darme cuenta de que todo estaba tan entreverado, agradecí que por lo menos dentro de las cajas cada zapato hiciera pareja con su compañero; no me hubiera extrañado encontrar pares formados por dos zapatos izquierdos.

Yo sacaba una caja, la abría, miraba su interior, la cerraba y la volvía a poner en su sitio. Giménez comenzó a ayudarme, pero no procedía con el mismo método, y dejaba las cajas amontonadas en el suelo, sin tomarse el trabajo de taparlas. Esto, además, parecía divertirlo, y comprobé que ni le prestaba atención al contenido. En efecto: en algunas de las cajas que había dejado abiertas en el suelo vi zapatos que muy bien habrían podido servirme.

Decidí probarme unos que, si no me caían demasiado bien, al menos me calzaron; eran de un color horrible, creo que algo violáceo, y demasiado anchos en la punta. Pero el revoltijo que estaba haciendo Giménez me ponía muy nervioso, y quería irme de allí lo antes posible. Entonces le dije que estaba satisfecho con ese par y que ya podíamos acomodar todo e irnos.

Pero Giménez manifestó que no le gustaba el color; me hizo caminar y observó, además, que se me descalzaban un poco. Le dije que todo eso no tenía importancia, que quizá allí no había zapatos mejores; pero él insistió, diciendo que nada se perdía con seguir buscando, y continuó amontonando cajas. Yo debí, quizá, haberme mantenido

firme; pero realmente los zapatos se me descalzaban y calculé que no pasaría mucho para que me fuera imposible andar con ellos.

Al rato encontré un par que me venía bien, y que no era de color y forma tan poco adecuados como el anterior; incluso Giménez quedó conforme, aunque me pareció que ahora era menos exigente y no le prestaba tanta atención, tal vez porque estaba cansado y casi no quedaban cajas en los estantes.

Me dejé puestos los zapatos nuevos y puse los míos en la caja vacía; con ella bajo el brazo me dispuse a salir, pero entonces me asustó el aspecto que presentaba el local; las cajas, amontonadas de cualquier manera, destapadas, volcadas; muchos pares, y zapatos sueltos, tirados en el suelo, o mezclados entre las cajas.

Le dije a Giménez que debíamos acomodar todo aquello enseguida, porque no era difícil que la dueña entrara en cualquier momento.

Giménez respondió que todo eso no tenía importancia, que podíamos irnos, y que ya doña María se encargaría de acomodar todo.

-Por otra parte, no tiene otra cosa que hacer -comentó, y rió de aquella manera particular.

Pero yo no podía permitir que las cajas quedaran así, y empecé a acomodarlas. Giménez protestó, pero me dejó hacer, sin ayudarme. Me fastidiaba también ese orden primero, y traté de poner los zapatos en cajas que más o menos correspondieran a su tamaño; esto me llevaba mucho tiempo, y me pareció que había pasado cerca de una hora cuando había logrado apenas ordenar una hilera de estantes.

Giménez dijo que él se iba; que yo no tenía por qué hacer ese trabajo; que estaba aburrido de estar ahí perdiendo el tiempo, pudiendo ir a su casa, junto al fuego, y que si yo quería tomarme ese trabajo estúpido era muy dueño de hacerlo, pero que me dejaba solo, y que doña María se enojaría si encontraba allí a un desconocido revolviendo sus cajas, y que hiciera lo que quisiera.

Yo respondí agriamente que si él me ayudaba, en lugar de quedarse parado allí con las manos en los bolsillos, terminaríamos mucho antes y que, si bien era cierto que esa tarea no me correspondía, la estaba haciendo en lugar suyo, que era el causante del desastre.

Giménez no pareció ofenderse, pero tampoco respondió; conseguí, sin embargo, que no se fuera, aunque siguió con las manos en los bolsillos, sin prestarme la menor ayuda.

10

Cuando por fin terminé de acomodar todo, dejándolo, por supuesto, en un orden mucho mejor que el anterior -por más que el aspecto externo no fuera, es cierto, tan ordenado- salimos fuera, y me llevé una sorpresa al notar que ya había oscurecido en forma apreciable; miré el reloj y vi que eran más de las siete.

Había perdido demasiado tiempo en la zapatería; pero no abandonaba la idea de irme de allí cuanto antes. Se lo comuniqué a Giménez, preguntándole, además, si me podía indicar algún medio de transporte para regresar a la casa.

A todo esto, ya habíamos llegado a la oficina; Giménez se sentó en el sofá, indicándome que hiciera lo mismo. Me pareció que mi manifestación era esperada, más bien temida; él demoraba la respuesta, buscando, estaba seguro, la manera de convencerme de que no debía partir.

En efecto: mientras limpiaba los lentes con un pañuelo que extrajo del bolsillo, comenzó a responderme, y en el sentido que había adivinado.

-No veo ninguna razón para que usted quiera irse hoy -dijo. Y sin darme tiempo a explicarlo, siguió hablando-. Aquí puede sentirse como en su casa; no he de hablar de nuestra pequeña discusión en la zapatería. Comprendo su estado de ánimo, su cansancio, las peripecias sufridas.

(Yo pensé que no debió hablar en absoluto del asunto, pero no dije nada; temí que mi silencio implicara falta de argumentos, pero preferí dejar las cosas así, para no provocar un cambio de humor en Giménez, ni tampoco interrumpir su charla que, suponía, habría de aportarme alguna información interesante.)

-Le decía -continuó- que puede sentirse como en su casa; nada le ha de faltar, mientras se toma el tiempo necesario para resolver con serenidad sobre su futuro. No comprendo bien su urgencia por dejar esta ciudad; sé muy bien que cuando alguien llega aquí, difícilmente lo hace ex profeso. El azar, o distintas circunstancias, casi siempre desagradables. Pero aquí nadie le preguntará nada e, insisto, podrá pensar con tranquilidad sobre qué es lo que más le conviene.

»Además, puedo decirle que no sólo no me parece aconsejable que emprenda viaje esta misma noche, sino que tampoco me parece probable.

»En esta ciudad no hay medios de transporte. Ello es lógico, si se tiene en cuenta que nadie, en general, tiene intenciones de llegar, o de irse. Por otra parte, existe la posibilidad de viajar, y gratis, porque de vez en cuando pasan camiones que se detienen aquí, a cargar nafta en la estación, o porque el conductor entra a tomar alguna cosa en el bar; sólo que hay que esperar. Nunca podemos saber cuándo llega un camión, pero lo cierto es que siempre llega, por lo menos uno al mes; hay temporadas en que vienen casi todos los días, y hasta varios en el día.

»La otra forma de viajar es por ferrocarril. Sé que no muy lejos, a pocos kilómetros de aquí, hay una estación. No sé dónde queda exactamente, si tiene que tomar hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia el sur o el norte; supongo que alguna persona de la ciudad le podrá informar mejor. Pero recabar esta información le llevará cierto tiempo; los individuos son aquí muy reticentes, en especial con los forasteros, y es muy probable que si usted les pregunta en forma directa, le respondan que no conocen ninguna estación.

»Primero deberá ganar su confianza, hablando de distintos temas -por ejemplo, el fútbol los apasiona- y mencionar la estación como por casualidad; de pronto el tema les interesa, y se ponen a hablar. Recién entonces podrá sacarles la ubicación.

»Y suponiendo que esté pensando en prescindir de toda información, y largarse a buscarla por sus propios medios, no olvide que puede estar en cualquier parte, que es de noche, y que los caminos están en pésimas condiciones; y que aun encontrándola, si por casualidad topara con ella, nada le asegura que haya algún tren que vaya en la dirección que usted desea ir, o en cualquier otra; quizá no pase ninguno en muchos días, y tenga además que combinar distintos trenes para llegar a destino.

»Supongo que no tendrá ninguna gana de pasarse la noche caminando a ciegas, o en el mejor de los casos, subiendo y bajando de trenes sin poder llegar, probablemente, a destino.

Hizo una pausa para tomar aliento; a esa altura del discurso yo ya tenía la cabeza hecha un lío. Aunque creía que Giménez exageraba al plantear las dificultades, había conseguido, desde luego, infundirme temor y disuadirme de mi propósito de largarme esa noche; me molestaba ver que había conseguido el objetivo que le adivinara, más que nada presintiendo que tendría, sin duda, otras razones -ocultas hasta el momento- para no dejarme alejar de ese lugar (que, curiosamente, llamaba «ciudad»).

Pero me sentía cansado, y más que eso: atemorizado, confundido, desanimado. Giménez había logrado exponer con tal habilidad esa serie de dificultades, imaginarias o no -cualquiera de las cuales habría bastado por sí sola-, que me sentía imposibilitado de moverme de allí.

Me apreté los ojos con los dedos. Me dolían, por haber perdido los lentes, y también me dolía la cabeza. Sentí necesidad de fumar; tomé el paquete abierto y, cuando iba a extraer un cigarrillo, Giménez me detuvo.

-Lo siento -dijo, aunque me pareció que la voz expresaba cierta satisfacción-, pero una de las cosas que lamento no poder permitirle es, justamente, fumar; lo impide el

reglamento, y es uno de los puntos más importantes. Créame, puede costarme el puesto. Quien le vendió los cigarrillos, supongo que Ernesto, el del bar, debió de avisarle; yo mismo no tuve la precaución de hacérselo saber; le ruego que me disculpe.

Yo volví a meter, con dificultad, el cigarrillo en el paquete; imagino que mi rostro sería muy expresivo, porque Giménez se vio obligado a continuar: -Si quiere, puede cruzar a la vereda de enfrente, ya que el reglamento sólo se refiere a esta manzana, donde está ubicada la estación. Allí puede fumarse el cigarrillo; yo lo esperaré, vaya nomás.

Le agradecí, considerando que, de todos modos, era amable. Cuando abría la puerta de la oficina, me dijo:

-Le recomiendo que no tarde mucho, porque son cerca de las nueve; en general puede ser peligroso andar vagando por la ciudad después de esa hora, sobre todo tratándose de un forastero.

En mi rostro se dibujó una sonrisa, mientras cruzaba la calle; me pareció infantil esta última fórmula de Giménez para atemorizarme. Probablemente no habría reparado en el efecto de sus palabras anteriores, y pensara que yo conservaba la idea de irme, y aprovechara esta ocasión para buscar la estación del ferrocarril; quizá ésta se encontraba muy cerca, incluso podría toparme con ella por casualidad, si extendía un poco el radio de mi paseo (aunque, recordé, no vi nada que pudiera confundirse con una estación de ferrocarril, mientras vagaba por la tarde; pero, de todos modos, en aquellos momentos, abstraído, y angustiado a causa de Ana, es muy probable que no hubiera advertido muchas cosas); tampoco podía imaginar ninguna razón para que ese peligro comenzara después de las nueve; no había advertido especial agresividad hacia mí, ni, en los individuos, trazas de camorristas; y pensé que el peligro, de tener existencia real, podía presentarse tanto a las nueve como a cualquier otra hora.

Fumé mi cigarrillo, caminando lentamente por la vereda señalada y por otros lugares. La luz que salía de las ventanas de las casas era muy débil, ya fuera porque utilizaban lámparas de escaso poder, o porque las piezas eran muy grandes, o porque las lámparas estuvieran ubicadas lejos de las ventanas; pero el hecho es que, salvo en la estación -que resplandecía de luces de colores-, la iluminación era pobre y triste.

Los demás comercios tenían las cortinas bajas, excepto el bar, que estaba abierto; ninguno de ellos tenía iluminación especial.

No se veía a nadie en la calle; tal vez fuera la hora en que todos estuvieran cenando.

Me disgustó la idea de tener que salir cada vez que quisiera fumar un cigarrillo; con frecuencia, en los últimos tiempos, me despertaba de madrugada con intensos deseos de fumar. Se me ocurrió que, quizá, en alguna de esas casas pudieran darme alojamiento, pero deseché la idea, pensando que significaría un agravio a la hospitalidad de Giménez, por más que ese hombre ya me resultaba bastante molesto y me preocupaba qué cosa podía esperar de mí.

Emprendí el regreso a la estación. De mala gana; ya no como quien vuelve a un lugar cálido, acogedor, sino más bien a una cárcel. Quizá exageraba, dramatizaba, la pequeña prohibición; pero ¿por qué diablos no se podía encender un cigarrillo, en un lugar donde ardía un fuego como el de la estufa? No sabía si el reglamento que había nombrado Giménez, casi con mayúscula -y que me recordaba un poco el reglamento del camionero-, existía en la realidad; quizá fuera una invención de Giménez, aunque, en este caso, no le veía finalidad.

Pensé, también, en un reglamento sin sentido; un reglamento cuya totalidad de cláusulas fuese por el estilo de la que prohibía fumar. Este ejercicio de humor terminó de pronto, y caí otra vez en la depresión.

Sentí necesidad de irme de allí de inmediato pero las palabras de Giménez funcionaban como un poderoso freno, y me apresuré a entrar en la oficina, para no seguir pensando; tampoco quería verme de nuevo perdido en la noche, como al abandonar la casa en busca del almacén.



Allí también me encontraba perdido, pero al menos me sentía físicamente cómodo, y veía la posibilidad, aunque no fuera inmediata, de irme en mejores condiciones.

Antes de cerrar la puerta eché un vistazo en torno a ese puñado de casas, con alguna luz amarillenta dando un toque más profundo de miseria y soledad, y sentí un estremecimiento al recordar que Giménez la llamaba «ciudad», sin el menor matiz de ironía, hasta con cierta pompa.

11

Giménez seguía en el sofá, sin hacer nada. Supuse que se aburría esperándome, y lamenté haberme excedido en el tiempo que permanecí fuera. Pero no dijo nada, ni parecía pensar en ello. Tenía la mirada ausente, como si meditara, o soñara.

Me senté a su lado, en silencio, sin querer cortar el posible hilo de sus pensamientos. Mi vista cayó entonces sobre los planos y mapas que cubrían las paredes. Me levanté con intención de aproximarme y examinarlos; antes de hacerlo miré a Giménez; no quería que ninguna de mis actitudes pudiera molestarlo; pero él conservaba su silencio y la expresión calma, aunque me pareció que su semisonrisa se acentuaba.

Y pronto descubrí por qué: aquellos planos no me servían para nada. Los examiné durante largo rato. Uno de ellos mostraba un corte de la estación de servicio; en otra oportunidad, tal vez me hubiera interesado prestarle mayor atención, pero necesitaba, ahora, saber otras cosas.

El segundo plano grande, del mismo tamaño del primero (los demás eran sensiblemente más pequeños) era, según pude advertir tras un pequeño estudio, el de una ciudad; luego descubrí, en letra menuda, con tinta y manuscrita, una leyenda: «Ciudad de San Pedro y San Juan».

Asocié este nombre con ciudades argentinas, pero de inmediato mi atención se centró en las palabras impresas que figuraban en el plano; estaban en otro idioma, que no entendía. En principio pensé en el idioma ruso, pero tuve que descartarlo, así como la extensa serie de posibilidades que contemplé luego: chino, sánscrito, jeroglíficos egipcios (aparecían algunas figuras, resultado de la combinación de signos, que semejaban pájaros y serpientes); luego pensé en algún idioma muy antiguo, pero los signos no eran cuneiformes, y sí muy simples, aunque algunas combinaciones fueran complejas.

No sólo fui incapaz de entender una sola palabra, sino que ni siquiera pude, al cabo, reconocer, ni aun ubicar el idioma en forma aproximada.

Al mismo tiempo el plano en sí era confuso, ya que figuraban, manzana por manzana, los cortes de las viviendas con todas sus habitaciones diferenciadas; y las manzanas no eran parejas, sino que tomaban formas caprichosas, incluso circulares y elípticas.

Pasé a observar el tercer plano; era un mapa y, como dije, bastante más pequeño que los anteriores. A primera vista parecía un mapa de la República aunque, a pesar de estar muy bien impreso, y a varios colores, el trazo del contorno era inexacto e indefinido; los límites no estaban claros incluso en aquella parte que linda con el Océano; también tenía leyendas impresas en ese idioma desconocido, y la simbología era desconcertante; aparte de aparecer utilizado, por ejemplo, el símbolo de ríos para montañas, a veces se confundían, unos y otros, con símbolos de líneas, férreas, carreteras, etc., que los prolongaban; un arroyo, recuerdo, aparecía cortado sin ninguna razón, y era continuado por la serie de rayas que indican vía férrea.

Y en el mismo estilo estaban impresos los otros mapas; uno, más pequeño que el anterior, que podría haber sido el continente; y el último, más pequeño aún, que sin duda quería representar la tierra entera; pero siempre las líneas eran imprecisas, y los países difícilmente reconocibles.

Miré a Giménez, desorientado. Él tenía una franca sonrisa, que sin duda iba dirigida a mi sufrimiento. -¿Y qué ha sacado en limpio, amigo? -preguntó. -Casi nada -respondí-. Sólo que, evidentemente, en el mundo hay muchas cosas que no comprendo. Rió, en su estilo femenino, de manera afectuosa. -Y -añadí- que cada día que pasa voy comprendiendo menos.

Me hundí en uno de los sillones, las manos en los bolsillos.

-Eso que ha dicho es muy importante -comentó, lo cual me pareció sin sentido; y más enigmáticamente aún, agregó-: Al menos para usted.

No pedí que se explicara. Ni siquiera lo alenté con la mirada a que siguiera hablando. Me fui dejando enterrar cada vez más en el sillón, y en mí mismo; los hombros se me fueron alzando, sin quererlo, y la cabeza hundiéndose en el pecho.

Ya no quería que nadie me explicara nada, nunca más. ¿Para qué las explicaciones, si no hacen más que confundir las cosas, y crear nuevos y múltiples interrogantes? Desde que había salido de aquella casa -no; más bien desde que había llegado, o tal vez desde mucho tiempo atrás- no había hecho otra cosa que andar perdido en un mar inmenso, que lo abarcaba todo.

Y ahora sentía que ni siquiera quería volver a la casa; ahora veía el otro aspecto, el de la humedad, el del aislamiento, el del trabajo para ordenar todo aquel montón de cosas de las cuales quizá ninguna me sirviera al fin; el anticipo de la fatiga inútil; el sentir que la casa no era mía, que sólo debía habitarla circunstancialmente, que pronto sería desalojado -tal vez sin tiempo para acomodarme a gusto en ella.

-Vamos a comer algo -dijo Giménez con simpatía, levantándose de un brazo con cierto cariño. Yo estuve a punto de responder, como un chico, que no tenía ganas, que no quería nada; pero en realidad tenía hambre, y el tono amable de Giménez y su buen humor me fueron arrancando poco a poco del estado depresivo.

-Lo invitaré a pasar a la cocina, si es que usted no se ofende -dijo-. Me resulta más práctico que utilizar el comedor.

Le respondí, con franqueza, que me resultaba más grato comer en la cocina.

La comida estaba pronta, ya servida en la mesa. Estaba seguro de que Giménez no había tenido oportunidad de prepararla; se me hizo evidente que alguien más habitaba esa casa, alguien que se ocultaba en forma intencional de mi vista, ya fuera por orden de Giménez o por voluntad propia.

(Tal vez, pensé en broma, el reglamento podría impedirle mostrarse.)

La comida era muy buena y -aunque no podría decir de qué platos constaba ya que era una cocina desconocida para mí- estaba compuesta en buena parte de carne; sin llegar a desagradarme, me chocó en un principio que todos los platos, sin excepción, fueran una mezcla de sabores salado y dulce; incluso el postre, donde predominaba el sabor dulce, tenía algo de salado.

Pero, aparte de la sorpresa, la comida me gustaba, y además tenía hambre. Comimos, la mayor parte del tiempo en silencio.

12

Había un buen vino tinto, del cual hubiera vaciado la botella, pero Giménez servía muy pequeñas cantidades y no me animé a pedirle que me sirviera más; por otra parte, el vino tiene sobre mí un efecto muy rápido de embriaguez, y aunque la depresión -que seguía soportando- necesitaba del alcohol, como en tantas veces anteriores, no quería causar a mi huésped una mala impresión, emborrachándome y comportándome en forma estúpida.

-Deberá disculparme -dijo Giménez, una vez que hubimos terminado la cena- pero no se me ocurrió pensar antes que quizá usted quisiera tomar un baño; si gusta, puede hacerlo ahora mismo.

Varias veces durante el día había sentido necesidad de bañarme; después de una cena tan abundante como ésta quizá no fuera muy prudente hacerlo; pero la tentación de un baño caliente, con todo el efecto reparador y tranquilizante, era muy grande; acepté el ofrecimiento.

Giménez rechazó mi oferta de ayudarlo a lavar los platos; rió y dijo que no era necesario, pero no se refirió, como yo esperaba, a la existencia de esa otra persona.

Tomamos café y luego me condujo al baño, encendió la luz -ubicada inexplicablemente detrás de la puerta- y me indicó que todo lo que necesitara lo encontraría en un pequeño armario, pintado de blanco, que había en un rincón.

Como si por anticipado se supiera cuáles, siempre, iban a ser mis resoluciones - aunque yo mismo las ignorara y decidiera en el momento-, ahí estaban, por ejemplo, mis ropas, ya secas y limpias, y ordenadas en el respaldo de una silla con gran prolijidad. Me produjo la misma impresión que encontrar la mesa ya dispuesta para la cena.

Agradecí a Giménez y cerré la puerta, que no tenía llave, ni pasador, y que me dejaba la inquietud de que alguien pudiera abrir mientras me bañaba, por más improbable que ello fuera.

Con todo, arrimé a la puerta la silla con mi ropa, cosa que, aunque no impidiera que abrieran, si alguien se empeñaba en hacerlo, al menos ofrecería alguna resistencia, indicando que el baño estaba ocupado.

Mientras me desvestía me acerqué al espejo, y si bien no esperaba verme en muy buenas condiciones, la imagen reflejada se parecía tan poco a la que guardaba de mí mismo en mi memoria que realmente me asustó.

Tenía la barba crecida, a pesar de que recordaba haberme afeitado la mañana anterior; el cabello totalmente despeinado y sucio; la tierra del camino le había puesto vetas blancas, como mechones de canas. Pero lo terrible era verme los ojos, unos ojos hundidos y huraños, de expresión animal, que se destacaban de manera exagerada en un rostro delgado y demacrado en exceso.

No pude comprender cómo se había operado ese profundo cambio en pocas horas, a menos, pensé, que el cambio no hubiese sido tan brusco, que insensiblemente se hubiera venido produciendo desde tiempo atrás sin que yo me detuviera a reparar en él; o quizá hasta este momento no había dispuesto de espejos de la calidad de éste, que mostraba con tal crudeza los detalles penosos.

Estuve contemplándome hasta que casi me habitué a esa cara extraña. Entonces busqué en el armario blanco y encontré todos los implementos para afeitarme. Debo decir que la crema y la máquina y las hojas de afeitar eran de la mejor calidad. A medida que la barba desaparecía, con mucha facilidad, me iba sintiendo más a gusto con mi aspecto (a pesar de que los ojos seguían resultándome desconocidos, como si pertenecieran a otra persona, y a una persona de quien tuviera que desconfiar).

Observé que en el W. C. flotaba un cigarrillo a medio consumir; me sentí liberado de la prohibición establecida en el reglamento, ya que otra persona que allí habitaba -incluso podría tratarse de Giménez- la ignoraba de tal manera. Entonces encendí uno de mis cigarrillos; que pretendí disfrutar con intensidad; pero las cavilaciones acerca de la prohibición me inhibían de ese placer, pensaba que bien podría no haber sido Giménez quien tirara la colilla, sino la otra persona, sin duda subordinada, a quien no importaba que Giménez perdiera el puesto en la estación por su culpa; pero el hecho de que la colilla siguiera allí, desafiante, me daba confianza para proseguir; si alguien había fumado, yo también me sentía con derecho.

Una vez terminado el cigarrillo, que no me satisfizo, procedí de igual forma que mi predecesor; lo tiré al water-closet. Luego hice funcionar la cisterna, que produjo un gran ruido y desplazó gran cantidad de agua; pero ambas colillas continuaban allí, flotando.

No me atreví a hacer funcionar de nuevo la cisterna; además me pareció inútil insistir en un sistema que hasta el momento no había resultado. Entonces, con cierta

repugnancia -por más que el agua estaba limpia-, extraje con la mano mi colilla y la desmenucé, tirándola luego por el desagüe del lavatorio, y abrí la canilla para que el agua arrastrara los restos.

Tuve entonces la preocupación de que esa otra colilla, que ahí quedaba, pudiera atribuírseme, o que algún superior de Giménez que realizara una inspección la viera y, sin preocuparse de averiguar a quién pertenecía, le hiciera perder el puesto. En suma, realicé con ella la misma operación que con la mía; me sentí más tranquilo, aunque con renovadas ganas de fumar.

Me di un largo baño, que resultó muy placentero; tanto, que hasta me vinieron deseos de cantar. Los reprimí, pensando que, a lo mejor, molestaría a la gente que habitaba la casa, y me dediqué, después de haberme enjabonado y enjuagado, y lavado la cabeza con un excelente champú que había, también, en el armario blanco, a dejarme estar debajo del agua caliente, con una voluptuosa sensación en la que se mezclaban el cansancio, el bienestar, el sueño y el calor.

Después de secarme y de volver a vestir mis propias ropas, busqué con la vista algún trapo para secar el piso, pero no lo hallé; salí, entonces, del baño, llevando en la mano las ropas que me había prestado Giménez y dejando la luz encendida.

Encontré a Giménez sentado junto al fuego, despierto, en actitud pasiva. Le dije que había disfrutado mucho del baño y que le agradecía la amabilidad; agregué que no había encontrado ningún implemento para secar el piso, y que quería saber dónde podía dejar la ropa que me había prestado. Giménez se levantó y respondió que no me preocupara por nada de eso; tomó la ropa y la dejó en el suelo. Luego me señaló una copita de licor que había sobre la mesa, y tomando una similar comenzó a caminar y dijo que lo siguiera.

Así lo hice, y comenzamos a subir una escalera, muy cómoda y ancha, que nos llevó a un piso superior -que no sospechaba y que, por otra parte, nadie imaginaría, mirando la estación desde afuera.

La disposición de las piezas era distinta que en la planta baja; aquí se trataba de un corredor, estrecho y largo, con piezas a ambos lados. Parecía más bien un hotel o un edificio de apartamentos. Señalando una puerta, ubicada junto a la desembocadura de otra escalera, Giménez dijo:

-Hay otra cláusula del reglamento que debo pedirle que respete estrictamente: bajo ningún concepto puede usted entrar en esa habitación. -E insistiendo en señalarla, mientras se detenía, agregé, para acentuar la importancia de sus palabras anteriores y evitar confusiones-: obsérvela y recuerde; es ésta. Yo le aseguré que no tenía por qué preocuparse, aunque de inmediato sentí unos furiosos deseos de entrar, y un tremendo odio, renovado, hacia el reglamento; ese deseo fue acentuado por un sonido que se dejó oír, leve, como tratando de llamarme la atención sin que Giménez lo advirtiera.

Este sonido, para tratar de explicarlo, era similar al que podría producir una hoja de papel muy liviano que al caer desde el techo, plana y lentamente, sostenida por el aire, fuera rozando con uno de sus bordes una pared pintada a la cal, o con cierta aspereza en la superficie.

El ruido cesó de inmediato, y Giménez siguió andando sin prestarle atención. Yo traté de memorizar la ubicación de la pieza no por el deseo manifestado por Giménez de que lo hiciera para no contravenir el reglamento, sino porque, por el contrario, presentía que esa habitación encerraba algo en extremo importante para mí; y además estaba, por así decirlo, envalentonado por el cigarrillo fumado en el baño. Tuve, de pronto, la plena seguridad de que, tarde o temprano, tendría que penetrar en esa pieza, y que lo haría sin temor y con mucha curiosidad; pero sabía que no entraría de no mediar una razón más poderosa que la curiosidad.

Entramos en un cuarto muy parecido a la sala del piso inferior, incluso en el detalle de la estufa que, también aquí, tenía fuego encendido.

Nos sentamos y bebimos lentamente la copa de licor. Era un licor de menta muy bueno, como hacía años no tomaba. Lamenté que las dosis que servía Giménez fueran tan pequeñas.

-¿Qué piensa hacer? -me preguntó, después de un largo silencio, con tono casi soñador.

-Írme -respondí sin vacilar, aunque no estaba muy seguro de lo que decía ni por qué lo decía; me pareció que, en cierto modo, era una forma de provocarlo para hacerle hablar de cosas que me interesaban-. Lo más pronto posible -añadí.

Aclaré que ello no se debía de ninguna manera a que no me encontrara a gusto en aquella casa, sino que, por el contrario, mucho agradecía su hospitalidad; pero que me molestaría abusar de la misma, y además tenía necesidad de regresar a mi casa. Giménez entrecerró los ojos y murmuró:

-Lástima. -Y luego de una pausa, agregó-: Aquí hace falta una persona como usted. Le aseguro que no tendría problema para encontrar trabajo, y por cierto muy bien remunerado.

-¿En la estación? -pregunté.

-En la estación o en cualquier otro lado; siempre, desde luego, dependiendo de la Empresa -la mayúscula se notó clara, hasta exageradamente-, ya que todo lo que aquí existe pertenece a la Empresa; pero, si usted lo prefiere, puede muy bien ser en la estación. Hay mucho trabajo especializado para realizar, y realmente falta mano de obra capacitada. Usted, ¿qué profesión tiene, qué oficio?

Medité un instante, para elegir lo que más me convenía declarar, y dije:

-Soy pintor.

-¡Magnífico! -Giménez se levantó, presa de un entusiasmo que yo no veía de ninguna manera justificado.

-¡Magnífico! -repitió, y comenzó a pasearse por la pieza, frente a la estufa-. justamente lo que la Empresa necesita con mayor urgencia; sin duda obtendrá un buen sueldo. Usted sabe, es fundamental para la Empresa el aspecto que debe presentar la estación; por eso, cuando termina de pintarse, hay que comenzar de vuelta, ya sea porque hay tantas cosas que, cuando uno termina, lo que se pintó en primer término ya no presenta ese aspecto nuevo, que es imprescindible para este tipo de negocio, o porque ya el color pasó de moda, y los técnicos han llegado a la conclusión de que el color más atractivo, en ese momento, es otro. En fin, que ha tenido usted suerte.

-Creo que se equivoca -respondí, con gran tranquilidad, y hasta con cierto placer-. Quizá me he expresado mal, porque usted me preguntó por oficio o profesión, y yo le respondí que era pintor, como si fuera mi oficio; en realidad, yo soy pintor, sí, pero desde otro punto de vista: pinto cuadros, no sé pintar objetos ni paredes.

Giménez no se sintió desanimado, sino que prosiguió hablando con entusiasmo, tratando de convencerme.

-¡Pero qué tiene que ver, qué tiene que ver! -exclamó, como alentándome-. Al contrario; usted, por ser artista, debe tener un gran sentido del color, y al mismo tiempo conocer las mejores técnicas para el preparado de las pinturas, para la obtención de los tonos justos... No olvide que, en el fondo, la técnica es la misma. Se trata de cubrir con pintura una superficie determinada, de una manera determinada; y creo que usted puede estar en mejores condiciones que nadie para hacerlo.

-Aunque así fuera -manifesté, haciendo lo posible por desanimarlo-, aunque así fuera, debo insistir en mi necesidad de irme, a la brevedad posible. Pero, por otra parte, debo decirle que no tengo ningún interés en trabajar aquí, por mejor sueldo que obtenga. ¿Cómo haría para gastarlo? Este lugar está muerto; además es feo, y aburrido. Y por

último -dije, elevando un poco el tono, para detener a Giménez, que quería interrumpir-, además, por mejores que fueran mis condiciones para pintar paredes, no es, francamente, mi aspiración; no porque desprecie ese trabajo, o cualquier otro, sino, simplemente, porque no me interesa. Sin duda será mucho menos útil -añadí, con ironía un poco resentida- pintar un cuadro que un surtidor de nafta, no me cabe duda; pero he aquí que estoy empeñado en pintar cuadros, y no me interesa hacer otra cosa -y diciendo esto, lo miré con una sonrisa, para suavizar la posible dureza de mis palabras y, al mismo tiempo, queriendo cerrar la discusión. Pensé que la sonrisa desarmaría a Giménez, que no le permitiría seguir argumentando.

Y así fue; Giménez no añadió palabra. Pero, en cambio, no dejó de demostrar que tenía argumentos a su favor.

Fue hasta un rincón de la pieza, y arrastró hacia el centro un artefacto que en un principio no reconocí; luego comprobé con asombro que se trataba de un pequeño armonio electrónico.

Siempre sumido en un hermético silencio, enchufó el aparato, apagó la luz de la araña, dejando la habitación iluminada sólo por el fuego, acercó un taburete, se sentó en él y comenzó a tocar. Al principio fueron unas notas sueltas, sin conexión entre sí; con todo, el sonido del armonio es siempre agradable, como el del órgano o el clave.

Me eché hacia atrás en el sillón, dispuesto a disfrutar del sonido, aunque no esperaba mucho del sentido musical que pudiera tener aquel hombre.

Pronto debí arrepentirme del prejuicio; arrancó a ejecutar Bach de una forma -no podría decirlo, no soy entendido- tal vez heterodoxa o personal; pero sí, y de esto no me cabe duda, muy profunda; llegó a emocionarme, a conmoverme, a hacerme olvidar del lugar en donde estaba.

Luego pasó a otros autores, que no pude reconocer en su totalidad y que, además, no tenía interés en reconocer; sus dedos cortos y gruesos recorrían el pequeño teclado llevándome a las profundidades de esas combinaciones de sonidos, haciéndome perder toda noción de tiempo y espacio.

Y las últimas ejecuciones, a las que fue llegando progresivamente, y en las cuales me sumí sin ningún esfuerzo, con gran comodidad, eran tan extrañas que parecían no obedecer a ninguna forma de composición conocida; sin poder saberlo a ciencia cierta tuve, sin embargo, la absoluta convicción de que sus piezas, breves y maravillosas, pertenecían a Giménez.

Cuando terminó de arrancar sonidos al armonio (aunque «arrancar» no es la palabra adecuada), solamente bajó las manos; el resto de su cuerpo quedó por mucho rato en la misma posición; yo sentía la misma necesidad de permanecer inmóvil, con los oídos y la mente llenos aún de aquella música.

Luego se levantó y fue volviendo las cosas a su sitio; el fuego casi se había extinguido y todo adquirió el aspecto de cosa terminada; sentí que debíamos salir, que allí no había nada más que hacer.

Giménez me condujo en silencio por el corredor; al pasar frente a la pieza prohibida, presté atención y, en efecto, se dejó oír otra vez aquel sonido que anteriormente me había preocupado. Dimos algunos pasos más y Giménez se detuvo, señalándome otra puerta.

-Ésta es su habitación -dijo, y abrió, y encendió la luz; la llave se encontraba también en ese ridículo lugar, detrás de la puerta, muy próxima a las bisagras. La cama estaba tendida y toda la habitación era un sitio alegre, lleno de cosas; lo primero que vi fue un estante con libros.

-Pero antes de que usted se vaya a acostar, quisiera pedirle un favor -agregó. Le dije que con mucho gusto haría cualquier cosa que estuviera a mi alcance.

-Mañana, o mejor dicho hoy (ya que hace un buen rato que pasó la medianoche) es domingo; es mi día libre, y estoy muy, muy cansado. -Se apretó los ojos con los dedos, para subrayar sus palabras, pero no creí advertir en él ningún síntoma de cansancio-

Ahora bien; es mi deber apagar las luces de la estación apenas sale el sol. Hoy saldrá a las 5.37; esas luces no pueden quedar encendidas ni un minuto más, así lo señala el reglamento. Yo creo que no estaré en condiciones de levantarme; ¿sería mucho pedir que usted se hiciera cargo, por esta vez, de apagar las luces a la hora indicada?

Dije que no me costaría nada, aunque me enfermaba tener que hacerlo; pero no podía negarme. Le pedí que me indicara la ubicación de las llaves, y que me diera un despertador.

-Hallará el despertador en la mesa de luz -dijo, al parecer muy aliviado al ver que yo había cargado con el trabajo- y si se molesta en acompañarme, le indicaré enseguida la ubicación de las llaves. Están en la oficina.

Bajamos las escaleras, atravesamos la sala -en la que, curiosamente, ardía un fuego de leños casi enteros- y entramos en la oficina. Me indicó un panel donde había un montón de llaves, en hileras, formando un triángulo. Algunas estaban en posición de encendido; otras, apagadas.

-Debe usted manejarlas todas, excepto una; las que están en posición de encendido, debe moverlas para apagarlas; las que lo están en apagado, como para encenderlas. Pero no debe tocar, en absoluto, ésta -y señaló una llave que no tenía ninguna marca particular- porque puede provocar un gran desastre.

Yo traté de fijar en mi mente la ubicación de esa llave siniestra con la máxima precisión; me habría facilitado las cosas que Giménez me hubiera permitido colocarle alguna señal, algún papel, o una cinta adhesiva, que la distinguiera de las otras, pero se negó, diciendo que no era posible (por fortuna no mencionó el reglamento). Entonces decidí hacer un croquis de la disposición, e indicar en el papel con una cruz la llave que no debía tocar. Así lo hice, y guardé el papel en el bolsillo de la campera.

Luego subimos a la planta alta, nos despedimos -no pude expresar ningún comentario sobre la audición musical, aunque me hubiera gustado hacerlo; tampoco parecía Giménez esperarlo- y me dirigí a mi cuarto.

Al pasar frente a la pieza prohibida presté atención, pero esta vez el sonido no se produjo.

14

Ya en mi habitación, no vacilé en desvestirme y meterme en la cama, sin atender a nada de lo que me rodeaba, por más que tuviera interés en echar un vistazo, en especial a los libros; pero debía dormirme de inmediato, para estar en condiciones de cumplir con el pedido de Giménez, y por otra parte tenía inmensa necesidad de reposo. La cama era tibia y cómoda; pronto tuve los ojos cerrados y me fue invadiendo la dulzura del sueño.

Pero me incorporé sobresaltado, con una punzada en el corazón; había olvidado el despertador. Encendí la luz de la portátil que se hallaba sobre la mesita, junto a la cama, y lo busqué allí.

No estaba a la vista. Supuse entonces que estaría en el cajón de la mesa de luz; tampoco se encontraba. Había de todo lo que pudiera necesitar durante la noche - aspirinas, repelente para mosquitos, galletitas dulces, chocolate y, entre otras cosas, lo que me hizo sonreír extrañado, algunos paquetitos de anticonceptivos-. Pero tuve que levantarme, a pesar del cansancio, del sueño y de la tibieza de la cama, a buscar el maldito despertador.

En primer lugar me dediqué a observar con cuidado la superficie de todos los muebles; había tantos objetos -algunos útiles; la mayoría, adornos de mal gusto- que no era difícil pasar por alto aquello que buscaba, máxime teniendo en cuenta el sueño que me entorpecía los sentidos. Pero el reloj no estaba a la vista, por lo que empecé a buscar en los cajones de una cómoda, y luego dentro del ropero.

Encontré muchas cosas; en todas partes había cosas, la mayoría de las cuales habría querido mirar con más detenimiento (como una cajita de música que se hallaba en el tercer cajón de la cómoda y que, de no estar yo ocupado en la búsqueda, hubiese hecho funcionar), pero el despertador no apareció.

Abrí la puerta del cuarto con la esperanza de hallar a Giménez rondando por allí, pero toda la planta estaba a oscuras y ni siquiera llegaba el resplandor del fuego de la sala del piso bajo; estaría apagado, sin duda, porque antes había notado que el resplandor iluminaba, aunque en forma débil, el corredor de la planta superior; sin embargo, no hacía mucho que le habían agregado aquellos leños nuevos, enteros.

Sin noticias de Giménez, ni siquiera un sonido que delatara alguna presencia, e ignorando en cuál pieza dormía él -si es que dormía en esa planta, o en algún lugar de la casa (en realidad ignoraba todo al respecto)-, volví a entrar a mi cuarto, preocupado por tomar una determinación: o bien me acostaba a dormir y mandaba al diablo mi responsabilidad, sin ocuparme más del despertador ni de todo el resto del asunto, o me quedaba en vela hasta las 5.37 -es decir, casi cuatro horas más.

La primera parte de la alternativa era quizá la más lógica; pero yo había adquirido el compromiso de hacerle ese favor, y estaba en juego una cosa tan importante como el puesto de un hombre, y un hombre que me había dado su ayuda; por otra parte, el hecho de que el despertador no se encontrara en su sitio revelaba que el mismo Giménez no se preocupaba tanto; pero pensé que tal vez fuera esa tercera persona que habitaba la casa (que había preparado la cena, que había puesto mis ropas en el baño y que, presumiblemente, había tirado la colilla al water), la responsable de poner el despertador en mi mesita de luz; por lo tanto yo no tenía derecho a hacer peligrar el puesto de Giménez, existiendo la posibilidad de que él mismo no fuera el responsable de la omisión; y, aunque de ninguna manera Giménez me lo había planteado, ni siquiera sugerido, yo consideraba que la realización de ese trabajo, en su lugar, compensaba de algún modo al menos una parte de la deuda que tenía con él.

Por lo tanto resolví quedarme en vela hasta la salida del sol; no sabía si, desde el punto de vista de la lógica, era la resolución más correcta, pero sentía que estaba cumpliendo con un deber que, mal que me pesara, no podía eludir.

Resuelto el punto, me aproximé a la biblioteca pensando hallar un libro que me mantuviera despierto hasta la hora fijada; una buena novela policial hubiese sido ideal para este fin. Pero comprobé con disgusto que la mayoría de esos libros, si no todos, estaban escritos en ese extraño idioma que figuraba en los planos y mapas de la oficina.

Tenían tapas muy llamativas, con dibujos y fotografías, en combinaciones muy acertadas de color (hacían acordar, en cierta forma, a los afiches polacos). Y además la tinta empleada para la impresión tenía un perfume muy agradable, más aún que los pocket-books -un perfume, por así decirlo, apetecible: hacía venir ganas de comer caramelos con un gusto correspondiente-. Pero los libros carecían de las más mínimas ilustraciones en el interior, y era imposible descifrar, no ya una palabra, sino siquiera una letra.

Por eso pronto dejaron de interesarme, después que hube mirado las tapas, los hube tocado (tenían un tacto muy agradable, como la piel de algunos animales) y olido. Hallé, empero, un libro en inglés y otro en español. Dos versiones de la Biblia.

En un principio me resistí a intentar la lectura; parecían colocados allí -y pronto sospeché que el asunto de las luces y el despertador podía formar parte de un plan en ese sentido- con la intención de que, siendo ateo, me viera obligado a leer la Biblia; hasta se me brindaba, con cierto humor, la posibilidad de hacerlo en cualquiera de los idiomas que conozco.

Pero solamente el sueño, y una desconfianza rayana en la paranoia que se había infiltrado en mi carácter en esos últimos días, podían hacerme concebir tan ridícula idea. Sonreí ante mis propios pensamientos, pero no cedí de inmediato.



Antes jugué con la cajita de música, cuya melodía me decepcionó (no estaba de acuerdo con el fino trabajo realizado en el exterior de la caja, una excelente obra de artesanía), no por lo simple -no pretendía otra cosa- sino por lo banal. Y examiné uno por uno todos los pequeños objetos de yeso y de porcelana que poblaban la cómoda, y una repisa que no tenía otra finalidad que soportarlos.

Entre todos (que, como ya mencioné, eran de mal gusto, toscos, baratos), hubo sin embargo uno que me llamó la atención, no por su calidad -que no lo diferenciaba del resto- sino porque era una figura que me recordaba a alguna persona que yo conocía en la realidad, pero que no pude ubicar. No se trata de nadie que aparezca, creo, en estas líneas; más bien es una imagen enterrada en la memoria, quizá desde la infancia.

Deje la figurita en su sitio, pero seguí mirándola. Representaba a un pastor, apoyado en su báculo, con un gran sombrero campesino del siglo xvi.

Me di cuenta de que estaba entrando en el sueño; los objetos cobraban vida, un cierto movimiento. La figura del pastor se agrandaba y la cara, que ya no era la del muñeco, sino la que vivía en mi inconsciente, cobraba proporciones gigantescas. Hice un esfuerzo y salí de ese estado; entonces tomé la Biblia en español, y comencé a leer al azar, recostado en la cama.

Me resultó una lectura más amena de lo que pensaba. Hacía años que no tenía una Biblia en mis manos y ahora, leyéndola sin respeto, sin el temor religioso de la niñez, disfrutaba mucho de algunas partes. Insensiblemente fue pasando el tiempo, de tal manera que pronto se hicieron las cinco.

Pensé en ponerme en acción, aunque tenía más de media hora por delante, para evitar disgustos de último momento; en primer término debía lavarme la cara.

Giménez no me había indicado la existencia de un baño en la planta superior, por lo que resolví bajar, en lugar de andar buscando y probando todas las puertas que daban al corredor.

Abrí la puerta de mi cuarto y salí, cuidando de no apagar la luz hasta encontrar la llave que encendiera la del corredor. Pero los interruptores parecían estar colocados, a propósito, en lugares inverosímiles, ya que no pude encontrarla, ni hasta donde llegaba a iluminar la luz de mi cuarto, ni más allá, tanteando la pared con la mano, a la altura que suelen ubicarse los interruptores.

Volví a mi pieza, con la esperanza de hallar velas, o un farol, aunque no recordaba haber visto nada de esto; en la mesa había fósforos; no quería usar el encendedor porque casi no tenía nafta; ya había empezado a quemarse la mecha y en cualquier momento quedaría sin llama. La caja de fósforos estaba empezada, casi por la mitad ya; este hecho no me preocupó porque, aun en el caso de que no encontrara la luz del corredor, me bastarían y sobrarían para llegar a la oficina, y aun para volver a mi cuarto.

No vi ninguna llave en el corredor. A base de fósforos bajé la escalera y llegué a la planta baja, donde hallé el cuarto de baño con facilidad.

Me lavé la cara, pero no había toalla para secarme, ni en el armario blanco. No me importó mucho; me sequé las manos con el pañuelo y dejé mi cara húmeda (recordé haber leído en alguna parte que es un buen sistema para embellecer el cutis, ya que los poros absorben los minerales contenidos en el agua, y reí en silencio).

Salí, y encendí la luz de la sala. No sólo el fuego estaba apagado, sino que además la estufa estaba tan limpia como si jamás se hubiera encendido fuego en ella.

Atravesé el pequeño corredor y pronto estuve en la oficina. Aquí me costó cierto trabajo encontrar el interruptor, pero habituado a algunas de las extrañezas de la estación lo ubiqué, por supuesto detrás de la puerta, un poco más arriba de la altura normal. Lo hice funcionar con cierto temor, puesto que no estaba seguro de que fuera éste el indicado, y como en esa oficina era posible provocar algún desastre por el mero hecho de hacer funcionar una llave, me preparé para alguna sorpresa desagradable. Casi sufrí una desilusión cuando encendió la luz en forma normal.

Miré mi reloj y advertí que aún faltaban más de quince minutos; comparé su hora con la de uno eléctrico, que había sobre una pared, cerca del techo, y vi que había una diferencia bastante importante, de casi diez minutos. Di por buena la hora de ese reloj y adelanté el mío; me llamó la atención que el mío estuviera atrasado, porque su tendencia general es la de adelantar; pero debía guiarme por el reloj de la oficina, aunque la hora no fuera buena, porque en cierto modo era, por así decirlo, la hora oficial. Entonces, faltando apenas ocho minutos para el momento de la operación, me propuse estudiar el croquis que llevaba en el bolsillo superior de la campera.

Antes de hacerlo, sin embargo, quise comprobar el estado de mis facultades mnemotécnicas, que nunca habían sido del todo malas.

Mi fuerte era la memoria visual; observé el tablero en su conjunto y señalé una llave; luego la ubiqué, contando el número de hileras verticales y horizontales (pero en sentido contrario al que lo había hecho cuando Giménez me pidió que lo hiciera). Anoté la coordenada de las filas, al dorso del papel; luego recordé la coordenada que había memorizado hacía unas horas; la llave debía ser la quinta de la cuarta hilera, contando de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha. Y esto coincidía con la anotación al dorso del papel, que señalaba la tercera llave de la tercera fila, contando de abajo hacia arriba y de derecha a izquierda.

Satisfecho, y más que nada por hacer tiempo -aún quedaban unos minutos- comparé mi cálculo con el croquis: una sorpresa desagradable fue encontrar que la llave que yo había marcado con una cruz, era la séptima de la quinta hilera -de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha- y la tercera de la segunda fila, en sentido inverso.

Inmediatamente controlé el croquis con el tablero: cada llave estaba indicada por medio de un círculo. Había un total de 36 círculos, dispuestos en forma de triángulo; uno en el vértice superior, tres en la segunda hilera, y así hasta el número de once en la base.

La cantidad de llaves era la misma: la disposición, también. Sin duda había cometido el error al memorizar la ubicación de la llave, o quizá al ubicarla, para señalarla en el croquis. Pero era muy importante saber a ciencia cierta dónde estaba exactamente el error, y apenas me quedaban un par de minutos.

Si la contradicción hubiese estado planteada entre mi memoria y el croquis, no habría dudado en confiar en aquélla. Pero se planteaba más sutilmente, entre el momento en que había contado las hileras para memorizar la llave y el momento en que las había contado para marcar la cruz en el papel; por lo tanto, sólo cabía confiar en la suerte.

Ya sobre la hora, se me ocurrió una variante que aflojó un poco la tensión nerviosa; recordaba muy bien que durante todo el tiempo Giménez había mantenido su dedo índice señalando la llave en cuestión, tanto mientras yo realizaba la operación de memorizar el tablero como cuando contaba otra vez las hileras para dibujar la cruz. Bien podría haber señalado Giménez, en forma voluntaria, o por distracción, una llave distinta en esta segunda oportunidad.

Y rápidamente me convencí de que así había sido; no había otra posibilidad. Y entonces, pensando que cualquier cosa que sucediera sería culpa de Giménez, me acerqué al tablero y comencé a accionar las llaves, una por una. Sin embargo tuve una pequeña duda, aunque no impidió que continuara el trabajo; pensé que si bien era culpa de Giménez el haber señalado dos llaves distintas, yo también tenía responsabilidad por no haber reparado en ello; si momentos antes había memorizado la ubicación de la llave, tanto visual como numéricamente, tendría que haberme dado cuenta, al hacer la cruz en el papel, que estaba señalando una llave distinta.

Al mover algunas que estaban en posición de encendido, se apagaba, en efecto, alguna luz allá afuera; con otras parecía no suceder nada. Y lo mismo con las que estaban en posición de apagado; pero en ningún caso se encendieron luces. Al llegar a las últimas hileras procedí sin vacilación y al azar; dejé sin tocar la llave que recordaba de memoria, es decir la quinta de la cuarta hilera y, cuando hice funcionar la llave indicada en

el croquis, no sucedió nada que yo pudiera catalogar como desastre, al menos en ese momento.

Con todo, volví a mi pieza preocupado, porque la palabra «desastre» podía significar cualquier cosa y, en resumen, no podría saber si había estado acertado o no, hasta que Giménez se levantara y observara todo.

Me acosté, apagué la luz y muy pronto quedé dormido. Inexplicablemente mi sueño fue tranquilo; no fui torturado por ninguna de las preocupaciones del día, ni siquiera por esta última.

Me hundí en un sueño profundo, denso, ancho, oscuro, sin imágenes ni palabras, sin pensamientos.

## SEGUNDA PARTE

### 1

Nadie turbó mi sueño. Dormí mucho, hasta cerca del mediodía, y seguí un buen rato en la cama, despierto, disfrutando de la comodidad.

Cuando me levanté, la casa estaba desierta. Ni el menor rastro de Giménez, tanto en los altos como en la planta baja; tampoco en la oficina. La verdad es que, un poco influido por el transcurrir de las cosas en la estación, me había hecho a la idea de que, a cualquier hora que me levantara, encontraría, servido en la cocina, un succulento desayuno; la taza de café humeante y variedad de tostadas y dulces. Pero no fue así; me vi obligado a cruzar la calle, hasta el bar, y pedir un par de refuerzos y un cortado. Me senté a la mesa, tratando de ordenar un poco las ideas, y pensar cuáles serían mis próximos pasos.

El bar estaba más concurrido que en la tarde anterior; no se encontraban los jugadores de baraja, al menos realizando esta actividad (no les había prestado tanta atención como para individualizarlos fuera de la mesa de juego; podían muy bien encontrarse entre aquella decena de parroquianos que formaban dos o tres grupos junto al mostrador, todos con algún brebaje alcohólico por delante).

No sucedió nada especial al entrar, ni cuando me senté a la mesa; me pareció raro, ya que siempre se mira a un forastero que entra al boliche del pueblo, si no con agresividad, al menos con una curiosidad molesta. Pero en este caso más bien se me ignoró; me observaron brevemente, sin que mi presencia interrumpiera ninguna conversación.

A pesar de la cantidad de público allí reunido, el dueño -don Ernesto- no se afanaba en absoluto; pasó un rato, mucho más largo de lo necesario, para que atendiera mi pedido; pero del mismo modo procedía con el resto de los parroquianos.

Don Ernesto no estaba ocupado en ninguna actividad de importancia, que lo excusara de la atención que merecían sus clientes; pero se las arreglaba para ocuparse en cosas que demoraban los pedidos. A veces salía de atrás del mostrador y repasaba en forma innecesaria alguna mesa, con un trapo bastante sucio; a veces desaparecía por una puerta y demoraba un rato en volver. Pero, de todos modos, los pedidos se iban cumpliendo, y yo no tenía ningún apuro; más bien, me interesaba estar sentado allí, escuchando las conversaciones, cuando me cansaba de mis propios pensamientos.

El fútbol no era, en realidad, el tema central de las conversaciones; apenas se hacía alguna referencia, de vez en cuando, pero no pude captar ningún nombre conocido; sin duda se referían a equipos y jugadores de la zona.

Mientras revolvía el cortado y daba una primera mordida ansiosa a uno de los refuerzos, sufrí un sobresalto al escuchar el nombre de Ana. Inmediatamente presté la máxima atención, aunque tratando de disimular porque -recordé las palabras de Giménez-, temía que aquella gente se cerrara y cambiara de tema, al advertir en mí cualquier signo de interés.

Uno de los integrantes del grupo más próximo había preguntado, al parecer (no pude escuchar la primera parte de la conversación), si alguno de los otros dos conocía la casa de Ana; respondió en forma afirmativa un hombre bajo, de pelo encrespado y que, me pareció, pasaba los cuarenta.

-No tiene más que tomar esta calle; allí donde termina, pasando la zapatería, empieza un camino. Ese camino lleva a lo de Ana. Es la primera casa que uno encuentra.

Me llamó la atención esa serie de datos, que para un habitante del lugar eran exagerados -y supuse que ese camino y esa calle tendrían nombre, aunque más no fuera un nombre familiar, creado por ellos-; creí advertir que esa conversación estaba dirigida, más bien, a informarme a mí; y, siguiendo con esta idea, hallé que todo el resto me sonaba falso, como si estuvieran representando un papel.

-¿Y queda muy lejos? -insistió en preguntar el primero.

-Sí -fue la respuesta-, queda un poco lejos; pero en bicicleta puede hacerse el recorrido en menos de una hora.

Luego cambiaron de tema; en ningún momento me miraron, ni noté que hicieran alguna seña, pero seguía con mi convicción. Pensé que podía ser un mensaje que Ana me dirigiera por intermedio de esos hombres; también podría ser una trampa, de la propia Ana o de alguna otra persona (pensé en Giménez), no sé con qué finalidad; y también cabía la posibilidad, nada improbable por cierto, de que enterados de que Ana me había abandonado la tarde anterior -ya fuera por comentarios o porque lo habían visto, espiando ocultos tras las cortinas- estuvieran entreteniéndose con una burla, o una provocación. Pero no había ninguna sonrisa, ninguna mirada que me indicara expresamente que todo aquello estaba dirigido a mí; entonces, la broma o provocación no serían efectivas.

De todos modos ya había resuelto largarme hasta la casa de Ana, sin saber bien por qué; tenía sentimientos contradictorios, de atracción y repulsión hacia ella; pero lo predominante era la necesidad de verla. Mi preocupación inmediata era, entonces, conseguir una bicicleta.

Hasta el momento no había pensado en una bicicleta como medio de transporte, incluso capaz de permitirme abandonar ese lugar, o por lo menos encontrar la estación de ferrocarril; me pareció que aquel hombre, quizá sin querer, me había dado una idea excelente.

Pero allí no podía iniciar ninguna averiguación en torno a bicicletas, por más que hubiese sido el lugar más propicio para obtener un resultado rápido; si aquella conversación había estado dirigida a mí, demostraría con mi pregunta que, o bien había caído en la trampa que se me tendía, o que la broma había tenido éxito.

No me hubiese extrañado que esperaran, para una gran explosión de carcajadas, el momento en que yo me acercara ingenuamente al grupo para preguntar cómo podía conseguir una bicicleta.

Y, además, no quería demostrar de ninguna manera que tenía interés en Ana. Por lo tanto salí del bar, en dirección a la oficina, para ver si encontraba a Giménez; él me podría informar.

Todas estas precauciones me parecieron tontas; de conseguir la bicicleta, pensé, no podría evitar que todo el mundo me viera en ella, tomando por esa calle y siguiendo ese camino. Pero me consoló la idea de que, aunque así fuera, al menos no tendría que sentir sus risas o sus expresiones de ofensa.

Me resultó imposible encontrar a Giménez; tampoco hallé rastros del otro habitante, aunque al pasar frente a la pieza prohibida hice resonar más fuertemente mis pasos, y caminé con mayor lentitud, para darle oportunidad de manifestarse a quienquiera que estuviese allí dentro; pero nada, ni el más mínimo sonido.

Así recorrí toda la casa hasta entrar de nuevo en la oficina. La verdad es que todo tenía aspecto de domingo, y llegué a la conclusión de que Giménez había aprovechado su día libre para ir a alguna parte; pero ¿adónde? Y ¿por qué me lo había ocultado? Es cierto

que no tenía ninguna obligación de darme cuenta de sus acciones, pero pensé que al menos podía haber dejado una nota, que busqué en vano.

Salí otra vez a la calle, falto de inspiración. Sin darme cuenta casi, me encontré dando vuelta a la manzana ocupada por la estación de nafta. Esta manzana no tenía forma de cuadrado, y me pareció que no se ajustaba a ninguna figura geométrica simple.

Los mismos elementos que componían la parte que yo mejor conocía, frente al bar, se repetían muchas veces, pero dispuestos siempre en distinta forma, y variando su cantidad. (Encontré los surtidores, la oficina, los carteles de propaganda y de bienvenida, las luces de colores, los grandes focos -todo repetido, formando distintas combinaciones a lo largo del contorno.)

Mientras caminaba, observaba y hacía cavilaciones, casi siempre interrogativas: si Giménez sería responsable de todas esas oficinas, o solamente de la que yo conocía; si habría personas como Giménez por cada una de las oficinas, y si tendrían las mismas comodidades que Giménez; y también si, de ser así, habría un superior, o varios, que controlaran a todos esos responsables, y si ese superior viviría también en la estación.

Pensé, además, que Giménez podría encontrarse en alguna de esas oficinas, pero no me animé a comprobarlo, porque era evidente que todas estaban cerradas y que ese día no se atendía al público; y que si Giménez hubiera tenido deseos de que yo lo encontrara, me lo habría hecho saber de alguna manera. Era posible que si lo buscaba se sintiera molesto.

Ya estaba haciéndome a la idea de dejar para el día siguiente la visita a la casa de Ana; por un lado me molestaba tener que prolongar la estadía en ese lugar y por otro estaba la ansiedad, la necesidad irracional y urgente de verla; a todo esto se mezclaba esa sensación de que lo escuchado en el bar era un posible mensaje.

Pensé que podía ir a pie, pero calculé que una hora de bicicleta equivaldría a cuatro, o más, de caminata, que debía multiplicar por dos, teniendo en cuenta el regreso.

Me debatía en estas dudas, casi resignado a perder el resto del día, y amenazado por la depresión que me ataca en esas oportunidades -mezcla de aburrimiento e impotencia-, cuando noté por vez primera en forma consciente que, a pesar del feriado, el almacén estaba abierto.

Entonces crucé la calle y entré, acercándome esta vez directamente al mostrador. Ahí estaba el viejo, sentado sin ocuparse de nada, pero con expresión despierta e inteligente.

Creí que no me iba a reconocer, pero me saludó con cierta familiaridad. Luego de corresponder a su saludo, le expresé que necesitaba una bicicleta; que le agradecería mucho si sabía informarme de la manera de conseguir una, por algunas horas.

El viejo se rascó la cabeza durante un buen rato, echada la boina hacia atrás.

Luego respondió:

-Yo tengo una, vieja, ahí en el fondo. Se la podría acondicionar. Pero -agregó- no quiero alquilarla; en todo caso la vendería.

No me pareció advertir el tono de quien pretende aprovecharse de la necesidad de otro para sacar ventaja; parecía, por el contrario, deseoso de complacerme; yo debía comprender que la bicicleta necesitaba algunas reparaciones y que el dinero que pudiera obtener por alquilarla quizá no alcanzara a compensar los gastos y el trabajo; al mismo tiempo, a pesar del gran stock que había en el almacén, parecía que el viejo necesitaba dinero.

Le respondí que no quería comprarla, ya que pensaba utilizarla durante corto tiempo, pero que podía pagarle una muy buena suma por el alquiler y los gastos que creyera justos por la reparación.

Él movió la cabeza; no por obstinación, sino porque, según dijo, si se decidía a reparar la bicicleta era para sacarla de adelante, porque le estorbaba; y que ésta era la única oportunidad de venderla que tendría en mucho tiempo. Agregó que me haría un precio

especial, por supuesto muy por debajo de lo que valía una nueva, y aun bastante por debajo del precio de una usada.

Le contesté que si dispusiera de mucho dinero, no tendría inconveniente en comprársela; pero que tenía el dinero muy justo y no quería quedarme sin nada. Entonces pedí disculpas por la molestia causada y me dispuse a retirarme; el viejo me llamó.

-Señor -dijo, sin elevar mucho la voz, y cuando estuve de vuelta junto al mostrador prosiguió, con tono de aparente inocencia-. Observé que su reloj, además de indicar la hora, tiene una agujita roja que señala la fecha. Yo siempre quise tener un reloj de éstos - bajó la vista con cierta turbación, como lo hubiera hecho un niño, al pedir algo fuera del alcance de sus padres-. Bueno, si usted quiere, podemos hacer un cambio.

En un primer momento la idea me chocó. Yo apreciaba mucho ese reloj. Hacía años que lo llevaba en la muñeca y, exceptuando el detalle mencionado de una costumbre suya, periódica, de adelantar hasta diez minutos, era realmente un reloj muy fiel. Y el hecho de canjear un reloj por una bicicleta me resultaba extraño. Pero, por otra parte, yo, en ese momento y en ese lugar, necesitaba mucho más una bicicleta que un reloj; y, además, por más cariño que le profesara, debía reconocer que era un reloj de poco precio -aunque no de los más ordinarios.

De todos modos su precio debía de ser mucho más bajo que el de una bicicleta. Me decidí de golpe. -Está bien; pero me gustaría verla antes de cerrar trato.

-Venga dentro de una hora -me dijo-. Quedará totalmente satisfecho.

Me pareció que los ojos le brillaban de alegría. Insistí en algunos detalles -me interesaban fundamentalmente los frenos, las cubiertas y las cámaras -pero el viejo repitió que no debía preocuparme, y ya desapareció por la puerta, sin duda en dirección al taller, para poner de inmediato manos a la obra. Me fue imposible llenar la hora de alguna manera útil; la ansiedad, y la existencia de un plazo, me ponían los nervios de punta.

Vagué por la estación, tratando de apreciar objetos y colores, con un mal humor creciente; al fin me recliné en mi cuarto y seguí leyendo la Biblia, sin que me resultara en absoluto interesante -o, mejor dicho, sin aprehender el sentido de lo que leía-. A cada momento interrumpía la lectura para mirar la hora; muchas veces tampoco me daba cuenta de la indicación que hacían las manecillas.

Aún faltaban cerca de diez minutos para que se cumpliera el plazo, cuando me di cuenta de que no soportaba más la excitación, y volví al almacén.

En el interior no vi rastros del viejo. Confieso que había esperado encontrarlo entretenido con sus juguetes de plástico, sin la menor intención de prepararme la bicicleta. Pero sin duda estaría aún en el fondo, trabajando en ella.

Esperé unos minutos, que aproveché para echar una ojeada a las existencias. Esta vez me atrajo la sección librería (por llamar así a ese montón de libros, desperdigados por todas partes). No eran, como pensé, libros escritos en ese idioma extraño, que parecía destinado exclusivamente a la estación de servicio. Estaban en español, pero, al menos los que tuve oportunidad de mirar, no tenían interés para mí. Se trataba en su mayoría de libros escolares y liceales; había también alguna novela, pero no me sentí atraído por ningún título o autor.

El viejo apareció muy pronto; traía en la mano un mate, cuya bombilla venía chupando con evidente satisfacción, y un termo bajo el brazo izquierdo.

-Ah, ¡ya está aquí! -me dijo-. ¡Venga! -y hacía cómicos ademanes, urgiéndome a pasar por detrás del mostrador y seguirlo a la trastienda.

Pasamos junto a otra puerta, cubierta por una alegre cortina floreada, que seguramente sería la entrada a la parte de vivienda del local, y atravesamos un patio descubierto, de tierra, con irregulares sectores de pasto, por donde transitaban algunas gallinas en libertad. En el fondo del patio -en cuyo centro pude ver un muy bien cuidado limonero, cargado de frutos que esparcían su perfume- había un galpón.

El viejo me hizo pasar y me señaló con gesto triunfal una fea bicicleta de mujer, apoyada contra un banco de carpintero. Sobre el banco, antiguo y arruinado, había una serie de herramientas de carpintero y de mecánico; las paredes del galpón estaban llenas de cosas colgadas, en su mayoría rollos de alambre, y algunos objetos amontonados, como chapas de zinc y maderas viejas; también, en un rincón, colgaban ristras de ajos y de cebollas.

El aspecto de la bicicleta, a decir verdad, me decepcionó; quizá porque era de mujer.

Pero el viejo la había acondicionado muy bien; le había levantado el asiento y el manillar, según dijo, y además observé que no era tan pesada como suelen serlo las bicicletas de paseo, y que la transmisión era buena; en resumen, que si bien no era la que más hubiera anhelado, al menos parecía servirme. Las cubiertas eran nuevas y supuse que las cámaras también lo serían.

El viejo estaba pendiente de mis reacciones. Yo prolongué un rato mi examen, más por asegurarme, antes de cerrar el trato, que por tenerlo pendiente; probé los frenos, que andaban bien, y al fin di mi aprobación.

Tomó el reloj con manos temblorosas; enseguida lo colocó en su muñeca y quedó un buen rato observándolo. En ese momento me entró un arrepentimiento tardío, y empecé a extrañar la suave presión en la muñeca. Además, sentí una estúpida e imperiosa necesidad de saber la hora, pero no quise preguntarle.

Sorpresivamente sacó de uno de los bolsillos de su traje de mecánico un papel enrollado, que me entregó. Era, según dijo, un documento que había preparado, acreditando mi propiedad del vehículo. Sonreí, y le pregunté si quería un papel similar por el reloj, pero movió la cabeza en forma negativa.

-Un reloj es un reloj -explicó- y una bicicleta es una bicicleta.

Me despedí y salí del almacén, después de recorrer, con dificultad, el camino entre las mercaderías.

## 2

Me dirigí rápidamente por la calle en dirección al camino, con la esperanza de que nadie me estuviera observando. Sin embargo, aunque a nadie veía, tenía la plena seguridad de que había muchos pares de ojos pendientes de mí. No me atrevía a montar de una vez, y no me decidí hasta doblar la esquina e internarme un buen trecho en el camino de tierra.

La bicicleta se deslizaba a la perfección; el viejo había hecho un buen trabajo. El camino era tan malo como el que de la carretera nos trajo hasta el pueblito a Ana y a mí; pero el sol había secado los charcos y, tomando la precaución de andar cerca del borde, no se topaba uno con demasiadas piedras.

A pesar de que hacía años que no andaba en bicicleta, no tuve ninguna dificultad para manejarla o conservar el equilibrio; pero en cambio, muy pronto me empezaron a doler las piernas. Así, muy a menudo debía detenerme a descansar.

Según mis cálculos (¡cómo necesitaba ese reloj!) ya llevaba recorrido largamente la mitad del camino (era un paisaje desolado; por supuesto, no había construcciones, y apenas algunos árboles) cuando éste se vio de pronto interrumpido por un barranco, no muy ancho pero sí de cierta profundidad -cerca de un par de metros- por donde corría, inesperadamente, un arroyito, un hilo de agua. El fondo se veía a pocos centímetros de la superficie del agua, y el ancho no superaba el metro y medio; pero me desconcertó encontrarlo ahí, en medio del camino, sin ningún puente.

Busqué un paso con la vista, fuera del camino, en los campos que lo bordeaban, pero nada vi. Entonces busqué la forma más fácil de bajar -luego de descalzarme y tirar los zapatos, con los calcetines dentro, hacia el otro lado-, llevando la bicicleta a cuestas. En

un par de oportunidades estuve a punto de perder el equilibrio, y me costó bastante la subida, pero al fin llegué sin ningún problema serio.

Esperé que los pies se me secaran con el sol y el viento, y terminé de secarlos con el pañuelo -que, a esta altura, ya estaba imposible de sucio-. Luego me calcé y continué viaje, parando de vez en cuando para descansar las piernas. También aprovechaba a fumar algún cigarrillo, lo que me traía invariablemente a la memoria el reglamento de Giménez.

Al llegar a cierta altura del trayecto (me daba la sensación de que la hora de que había hablado el hombre ya había transcurrido) recién se me ocurrió dudar de la veracidad de la información; era una posibilidad que no había tenido en cuenta.

Mi desconfianza se volcaba a suponer en los demás planes complejos para mortificarme, pero no había pensado en una mentira simple. ¿Por qué me habría largado, a hacer ese viaje, basándome en la dudosa palabra del parroquiano de un bar, a quien no conocía, y que ni siquiera se había dirigido a mí? Estas divagaciones me hicieron sentir con menos fuerzas y me detenía más a menudo a descansar, aunque la impaciencia por llegar me obligaba a acortar los tiempos de descanso.

Al fin divisé una casa, algún trecho más adelante. Pensé también que la Ana que había nombrado el hombre del bar no tenía por qué ser la misma Ana que yo conocía; pero habría sido una coincidencia demasiado grande. Aceleré la marcha, habiendo cobrado nuevamente entusiasmo y energía, y pronto estuve frente a la casa.

No pude evitar encontrar una semejanza entre la construcción y la mujer; tenía mucho de contradictorio y engañoso; era hermosa, a su manera, y tenía encanto y atracción. Pero había algo que, al mismo tiempo, causaba un cierto rechazo, y lo ponía a uno en guardia.

Quizá cincuenta años atrás, podría habersele llamado mansión; pudo ser la residencia de campo de alguna persona adinerada. En la actualidad, si se salvaba de que se le adjudicara el adjetivo de «ruinosa», era más por el amor con que estaban disimulados sus deterioros que por su estado real. Y al mismo tiempo había sectores -por ejemplo, el jardín- que habían caído en un abandono total.

Para llegar era preciso atravesar la cuneta, al costado del camino, que por esos lados tenía un ancho y una profundidad considerables, y estaba llena de agua estancada y sucia; pero había unos troncos atravesados, a manera de puente, que permitían pasar con cierta facilidad.

Se me ocurrió que estaba cruzando el foso que rodea a un castillo, más que nada porque la casa -no por su tamaño ni exactamente por su forma, sino más bien por el color y la disposición de algunos elementos (como unas ventanas altas, y una parte redondeada)- me traía a la memoria la imagen de un castillo.

No necesité llamar; un montón confuso de niños y perros se lanzó a mi encuentro, gritando y ladrando (no sé si respectivamente); pasada la primera emoción -un miedo atroz-, observé que los perros movían alegres la cola y no trataban de atacarme, por más que me rodeaban y se me tiraban encima. Los chicos, que no pasaban los cinco años, y estaban parcialmente desnudos (eran cuatro en total, todos varones), hacían exactamente lo mismo que los perros.

No sabía qué actitud tomar: si acariciar a unos y a otros, si dar monedas a los chicos, si espantar a los perros. Me quedé parado allí, esperando que de alguna manera pasara todo aquello. No sé si no hubiese preferido ser atacado por los perros, que eran pequeños, de modo de tener motivo para alejarlos a puntapiés.

Pero pronto salió una mujer, secándose las manos en un delantal, y recorrió sin apuro el largo camino que la llevaba desde la casa hasta mi encuentro. No era Ana; era una mujer de cuerpo más robusto, de más edad que ella.

No hizo nada por librarme de niños y perros; me preguntó qué deseaba, sin ninguna nota de simpatía.



Observé que usaba lentes redondos; sobre el ojo izquierdo no había cristal, y la patilla izquierda estaba remendada con una pequeña tira de género e hilo de coser.

Pregunté si era ésa la casa de Ana; me respondió simplemente que sí. Tuve, entonces, que hacer una nueva pregunta: ¿se encontraba ella en la casa?

-No.

Continué mirándome sin expresión; ni siquiera mostraba desconfianza. Sólo parecía sentir el deseo de que aquella entrevista no se hiciera muy larga. -¿Cómo puedo hacer para encontrarla?

Esta vez ni respondió; se encogió de hombros. -¿Viene a menudo? -insistí.

Volvió a encogerse de hombros.

En ese momento algo, no sé bien si un perro o un niño, aunque la sensación fue más bien de que los dientes pertenecían a uno de los niños, me mordió la pantorrilla izquierda. La mujer no se molestó por ello; en cambio yo, sí; decidí terminar la entrevista en ese preciso instante. Era evidente que no podría sacar nada útil de una mujer tan estúpida, y corría peligro de que me siguieran mordiendo.

Me despedí, murmurando un irónico agradecimiento, y llegué al camino, seguido ruidosamente por todo aquello; pero nadie se atrevió a cruzar la cuneta. Pensé que tendrían órdenes estrictas de no hacerlo, porque se quedaron mirándome con cierta tristeza.

Eché una última ojeada a la casa -como para despedirme o, más bien, con la esperanza de ver aparecer a Ana en alguna parte, por ejemplo asomando a una ventana-, a tiempo de ver cómo la mujer se disponía a entrar.

Me vino una súbita inspiración:

-¡Señora! -grité, con fuerza.

Se alzó un coro de gritos y aullidos, pero la mujer me había escuchado. Se quedó un instante parada, inmóvil, y luego vino a mi encuentro con la misma lentitud que la primera vez. Yo traté de ahorrarle esfuerzo, caminando en su dirección, pero los niños y los perros me trababan, agarrándose a mis piernas y brazos, mordiéndome y tironeándome de la ropa. Me hicieron tropezar y caí.

La nueva entrevista tuvo lugar casi en el mismo sitio que la anterior, más cerca del camino que de la casa. Esta vez noté un olor desagradable, que parecía provenir de todo el jardín; observé y vi que estaba cubierto no sólo de yuyos y plantas silvestres, sino también de basura.

Cuando la mujer estuvo a mi lado, me disculpé por haberla hecho caminar de vuelta hasta allí, y le pedí que, si podía, me ayudara en algo para mí muy importante; necesitaba saber la ubicación exacta de una estación de ferrocarril que, sabía, estaba próxima a ese lugar, aunque no tenía noticias del camino que debía seguir para llegar.

Entonces comprendí que la reticencia y el mal humor de la mujer eran debidos exclusivamente al hecho de haber preguntado yo por Ana; pues ni bien le formulé la nueva pregunta, pareció adquirir una personalidad muy distinta. No llegaba a ser amable, pero habló usando un montón de palabras y repitiendo infinidad de veces los datos sobre la ubicación de la estación que, por otra parte, eran bien simples; no había más que seguir ese mismo camino y uno se toparía con ella; no había manera de perderse. La mujer hablaba de la estación de ferrocarril con entusiasmo, hasta con respeto; parecía sentir una verdadera admiración y dio a entender -aunque no lo dijo expresamente- que le parecía extraño que yo tuviera algo que ver con ella; pero, este mismo hecho, al parecer, me convertía en un ser algo más interesante que el que había preguntado por Ana; al menos, más digno de atención.

Me aclaró, varias veces, que no debía confundir la estación con algunas casas aisladas que encontraría antes de llegar; por otra parte, era muy difícil confundirla, ya que una estación de ferrocarril, y ésa en particular, es una construcción muy distinta de una casa. Y la mujer continuaba hablando hasta un punto tal que ya no la soportaba; los niños y los

perros seguían acosándome y yo estaba impaciente por irme; sentía el impulso desesperado, la compulsión de viajar; ya me veía en el ferrocarril, lejos de aquel lugar, volviendo a la casa.

Pero la mujer me retenía, envolviéndome en su charla, que a cada momento se hacía más fluida y al mismo tiempo casi ininteligible; enlazaba un tema con otro, que no tenía nada que ver, partiendo de una palabra cualquiera. Pronto empezó a tratar problemas familiares, un poco mezclados con recetas de cocina; las dificultades que había tenido siempre con su marido, que se emborrachaba, etc.; el tema me interesó de pronto porque pensé que podía averiguar algo sobre Ana.

En vano esperé que la mencionara, aunque siguió agregando parientes y personas de su relación. Entonces, aprovechando un pequeño hueco en su charla, le espeté:

-Usted, ¿es la madre de Ana?

-No -respondió, y volvió a mirarme como la primera vez, dejando la conversación bruscamente cortada. Traté de sacarle algo más:

-¿Y éstos son los hijos de Ana? -pregunté.

-Sí -contestó, y empezó a alejarse en dirección a la casa, sin prestarme más atención.

-Y -grité- ¿cuántos kilómetros hay hasta la estación?

La respuesta no me llegó con claridad; pudo haber sido «tres», o «diez», o «cien» o, incluso, «no sé»; era evidente que no valía la pena insistir; ya había entrado a la casa.

Me fui alejando; y al cruzar el puente de troncos, dudaba aún de la dirección a tomar; no sabía si volver a la estación de nafta, o seguir el camino hacia la del ferrocarril.

Al fin, monté en la bicicleta con el propósito de regresar. Debían ser alrededor de las cinco; pronto comenzaría a anochecer, y en un par de horas estaría tan oscuro que no podría andar en bicicleta, máxime teniendo en cuenta que había perdido los lentes. Quizá un par de horas no bastasen para llegar a la estación de ferrocarril. Por otra parte estaba cansado, comenzaba a sentir hambre, y, en último término, no me caía bien desaparecer sin despedirme de Giménez. Y quizá hubiera alguna razón más oscura, que no pude detectar, que me obligaba a volver allá.

El regreso fue un poco más penoso que la ida, fundamentalmente porque me faltaba la esperanza de encontrar a Ana; pero ahora tenía otro objetivo, para mí vital: la estación de ferrocarril. No importaba tanto que ignorara la distancia que me separaba de ella, teniendo en cuenta que sabía la dirección que debía tomar.

El día siguiente sería la gran jornada: me levantaría bien temprano, haría provisión de alimentos y tomaría este mismo camino, el que no abandonaría hasta alcanzar la meta. Cien kilómetros, en este país, es una distancia exagerada para separar dos estaciones; debía encontrarse, más probablemente, a tres, o a diez kilómetros de la casa de Ana. Pero también la respuesta, recordé, podría haber sido «no sé»; por lo tanto, cualquier cálculo que hiciera en ese sentido sería totalmente inútil.

El arroyo, que había olvidado, me esperaba otra vez para cortarme el paso. Repetí la operación que realizara a la ida, con mayor dificultad porque estaba más cansado; pero tampoco caí esta vez, por más que estuve a punto.

### 3

Llegué cuando el sol desaparecía ya detrás de las casas; había refrescado sensiblemente. Fue una grata sorpresa encontrar a Giménez en la oficina. Me preguntó qué tal lo había pasado; estaba, como casi siempre, de buen humor; no se refirió en absoluto al asunto de las llaves, por lo que supuse que había cumplido bien mi tarea.

Preferí no detallar mi pequeña excursión; me limité a mostrarle la bicicleta -que había dejado afuera, apoyado un pedal contra el cordón de la vereda- y le dije que había estado paseando. Él no se mostró curioso, y me recomendó que entrara la bicicleta y la dejara en

la oficina, o en la sala; no eran frecuentes los robos, dijo, pero nada perdería con tomar ese cuidado.

Así lo hice; la entré y la dejé en la oficina, contra una pared, en un lugar donde, suponía, no causaría mayores molestias. Entonces Giménez se disculpó, diciendo que tenía algún trabajo que hacer, y agregó que podía esperarlo en la sala, junto al fuego; yo preferí ir al bar, a comer algo. No opuso objeciones.

En el bar había unos grupos que podían ser los mismos del mediodía, por su disposición y el número de componentes; pero no reconocí a nadie, a pesar de observarlos con atención para ubicar a los que habían hablado de Ana. Tenía la esperanza de escuchar alguna otra cosa sobre ella, más por curiosidad, ahora, que por deseos de encontrarla.

También me preguntaba cuál había sido -y era, a pesar de todo, aún- mi interés en encontrarla. No imaginaba qué cosa podía decirle, ni cuál sería mi actitud hacia ella, ni su actitud hacia mí; pero me parecía, así lo sentí en ese momento, que no podía irme con esa sensación de dejar algo pendiente, inacabado; con seguridad durante mucho tiempo -quizá durante el resto de mi vida- la preocupación por aquella extraña mujer, su extraña manera de actuar, surgiera periódicamente, en forma obsesiva, y no me dejara vivir en paz. Enlacé este pensamiento con el recuerdo de sucesos anteriores que, si bien no tenían una relación directa con este caso, sin embargo se le parecían en cierta forma.

La mano de Giménez, posándose sobre mi hombro, me rescató al presente. Había entrado al bar sin que yo lo notara, y luego se sentó a la mesa, frente a mí. Pidió algo para tomar, y se acomodó como para conversar conmigo.

Parecía disponer de mucho tiempo; sin duda su trabajo en la oficina había concluido, y estaba deseoso de hablar; con todo, hubo un largo silencio que ninguno se animaba a romper.

Cuando el dueño del bar se acercó con el pedido -como de costumbre, después de un largo rato-, y sirvió una copa para cada uno, pareció ser éste el pretexto para romper ese silencio que, de todos modos, se dejaba llevar; no era pesado o agresivo, como el del camionero; era un silencio casi amable, que nos permitía libertad de pensamientos, que no buscábamos romper a toda costa con alguna palabra forzada.

-Lamento no haber podido estar para evitarle ese viaje inútil -dijo, sin que el tono denotara burla, reconvención o crítica; parecía más bien sinceramente apenado porque yo hubiera perdido el tiempo en esa excursión sin resultado.

Luego, agregó:

-Si un asunto de importancia no me hubiera alejado de la estación, podría haberle informado que no la encontraría en casa. Pero créame que estuve muy atareado; se calcula que tendremos una inspección en cualquier momento, y no puede haber ningún atraso. Claro, nunca puede saberse el momento exacto de una inspección; a veces pasa un año entero sin que tengamos noticias de la Empresa. Pero, de todos modos, la idea de que habrá una inspección nos sirve de estímulo para tener el trabajo al día.

»Usted pensará -agregó, con una sonrisa- que esa inspección es algo terrible; pero no es así. La mayoría de las veces ni se preocupan de controlar las planillas, ni imponen sanciones (salvo en casos de extrema gravedad); se limitan, por lo general, a echar un vistazo por encima de los papeles y de las cosas, y a estar allí, simplemente, como respirando el ambiente de la estación. Más que los papeles les interesan las cosas, el aspecto de las cosas. Todo tiene que estar en orden, limpio, con la pintura impecable. La estación debe parecer siempre nueva, distinta, brillante, atractiva.

Me animé a interrumpirlo para hacer una pregunta.

-Los inspectores, ¿son extranjeros?

-Vienen en pareja; uno, pues no, no es extranjero, nunca es el mismo. Es el que habla, hace preguntas y ve los papeles. El otro, no sé, francamente. -Giménez adoptó una mirada que parecía soñar; en adelante se referiría a este individuo siempre con ese tono,

que no pude apreciar en toda su magnitud: había algo de respeto y al mismo tiempo cariño; algo de admiración y de temor, como si hablara de alguien a quien no podría jamás llegar a comprender, pero de quien estaba convencido que era guiado por grandes propósitos y, sobre todo, animado de un gran poder, de una gran fuerza-. Es un hombre alto, grande, de pelo canoso y ojos azules. Nunca se le oyó decir una palabra; puede, muy bien, ser extranjero. Parece ser el verdadero representante de la Empresa, aunque nunca estuvimos seguros de ello. El otro individuo es el que hace y deshace; éste, por el contrario, se limita a estar presente, paseando sus ojos profundos sobre las cosas, sin emitir jamás un juicio, sin hacer un solo gesto de desaprobación o de agrado.

»Siempre, después del recorrido, sube a la azotea de la estación. Allí pasa mucho tiempo, mirando y mirando, a lo lejos, como si esperara que sucediera algo, como si buscara con la vista alguna señal en esos campos vacíos. Luego, cuando baja, conserva la misma expresión en su rostro; pero parece un poco más viejo, o quizá no sea viejo el término, sino cansado, o desilusionado, o simplemente distante.

»Después se van, y por mucho tiempo no tenemos noticias de ellos; a veces un telegrama pasado de fecha, que nos alcanza algún camionero, con una instrucción secundaria; a veces una carta, más o menos en el mismo estilo. Alguna vez estas visitas se hicieron muy frecuentes; todos teníamos la impresión de que algo iba a producirse; pero nada. Un día desaparecieron, y luego las inspecciones retomaron ese ritmo que, a pesar de no ser previsible, es, en cierto modo, un ritmo. Uno siente como que espera la inspección, y ésta llega; si no en ese mes, en el próximo. Aunque a veces nos equivocamos.

Giménez terminó su copa y pidió otra. Yo conservaba la mía intacta, muy interesado en el relato. La bebí de golpe.

-¿Pero cuál puede ser el negocio de esta Empresa? -me atreví a preguntar, porque esa duda me martillaba desde mi llegada-. Indudablemente debe tener pérdidas enormes; yo no he visto un solo coche cargando nafta en todo este tiempo, y nada me hace suponer que en el resto del año no suceda lo mismo.

Giménez sonrió, tal vez como ante la pregunta de un niño.

-Usted, como la mayoría de la gente, tiene un concepto pequeño y mezquino de lo que es un negocio. Con esto -se apresuró a agregar- no pretendo ofenderlo; disculpe las palabras. -Y continuó-: Se cree que un negocio consiste en comprar algo por uno, y venderlo por dos; si se compra por menos y se vende por más, es mejor negocio; si se paga más y se vende a menos, no es tan buen negocio. Pero eso sucede trabajando a pequeña escala; el verdadero mundo de los negocios es distinto, muy distinto.

Giménez adquirió una expresión similar a la anterior, cuando se refería al supuesto extranjero. -Estas grandes Empresas -siguió- tienen otra forma de encarar los negocios. Manejan grandes capitales y tienen mucha paciencia. Pueden esperar años y años trabajando a pérdida, y a pérdidas muy cuantiosas, como usted mismo hizo notar. Pero es que sus proyectos son también muy grandes, y abarcan muchas cosas. No tenga usted la menor duda de que esta ciudad cambiará de la noche a la mañana, cuando la Empresa lo crea conveniente, cuando vea que ha llegado el momento preciso.

»Y no porque la gente de aquí cambie; no por el esfuerzo que usted y yo podamos realizar para cambiar las cosas. ¿Adónde llegaríamos? Aumentaríamos -rió de buena gana- el stock de doña María en una docena de pares de zapatos, o las gallinas de don Emilio, el almacenero. Pero la Empresa llegará un día y dirá: esto debe cambiar, y ¡zas! cambiará todo. Todo.

Sorbió su alcohol casi con avaricia, encerrando la copa en la mano y dejando que su vista se perdiera a lo lejos. Luego me miró, y adoptó su expresión más sincera y amistosa, por detrás de los lentes.

-Por eso me parece que usted hace mal en no aceptar el trabajo que se le ha ofrecido, o cualquier otro. Puede elegir, dentro de las necesidades de la Empresa, el que más le

guste. En esta ciudad hay pocas personas como usted, con su preparación y conocimientos. No se imagina, no puede imaginarse lo que será esto cuando la Empresa lo decida.

-Mis necesidades son otras -comenté con cierta amargura- y muy urgentes. ¿Cuánto tiempo hace que espera, Giménez?

No quise molestarlo con la pregunta, y en realidad no lo molesté, pero vi que echaba abajo su entusiasmo.

-Hace, en realidad, muchos años -dijo, y su mirada se volvió a perder, pero esta vez no dio la sensación de proyectarse hacia adelante, sino hacia el pasado. Pareció, de pronto, más viejo, más gordo, más blando.

Se recuperó con rapidez.

-Cada día que pasa siento más próximo ese momento, de todos modos. Y si no llegara a verlo -y me miró con picardía, como habiendo descubierto algún secreto mío-, de todos modos nada habré perdido. Tengo un buen sueldo, y el trabajo que debo hacer no es pesado, y no me desagrada.

Pero la conversación había muerto; sentí que por mi culpa Giménez se levantó y se apresuró a pagar la consumición; luego salimos del bar y regresamos a la oficina.

#### 4

Era de noche; las luces de la estación ya estaban encendidas, y el frío hacía pensar con placer anticipado en el beneficio de la estufa.

-Piénselo, amigo, piénselo -murmuró Giménez, como para liquidar el tema, dándome un golpecito en la espalda, mientras cerraba la puerta. Y luego, en otro tono-: Vayamos a la cocina, la comida debe estar servida.

Se detuvo un instante ante la estufa, con un leve fruncimiento de cejas; había leños dispuestos, pero el fuego no estaba encendido. Se notaba olor a querosene en la sala. Giménez encendió un fósforo y lo arrojó a la estufa, que encendió de golpe, con una pequeña explosión que me sorprendió.

Luego fuimos a la cocina, y nos sentamos ante la mesa que, como en el día anterior, ya estaba servida. La comida era distinta, aunque dentro del mismo estilo.

Yo tenía aún muchas preguntas para hacerle; acerca de la estación de nafta, por ejemplo, había unas cuantas; las palabras que había pronunciado en el bar me habían multiplicado las dudas (a pesar de que mi pregunta, que hizo terminar la conversación, fue certera y parecía indicar que me manejaba muy bien en la comprensión del problema: en realidad no había sido más que una forma de defensa, como para evitar que Giménez siguiera ahondando en mis asuntos).

Además, recordé que la conversación había comenzado hablando de Ana, del viaje que sin resultado yo había hecho hasta su casa; quería informarme de cómo se había enterado y, de una vez por todas, qué sabía de ella.

Recordé que hacía pocas horas me había dicho que no sabía nada; pero yo estaba convencido de que mentía, que ocultaba una verdad muy importante, en ese momento, para mí. Pero no me animé a traer ninguno de los temas, dada la impresión de que Giménez estaba cerrado para ellos y que, en adelante, sólo podríamos hablar de cosas generales, o intrascendentes.

Entonces, para evitar un silencio que ahora sí podía haber sido muy molesto, toqué como al azar el tema de la música; de inmediato Giménez tomó la palabra y se explayó largamente. En este sentido, aparte de ser un excelente intérprete, tenía una cultura mucho más amplia que la mía; en realidad yo jamás me preocupé por la erudición en este (ni en ningún otro) terreno, y apenas si conocía algunos nombres y algunas obras; prefería escuchar música cuando tenía oportunidad, y llegaba a sentirla en profundidad, a

sufrirla. Pero Giménez era un gran conocedor, y aparte de nombres y fechas e indescifrables tecnicismos, sabía anécdotas interesantes, y la cena transcurrió en un clima cordial. En ningún momento habló de sí mismo como intérprete; en realidad, jamás lo sentí hablar de ello, ni siquiera un segundo antes de empezar a tocar, la noche anterior. Y luego de aquella interpretación, que me había parecido excelente, tampoco volvió a referirse al asunto. Y me daba la sensación de que no hacerlo le producía cierto goce.

Abandonamos la mesa. Según mis cálculos, debían ser cerca de las nueve; quería acostarme temprano, para levantarme temprano al día siguiente y emprender viaje. Volví a extrañar el reloj, pero no quise preguntar la hora para no explicar el canje que había hecho con el viejo, que ahora se me antojaba desventajoso; de todos modos, Giménez debía de estar enterado del asunto.

Estaba por manifestarle mis deseos de retirarme a dormir, y además comenzar a despedirme, es decir, explicar que al día siguiente me iría temprano -lo que con seguridad lo pondría de mal humor, y lo llevaría a buscar algún pretexto para hacerme quedar en la estación, y hacerme meditar una vez más lo del empleo-, cuando comencé a escuchar, débilmente, un ruido confuso.

Giménez, con una amplia sonrisa, me hizo pasar entonces al comedor, que tenía una pequeña ventana desde la que se divisaba la calle, parte de la propia estación, la vereda del bar y una pequeña placita que había enfrente.

-Ahí tiene usted lo que se llama un verdadero espectáculo -me dijo-. Es una de las diversiones nocturnas de esta ciudad.

La placita -que en realidad no era tal, sino algo para lo cual no conozco ningún nombre (una especie de triángulo formado con baldosas de no más de tres metros de lado, bordeado por un cordón)- no tenía fuente de luz propia; llegaba a ella nada más que la luz de uno de los faros de la estación, que quizá apuntaba a ese lugar en forma deliberada; me impresionaba como un escenario preparado para nosotros, y hasta llegué a pensar que el asunto estaba dirigido a mí en forma exclusiva. Me sentía como un espectador de teatro, cómodamente ubicado en un palco. Giménez, que también observaba la escena, parecía, más que un acomodador atento o un compañero de palco, un maestro de ceremonias. No sé por qué se me ocurrió esta idea.

La acción que transcurría en la placita era simple y alucinante: tres borrachos, de semejante corpulencia y estatura, vestidos con uniforme de mecánico, estaban trezados en una gran discusión, acompañada de golpes que iban y venían, muchas veces sin dar en el blanco, empujones, caídas y escenas varias de pugilato. La luz escasa y la ausencia de mis lentes no me permitían ver detalles menores; tampoco sentí lo que decían, aunque la distancia no era grande y hablaban a gritos. Las palabras estaban deformadas por el alcohol y la vehemencia, y además me parecía que no importaba lo que se decía, que no era más que un pretexto para la pelea.

Aquello parecía, de pronto, una danza; siempre había alguien que caía y alguien que se levantaba; chocaban, se abrazaban y de vez en cuando alguna trompada llegaba a alcanzar a uno de ellos, que se doblaba y tiraba un puntapié, o caía a su vez.

A mí me causaba dolor (me pregunté si no habría policía en ese lugar, y recordé que no había visto ninguno); Giménez, en cambio, parecía divertirse. Cada vez que alguien caía, soltaba una carcajada feliz; a ratos comentaba la pelea, haciéndome acordar de los locutores deportivos. Yo no quería seguir mirando. Era un espectáculo deprimente.

-Venga, venga -me urgió Giménez, al verme alejar de la ventana, con intención de abandonar el comedor y pasar a la sala, junto al fuego-. Venga que todo esto le interesa - y rió con aquella risa femenina que me había llamado la atención cuando lo conocí; sentí que esa risa no podía significar nada bueno para mí pero que, de alguna manera, certificaba sus palabras de que el asunto aquel me interesaba, aunque no tenía la menor idea de por qué debía interesarme.

Seguí, pues, mirando aquello, que se repetía una y otra vez, minuto tras minuto; después de algunas combinaciones de puñetazos, caídas y abrazos y puntapiés, parecía que el ciclo volvía a repetirse con exactitud, como cuidadosamente ensayado.

Al fin, Giménez pareció considerar que aquello había llegado a algún punto especial de maduración, pues señalando una ventana que estaba cerca del bar, correspondiente sin duda a un portal situado debajo, me dijo:

-¿Ve usted esa ventana? -Como yo no contestara enseguida, pues quería estar seguro de la dirección exacta que señalaba su dedo, agregó:- Ésa, la única iluminada de la cuadra.

-Sí -respondí; en efecto, a pesar de tener las persianas cerradas, se filtraba una débil luz amarilla; el resto de la cuadra estaba en sombras.

-Bien. -Hizo una pausa, quizá con intención de aumentar el efecto de las palabras siguientes-. En esa pieza está Ana; lo está esperando.

-¿A mí? -pregunté, con un sobresalto.

-Claro, a usted -respondió, con una sonrisa; pero estaba serio, y la sonrisa también era seria. Agregó:- No tiene más que ir a verla; entre por el portal que está inmediatamente debajo de la ventana, que no tiene llave; luego, continúe por el corredor, que es muy largo. Está oscuro, pero no tema, porque no hay escalones hasta mucho más adelante. Con la mano derecha debe ir rozando la pared; tocará tres aberturas, que corresponden a tres corredores que se abren hacia la derecha; pero debe seguir el tercero, ignorando los otros dos. Debe ir rozando la pared izquierda, esta vez; al llegar a una segunda abertura, debe doblar a la izquierda, pero teniendo cuidado porque es una escalera. No le recomiendo que encienda fósforos, u otra clase de luz; le puede traer problemas. Contará cuarenta escalones, separados por tres descansos; en cada uno de esos descansos, debe torcer a la derecha, pues la escalera tuerce; si sigue de largo se perderá, puesto que hay otros corredores y otras escaleras.

»Una vez que ha llegado al cuarto descanso, no tiene más que arrimarse a la pared y caminar, siempre, rozándola con los dedos, hacia la derecha; al tocar la cuarta puerta se encontrará exactamente en esa pieza, la de la ventana iluminada, y allí estará Ana, esperándolo.

»Ahora, repítame las instrucciones para estar seguros de que no se equivocará; son quizá muchas palabras, pero en los hechos es muy sencillo llegar hasta allí.

Yo no tenía ganas de repetir nada; por el contrario, quería formular mil preguntas que se me agolpaban en la mente y que requerían urgente respuesta, pero la mirada de Giménez -atenta a la fórmula que yo debía repetir, y al mismo tiempo mostrando dureza y urgencia- me decidió a repetirle las instrucciones. Lo hice de una manera vacilante, porque en realidad no le había prestado mayor atención, distraído por la idea de que vería a Ana, y pensando en las cosas que le diría; pero, a pesar de todo, no cometí ningún error.

-Muy bien. -Giménez pareció satisfecho-. Ahora debe tener en cuenta esta recomendación: cuando esté junto a la puerta, no golpee; si usted llama cerrarán por dentro, porque no se espera ningún llamado. Usted debe entrar, la puerta estará sin llave. Y una cosa más: trate de no equivocarse al seguir mis instrucciones; si por casualidad entrara en una pieza que no es la indicada, lo pasaría muy mal. Es casi imposible que esto suceda, porque toda la gente está, a estas horas, encerrada, y nadie piensa en salir; pero si llega a topar con alguien en algún lugar de los corredores, o en la escalera, ocúltese, o salga de inmediato; usted no conoce a nadie, y muy posiblemente ellos ignoren todo acerca de usted; pero créame que esa gente lo odia. Al mismo tiempo le temen, por eso su odio es más peligroso.

»En cuanto a ellos -dijo, señalando a los tres que proseguían su danza interminable- no tiene por qué temer; por esta noche no volverán al cuarto de Ana. Están tan borrachos y se dan tantos golpes, que pronto estarán los tres en el suelo, bañados en sangre, como

mueritos; hasta mañana no despertarán, pero, por las dudas, usted debe estar de vuelta antes de las cinco.

»No me encontrará, pues, como ya le dije, estoy muy atareado con el asunto de la inspección; si ha de partir, como imagino que será su intención, le deseo feliz viaje. Pero no estoy seguro de que quiera hacerlo; tampoco se lo aconsejo. Más bien insistiría para que aceptara mi ofrecimiento. Pero, basta de charla -agregó súbitamente, mirando su reloj, y como si yo fuera el responsable del exceso-, ya es bastante tarde; tiene usted tiempo, pero no conviene dejarse estar.

»Puede resultar que llegue a ser demasiado tarde, y entonces ya no me será posible hacer más nada en su favor.

Y diciendo esto me llevó hacia afuera, sin dejarme hablar. Por otra parte, con la confusión que tenía en la mente, poco podría haber dicho fuera de un vagido, o palabras inconexas.

-Dejaré la oficina sin llave -anunció-. Hasta pronto.

Y casi fui empujado fuera. Me sentí insensibilizado, vacío, como si otra persona, desconocida para mí, estuviera habitándome, y yo la viera solamente en su exterior, un bulto irregular y oscuro, sin poder penetrar en sus pensamientos.

Pero Giménez me había transmitido esa sensación de urgencia, presente en el tono de la voz, y no tuve más remedio que encaminarme -aunque mi voluntad, un pequeño resto de voluntad que pugnaba por hacerse oír en la confusión, tendía a detenerme- hacia la vereda de enfrente como si, en lugar de encontrar a Ana, tuviera que recibir allí un castigo, o realizar alguna penosa tarea.

Y esto se debía a varios factores; principalmente, a que en todo el asunto estuviera presente algo, como una fuerza o voluntad superior, quizá la de Giménez, que me obligaba a cosas que, si bien habría hecho, de pronto, por decisión propia, me resultaban desagradables porque de alguna manera significaba sentirme manejado.

Otra razón era el peligro que, según Giménez, encerraba para mí esa casa; no comprendía la razón del odio, ni del temor, hacia mi persona, por parte de esos desconocidos; pero, aparte de las palabras de Giménez, yo intuía que así era en realidad.

Y la serie de corredores y escaleras, y la oscuridad, que me aguardaban, no ayudaban por cierto a darme ánimos.

Y por último, si bien había buscado afanosamente a Ana, me molestaba hallarla en un momento en que había desesperado de encontrarla, cuando había decidido partir, cuando ya no la buscaba.

## 5

Antes de empujar el portal volví a observar la escena de la placita, desde el nuevo ángulo. No había perdido nada de ese grotesco aspecto de farsa que desde un principio me había impresionado tan mal. Continuaban, aunque más espaciados y con menor intensidad, los gritos ininteligibles (que me acompañaron, luego, débilmente, al avanzar por el corredor).

La oscuridad era total. La única fuente de luz, la estación de servicio, había quedado separada cuando cerré el portal. Me encontré como un ciego, arrastrando los pies, dando pasos cortos y rozando la pared con la mano derecha.

La pared no tenía la textura que esperaba; había creído, al extender la mano, encontrar el tacto áspero de la cal; me habría parecido natural, incluso, tocar, por ejemplo, ladrillo; pero aquella pared parecía de mármol, o tal vez de azulejos, aunque es probable que no se tratara de ninguna de estas cosas; la mano resbalaba sobre algo frío y húmedo, asqueante; los dedos quedaban pegajosos, como si la pared sudara; me sentí repugnado, y me llevé los dedos a la nariz, esperando sentir un olor muy desagradable (pensé, con un



estremecimiento, en sangre); pero sentí solamente el conocido olor a tabaco negro de mis dedos índice y mayor.

Avancé un gran trecho, o lo que me pareció tal, sin encontrar ninguna abertura; por fin, la primera. Me pareció que la segunda estaba más próxima de la primera que ésta del portal; luego hallé la tercera.

Doblé entonces hacia la derecha, y seguí ese nuevo corredor, cuidando de rozar esta vez la pared izquierda; tenía una superficie más aceptable, como pintada al aceite.

Prestaba mucha atención a cualquier sonido que pudiera escucharse, pero todo estaba en absoluto silencio; ni siquiera me llegaban ya los gritos de los borrachos. Incluso llegó a parecerme anormal un silencio tan profundo; si esa casa estaba habitada por tanta gente, debería escucharse algo.

Ya no arrastraba los pies; me encontraba un poco más seguro, y no quería hacer el menor ruido. Encontré sin dificultad la segunda abertura, y comencé a subir la escalera, que era sumamente angosta; los escalones no alcanzaban la medida del pie y no contaba con pasamano. No era la escalera ideal para subir a oscuras; agradecí que, al menos, no fuera de madera, lo que hubiese producido una insoportable serie de crujidos.

Me olvidé de contar ese primer tramo de escalones; subía, por lo tanto, con precaución, para no dar un paso en falso. Al llegar al primer descanso torcí hacia la derecha y continué subiendo, esta vez contando los escalones, lo que me permitió mayor rapidez; pero, o bien los escalones eran once, o había contado mal, ya que tuve un tropiezo al llegar al segundo descanso. Quedé un momento sin respiración.

Volví a doblar, siempre a la derecha. Esta vez conté con sumo cuidado, y los escalones eran realmente once; esta comprobación me hizo vacilar, dudar del resto de las instrucciones. Llegué a pensar, incluso, que Ana no estaría en esa pieza; que, por el contrario, me encontraría, en su lugar, con algo espantoso, que no podía predecir. Pero seguí subiendo el cuarto tramo, hasta llegar al descanso final.

Allí caminé hacia la derecha, y al tocar la cuarta puerta me detuve. Esa pieza estaba tan silenciosa como el resto de la casa; tampoco se filtraba luz desde el interior. Busqué en vano el ojo de la cerradura por el cual pudiera espiar, al menos ver la luz que había notado desde afuera, en la ventana.

Toqué el picaporte, pero no me atreví a hacerlo girar. No sabía qué me detenía; quizá era algo más profundo que el miedo; con franqueza, no reconocí los síntomas del miedo. Inflúan en la sensación que me aquejaba los datos falsos de Giménez -aunque se tratara de algo mínimo, como la diferencia de un escalón en diez-; pero a esto sumaba aquella manifestación suya de no conocer a Ana; me preguntaba qué relación habría entre ellos, y entre Ana y los borrachos, y por qué se encontraba en esa pieza, en lugar de estar en su casa, con sus hijos; me mortificaba no haber preguntado a Giménez cómo se había enterado de mi viaje en bicicleta, de la intención de mi viaje; y muchas, muchas cosas más, oscuras, extrañas, indefinidas como el odio de esa gente, que no me conocía, como la relación entre Ana y el camionero (y recordé cuando ella comenzó a contar mi propia historia, protagonizándola).

Si era miedo lo que sentía ante esa puerta silenciosa, era miedo y algo más. Era, quizá, una inconsciente rebelión contra una fuerza desconocida, incluso contra una buena parte de mí mismo que, lo sentía, colaboraba con esa fuerza; en ese momento, sin embargo, sin detenerme a analizar nada, sabía que esa puerta debía ser abierta, que no podía dudar un instante más ante ese picaporte; entrar, sin importarme lo que sucediera luego.

Pero, en forma sorpresiva, como si mis acciones no dependieran de mi voluntad, di media vuelta y volví sobre mis pasos; con mayor agilidad que a la ida; sin temer tropezones, sin tener en cuenta el ruido que hacía.

Luego, a mitad de camino, me detuve. Traté de pensar. Huir no era, por cierto, la mejor manera de salir de aquello. Me convencí de que debía volver y abrir la puerta.

Volví, y de nuevo me detuve, la mano en el picaporte, la mente vacía de pensamientos; algo como una araña instalada en mi nuca presionaba y extendía sus patas y frenaba mis brazos y mi mano.

Huí otra vez, ahora en forma lenta, automática. Pero no tuve en cuenta las puertas y aberturas; de pronto me encontré en un lugar que, muy probablemente, podría haber sido el lugar en que creía estar, pero la duda me había tocado y me costó seguir.

Empecé nuevamente a arrastrar los pies y a rozar las paredes, contando puertas, aberturas y escalones; pero ya estos datos no servían, porque no tenía la referencia principal, un punto de partida. Así, estuve subiendo y bajando escaleras, con una angustia creciente, sin saber si me encontraba arriba o abajo; me metía por corredores que me llevaban a nuevas escaleras y escaleras que me llevaban a nuevas puertas cerradas, oscuras, silenciosas. No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas, sin poder parar a descansar, sin atreverme a encender un fósforo (¿de qué me habría servido, de todos modos?).

Más de una vez estuve tentado de abrir una puerta, pensando que, por casualidad, pudiera ser aquella que buscaba, o simplemente para producir algo distinto; pero tampoco me atreví.

Y al fin encontré la salida, no sé cómo; quizá la pared que «sudaba», aunque había encontrado similares; quizá la forma del picaporte del portal, que era distinto a los otros que había tocado; pero hasta que no abrí y me hallé frente a la estación de nafta y sus luces, no me sentí seguro.

Al recibir la bocanada de aire frío respiré con alivio; cerré el portal y crucé hasta la oficina.

Los borrachos estaban en la placita, tirados en el suelo, como predijera Giménez; no tuve ganas de acercarme y comprobar si, en efecto, había sangre.

Quería tomar alcohol; no para reponerme, sino para emborracharme.

Me limité a sentarme en el sillón ubicado junto a la estufa, y dejé que el calor me fuera penetrando, devolviéndome la vida y esa sensación de paz que obtuve la primera vez que entré allí.

## 6

No había otra luz que la del fuego. Traté de relajar los músculos, entornando los ojos, a veces abiertos, a veces cerrados, y poco a poco la molestia de la nuca fue aflojando.

Mientras contemplaba la extraña vida de las llamas trataba de no pensar; en mi mente se formaban dibujos, pensamientos no expresados, un lento tejido trenzado por la danza del fuego y el devenir mecánico del trabajo cerebral; me sentí anestesiado, pero no dormido; me fue invadiendo una cierta felicidad como de no existir.

Pero duró poco; los pensamientos fueron cobrando forma, y pronto me encontré divagando otra vez en palabras. Se me hizo claro que todo aquello era un juego, al que estaba jugando sin conocer las reglas.

¿No sería más exacto decir que, más bien, yo no era un jugador, sino una pieza? Una pieza de ajedrez, o la manoseada baraja de los jugadores del café.

Pero, de alguna manera, yo intervenía en el juego; yo pensaba y actuaba, tomaba decisiones; aunque Giménez parecía siempre adelantarse a mis decisiones, conocerlas por anticipado.

¿Y Giménez? Con toda su aparente soltura, ¿no parecía, también él, una pieza, una baraja? ¿Conocía él realmente las reglas del juego?

Y si era un juego, ¿tendría necesariamente reglas?

Me sorprendió notar, en mí, un largo y profundo suspiro. Cerré los ojos. Traté de reconstruir toda la historia, pero no podía pensar con objetividad; con frecuencia

comenzaba a divagar, a asociar sucesos actuales con cosas pasadas, trozos de conversaciones, paisajes olvidados.

Hubo un chasquido en la estufa y volví a contemplar el fuego. El tiempo fue pasando de un modo insensible y en lugar de irme amodorrando fui adquiriendo una gran lucidez; de pronto me di cuenta de que sólo cabía una actitud posible: irme de allí. Tal vez ano debiera esperar a la mañana siguiente; no me sentía en absoluto cansado, aunque temía que el sueño me atacara en cualquier momento, que no pudiera mantener durante mucho más tiempo ese estado de lucidez mental, y esa energía, ese vigor que sentía invadir mis músculos.

Pero, nuevamente, Ana; y algo más; mi reciente cobardía en la casa de enfrente. ¿Por qué diablos no había abierto esa puerta?

Los fantasmas, los miedos de la casa de enfrente se habían ya desvanecido. Me dispuse a volver allá, y me sentí con fuerzas más que suficientes para abrir esa puerta. Es que ahora dependía de mi voluntad, la expresión de un fuerte deseo mío, no la mano de Giménez empujándome ni el tono urgente de su voz.

Mi vista se había acostumbrado a la penumbra; el fuego era mucho menos intenso, pero esa luz me bastaba para poder ver los mínimos detalles. Por eso fue posible que sorprendiera un leve movimiento, a un costado de la sala, donde comenzaba el corredor que llevaba a la cocina.

La decisión de volver al cuarto de Ana ya había sido concretada, y había preparado los músculos para levantarme y volver allá sin vacilar; fue entonces que coincidió que apresara con el rabillo del ojo el fugaz movimiento en la penumbra; me levanté de un salto y casi sin querer me encontré envuelto- en una loca persecución ya que, en lugar de dirigirme a la oficina, como pensaba al iniciar el movimiento, empecé a correr en dirección de aquello que se había movido; y aquello corría como el viento.

No se oía casi ningún ruido, apenas un roce, por parte del perseguido; en cambio, mis zapatos chillaban y resonaban. Casi nada veía, sólo el movimiento de algo, allí adelante; ese algo comenzó a subir las escaleras hacia la planta alta, y yo lo seguí.

Esta vez no sentía ninguna emoción, ni miedo, ni angustia; ni siquiera me excitaba la persecución en sí, el anhelo de alcanzar al perseguido. No sabía por qué la había comenzado; quizá me había sentido molesto porque se me espiaba o simplemente debía canalizar en forma violenta la tensión nerviosa que había acumulado allá enfrente, a través de los corredores y las escaleras.

La persecución terminó bruscamente al cerrarse una puerta. Encendí un fósforo, porque un presentimiento me había impedido abrirla; en efecto, me encontraba ante la puerta de la habitación a la que Giménez me había prohibido entrar, indicándome que de hacerlo violaría el reglamento.

Pero no había sentido que ninguna llave girara en la cerradura, que ningún pasador se corriera para trabarme el paso. Sólo el reglamento, y el reglamento citado por Giménez; es decir, sólo la palabra de Giménez me impedía entrar.

Entonces, del mismo extraño modo que, a pesar de tener indicaciones precisas para llegar a aquella otra puerta, la del cuarto de Ana, y de estar autorizado para hacerlo, no la abrí, aquí, ante esta puerta que no se me permitía abrir, mis dudas fueron muy débiles, la prohibición se hizo añicos dentro de mí y, tomando el picaporte con la mano derecha, lo hice girar y empujé la hoja hacia adentro.

Estaba oscuro, y no escuché ningún sonido. Hallé la llave de la luz ubicada, por supuesto, cerca de las bisagras; la hice funcionar con cierta precaución, la vista dirigida hacia donde suponía se encontraba el centro de la pieza.

Vi, entonces, de pie ante mí, observándome sin miedo y sin curiosidad, a una hermosa muchacha. Era rubia, alta, de pelo largo, que le llegaba a la cintura, y unos profundos ojos verdes.

Vestía una especie de túnica blanca.

-¡No! -dijo-. ¡Váyase!

Tuve el impulso de pedir disculpas y retirarme, avergonzado. Aquella persecución había sido insensata, y yo no tenía ningún derecho a estar allí.

Incluso llegué a iniciar un movimiento de retirada; pero me detuvo la expresión de sus ojos, que parecía no confirmar sus palabras.

Cerré la puerta, pero quedándome adentro. Sonreí, y di un paso hacia ella.

-¡Váyase! -repitió, en tono imperioso, y hasta violento; pero también sonreía, y creí ver en sus ojos y en sus labios una expresión de deseo. Me quedé en mi sitio, sin atreverme a acercarme más, pero sin querer irme.

-¡Váyase! -repitió una vez más, y para mi sorpresa vi que su sonrisa se acentuaba, se entreabrían sus labios, y sus brazos iniciaban un movimiento como tendiéndose hacia mí; luego cayeron flojos a los costados del cuerpo. La cabeza inclinada, sus labios conservaban la sonrisa y la mirada se había vuelto más intensa.

Mis piernas me llevaron a su lado sin hacerme sentir que estaban cubriendo una distancia que, un momento antes, me parecía insalvable. Le tomé las manos.

-¿Quién eres? -pregunté.

-No -respondió. Entonces, abrazándola, busqué sus labios y acaricié su cuerpo.

Descubrí que, de pronto, había rescatado el presente; las peripecias sufridas hasta ese momento se empequeñecían, quedaba apenas una anécdota borrosa, libre de afectividad y dolor; sentía que ambos nos habíamos esperado durante mucho tiempo, que este encuentro no era casual; que todo lo sucedido tenía este encuentro como consecuencia lógica e inevitable.

Pero no quise pensar. Dejé que, por primera vez en mucho tiempo, mi mente quedara libre, limpia.

La tomé en brazos y la deposité sobre una cama que había en el centro de la pieza; ella había cerrado los ojos y conservaba la sonrisa.

-No -volvió a decir-. Váyase.

Las palabras carecían de significado. La contemplé largamente, sentado a su lado, en el borde de la cama. Luego me tendí junto a ella.

## 7

La claridad del amanecer comenzó a dibujar el rectángulo de una ventanita. Pensé que la muchacha dormía, pero su mano me acarició el brazo, y su rostro se aproximó para besarme.

-Váyase -me susurró al oído, y me pareció que, esta vez, la palabra expresaba su significado común. Pero yo no quería irme.

-No -le dije-. A menos que vengas conmigo. ¿Te animas a seguirme?

-No -respondió, y volvió a insistir para que me fuera.

Sonreí.

-¿Entiendes lo que digo? -se me ocurrió preguntar. -No -repitió, sin ningún énfasis, y me quedé sin saber si contestaba a mi pregunta. Que su vocabulario se redujera a dos palabras me resultaba inverosímil; parecía una muchacha enteramente normal, incluso muy inteligente.

-¡Parece que no supieras decir otra cosa! -dije, fastidiado.

-No -respondió, y solté una carcajada.

Estiré el brazo y encendí la luz de la portátil; luego busqué, en el bolsillo de la campera, lápiz y la envoltura de un paquete de cigarrillos, a la que devolví, desarmándola, su forma de hoja.

Laboriosamente dibujé, completándolo con gestos (y palabras inútiles) objetos que indicaban viaje, partida: caminos, vías de ferrocarril, flechas. Y luego, un elemental dibujo

de un hombre y una mujer, tomados de la mano. Señalé a la mujer con el lápiz, y la señalé a ella; luego al hombre, y a mí mismo, e hice gestos con la mano, abarcando los otros objetos dibujados, indicando que esa pareja, formada por nosotros, debía irse, partir, viajar.

Ella entendió o al menos es lo que pienso; movió la cabeza negando, casi con furia, y abrió mucho los ojos, atemorizada. Luego dijo «no», y en la voz había angustia.

-Váyase -dijo.

La miré incorporarse, recoger la túnica del suelo y ponérsela. Yo pensaba que ya que ella no quería irse, yo me quedaría. Pero esta posibilidad no pareció tampoco conformarla; no me permitió que volviera a atraerla a mi lado y, parada a los pies de la cama, me miraba suplicante.

Ya la luz del amanecer hacía que el rectángulo de la ventana se destacara con claridad, aun estando encendida la portátil, y que se notara la colorida transparencia de los vidrios esmerilados, que formaban hermosos dibujos. Comencé a vestirme, sin ganas, demorándome a propósito en pequeños detalles, cordones de zapatos, botones.

Encendí un cigarrillo, lo que sobresaltó a la muchacha, pero no hice caso.

-Váyase -me urgía, y se retorció las manos.

Yo me peinaba sin prisa ante el espejo del ropero, o acomodaba pacientemente el cuello de la camisa por encima del escote del pullover.

-¡Váyase! -insistió, cambiando el tono. Encendí un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, que aplasté con el zapato contra el piso. Me puse de pie y me acerqué a la muchacha. La miré a los ojos.

Volví a encontrar, a pesar de la angustia que ahora la dominaba, los mismos lazos cariñosos y verdes que no me dejaban ir. Quise tomarla por la cintura.

-¡Váyase! -gritó; un grito mordido y apagado.

-¡Mierda! -grité, furioso, alzando los brazos-. ¡No me voy!

Se cubrió la cara con las manos y fue desplazándose en silencio, hasta llegar junto al ropero; apoyó la espalda, parte contra la pared y parte contra el costado del mueble, cerca de la ventanita, y fue dejándose deslizar, acurrucándose, como tratando de esconderse.

El mundo se me desplomó definitivamente. Incapaz de elaborar el menor pensamiento coherente, me senté en una silla, a los pies de la cama, con el cigarrillo en los labios y, supongo, el rostro sin expresión; apoyado el mentón en los puños, los codos sobre las rodillas, sentía mi cara y mi cuerpo como acartonados, ajenos y sin vida.

No sé cuánto tiempo pasó; el cigarrillo se consumía solo en mis labios, y me llegaba un sollozo continuo y ahogado desde el extremo de la pieza.

El negro nubarrón estacionado en mi mente comenzó a disiparse cuando oí el ruido leve de unos pasos que subían la escalera y luego se aproximaban por el corredor. Al moverse el picaporte recobré toda la lucidez, pero no sentí miedo, ni ansiedad, ni curiosidad. Me quité el cigarrillo de los labios y lo dejé caer al suelo.

Giménez entró y cerró la puerta; estaba despeinado y sin lentes, en mangas de camisa y con el cinturón desprendido, cuyos extremos colgaban sin pasar por las presillas delanteras del pantalón.

Tenía en el rostro una expresión de increíble dureza y, al mismo tiempo, cansancio. Parecía más gordo y más viejo, con menos pelo, más blanco. Pero los ojos eran piedras.

En la mano derecha traía un látigo, de cuero, negro, tan largo como solamente había visto alguna vez en manos de un domador de circo.

Y en ese momento, aunque no fuera el más apropiado, se me ocurrió pensar que Giménez parecía realmente un domador de circo, mezclado con algo de payaso; y que todo aquel mundo parecía un circo. Tuve una sonrisa. Al mismo tiempo me puse en guardia, sin dejar de observarlo.

Pero Giménez, como de costumbre, actuó de manera imprevisible. Me ignoró por completo, como si no me viera. Pasó junto a mí, en dirección al sitio donde se encontraba la muchacha, supuestamente escondida. Y en forma sorpresiva, a mitad de camino, sin pronunciar una sola palabra, descargó contra ella un tremendo latigazo. Nunca supe si había alcanzado a pegarle; me inclino a creer que no, por la protección del ropero; sé, en cambio, que sonó con ruido atronador, como un balazo, lleno de ecos.

Y entonces, como en el circo, salté como una fiera sobre él, directamente desde mi asiento, disparado. No tengo memoria de haber alzado alguna vez mi mano, hasta ese momento, contra nadie; pero casi sin darme cuenta de lo que hacía me encontré descargando un puñetazo tras otro sobre ese hombre.

Quizá con el primer golpe hubiese bastado; no pegué con demasiada fuerza, pero Giménez era blando y no oponía resistencia. Se dobló con gran facilidad, pero no cayó; seguí golpeando.

Me parecía que no le pegaba a un hombre; mi puño no chocaba contra ningún hueso; como si pegara a una enorme masa de pan, a un monstruoso paquete de algodón de forma humana.

Más que caer, pareció derretirse, ablandarse, como manteca; quedó tirado en el piso, todo a lo largo. Sangraba por heridas abiertas en las mejillas y en el costado del cuello, y por los oídos. Su carne se abría con facilidad ante cualquier golpe, y enseguida manaba la sangre.

Me di cuenta de que la muchacha gritaba como loca sus dos palabras; ahora, tengo una vaga memoria de que había estado gritando todo el tiempo.

Me tiraba con fuerza de los hombros y del cuello. Volví en mí, y me sentí asqueado por aquello que había en el piso, algo que no podía reconocer y que había dejado en mis manos una sensación blanda y una humedad pegajosa. Apenas me levanté, la muchacha se arrodilló a su lado tratando de hacer algo por él. Luego empezó a abrazarlo y a besarlo, y me miró con odio, con un odio tremendo, cargado de una angustia animal.

-¡Váyase! -aulló, con grito desgarrado, enronquecido. Lloraba y besaba aquella masa blanca y roja.

Me fui alejando, con los brazos caídos y la mente en blanco. De una manera mecánica sabía, sin lugar a dudas, lo que debía hacer. Y nadie podría impedírmelo.

Con una tranquilidad casi inconsciente me bañé, preparé mis cosas, tratando de que no hubiese ningún bulto que llevar en la mano; el impermeable, por ejemplo. Lo doblé con cuidado y lo puse en uno de los bolsillos de la campera.

Luego pasé por la cocina y tomé un desayuno que yo mismo preparé; y me llevé unas galletas y un poco de chocolate que encontré en un cajón.

Antes de abandonar la vivienda, eché otro vistazo a mi cuarto, para comprobar que no dejaba nada olvidado; pero había traído tan pocas cosas, y todas encima-, que fue nada más que una acción refleja.

En la oficina tomé mi bicicleta, y comprobé el estado de aire de las gomas; me pareció satisfactorio. Salí, cerré la puerta y allí mismo, en la pequeña explanada de la estación de nafta, monté en la bicicleta y seguí por la calle que llevaba al camino recorrido la tarde anterior.

Pedaleaba en forma automática, sin cansancio -o, mejor dicho, pasado de cansancio-. Sin pensar, como dormido o anestesiado. Estaba en realidad atacado por un complejo de distintas emociones, contradictorias, antagónicas, que no pensé analizar. Sobre todo lo demás predominaba ese cansancio sobrehumano, más que físico, que ya no era capaz de sentir.

Al llegar al arroyo que interrumpía el camino me bajé para cruzarlo; no me sorprendió el hecho de que ahora encontrara un par de gruesos tablones atravesados, a manera de puente, ni me importó que la tarde anterior alguien se hubiera tomado el trabajo de quitarlos para crearme una estúpida dificultad, o que alguien se hubiera tomado el trabajo

de colocarlos, hoy, para facilitarme el paso; utilicé, nada más, el puente, para llegar al otro lado del barranco.

Cuando pasé por la casa de Ana apenas miré en su dirección; seguí viaje, a una buena marcha, porque lo único que tenía en la mente era la idea de alcanzar la estación; y ya no sentía ninguna ansiedad por llegar. Me bastaba con sentir que lo haría, no importaba cuándo.

La ubicación del sol me indicó que era ya alrededor del mediodía; me permití un alto en el viaje. Me tendí en el pasto, al borde del camino, la cabeza tapada con el impermeable extendido.

Me quedé dormido casi instantáneamente.

No pude recordar luego muchos detalles de mi sueño; sé que me provocaba una profunda tristeza. Predominaban los árboles grises, dispuestos en hileras interminables, bajo un cielo cargado de nubarrones densos y quietos; sentía una voz que me llamaba, pero no podía encontrar a nadie; y no recuerdo más, excepto la sensación de que era un sueño largo y complejo, y que quizá las imágenes y la aventura se repetían muchas veces.

Al despertar estuve como atontado durante varios minutos, sin saber dónde me encontraba ni atinar a levantarme, cargado de esa profunda tristeza que tardó en abandonarme.

## 8

No había dormido mucho; el sol no había avanzado un trecho muy grande cuando llegué a la estación de ferrocarril. La divisé, primero, desde muy lejos. Era enorme, gris, con forma de iglesia.

Al acercarme, observé que era un edificio de hierro y de piedra; más que un edificio, parecía ser, en realidad, un enorme techo puntiagudo, apoyado de tanto en tanto en grandes y hermosas columnas metálicas. Estas columnas, lo mismo que el techo, estaban formadas por innumerables piezas pequeñas, atornilladas entre sí.

Bajo el techo -cuya armazón estaba cubierta sólo en los bordes, por chapas enormes, acanaladas, pintadas de gris- había varios terminales de los que partían cantidad de vías, pares todos paralelos entre sí; recién a lo lejos se veía cómo se iban separando y tomando distintas direcciones, abiertos en abanico.

También cubiertos por el techo, pero bajo las chapas acanaladas, había numerosos edificios de piedra, seguramente oficinas.

Todo estaba muy limpio, pero a diferencia de la estación de nafta, no tenía aspecto nuevo y reluciente; quizás el negro y el gris del hierro y la piedra ayudaban a darle esa apariencia de cosa vieja.

También la estación de ferrocarril estaba desierta; no se veía a una sola persona, y ni siquiera trenes, o locomotoras. Sólo el movimiento del segundero de un gran reloj, suspendido en el centro de la estación, que en ese momento marcaba casi exactamente las dos.

Aprovechando mi anterior experiencia no perdí tiempo en golpear a la puerta de cada oficina, o en las ventanillas de expedición, todas cerradas. Crucé la estación, pasando junto a largos bancos marrones, de madera, que parecían interminables, y junto a tachos metálicos para residuos, dirigiéndome a una oficina que ostentaba un cartel: JEFE DE ESTACIÓN.

Allí golpeé y al cabo de un rato la ventanilla subió; la sorprendida cara rechoncha de un hombre de gorra gris me observó con curiosidad y fastidio. -Quisiera viajar -dije.

El hombre, que tenía un espeso mostacho que se movió con el aire que dejaba escapar por la boca, al respirar resoplando, siguió mirándome en silencio hasta que, por fin, preguntó:

-¿Adónde?

En la voz creí notar temor, y una cierta resignación.

Pareció aliviado cuando respondí, con cansancio:

-Me da lo mismo.

Y agregué:

-Pero quiero viajar hoy, ahora. -Y eché un vistazo a las vías, que se perdían a la distancia.

El jefe resopló nuevamente, y buscó largo rato en un cajón que había debajo del mostrador de la ventanilla. Luego sacó un cartoncito, que me alcanzó, y por el cual tuve que pagar una suma pequeña. Observé que, sin embargo, me quedaba muy poco dinero. No tenía ganas de hacer memoria sobre cómo podía haberlo gastado; en el momento no recordaba ningún gasto importante.

El jefe bajó la ventanilla, que hizo un ruido seco y fuerte y resonó en la estación vacía.

Seguí un rato parado allí; examiné el boleto, sin otra indicación que unas letras y unos números que no decían nada. Ya estaba por golpear de nuevo, para exigir que se me informara cuándo debía viajar, pero la puerta se abrió en forma violenta y el hombre salió.

-Vamos -me dijo, y comencé a caminar tras él. Noté que su cuerpo era, en proporción, bastante más gordo, aún, que la cara; las piernas, sobre todo, eran monstruosamente gruesas. A pesar de ello caminaba con tanta rapidez que me era difícil mantenerme a su lado.

Bajó una escalerita de piedra que conducía a las vías. Entonces vi que junto a los topes de los terminales había unas zorras, que no había notado antes. Cruzamos algunas vías en dirección a una de ellas, a la cual subió el jefe de estación, y me hizo señas de que hiciera lo propio.

Subí, sorprendido. Me hizo sentar en el piso, en un espacio reducido que había a un costado de las palancas. Luego, después de respirar algunas bocanadas de aire y hacer unos pequeños y muy cómicos movimientos gimnásticos, se afirmó a una de las palancas y empezó a darle, con ritmo enérgico.

El aparato comenzó a rodar.

Pronto dejamos atrás la estación, y las vías paralelas a las nuestras se fueron abriendo y perdiéndose de vista. El hombre transpiraba y resoplaba de tal manera que daba la impresión de que en cualquier instante quedaría sin aliento.

Me pareció que iba saliendo lentamente de ese letargo en que había estado sumido. Me puse de pie y traté de tomar la otra palanca con mis manos para ayudarlo.

-¡No! ¡No! -gritó, desesperado-. ¡Saque las manos de ahí!

-Pero -grité yo también, para que mi voz se oyera por encima del ruido y a pesar del viento-. ¡Puedo ayudarlo, hombre!

Volvió a gritar que no, salvajemente, y para dar un carácter terminante a sus palabras, agregó:

-¡Lo prohíbe expresamente el reglamento!

Y entonces empecé a reír, como loco, tanto que casi me caigo de la zorra y ruedo por el terraplén junto a las vías; me tomé de la palanca aquella que no debía mover, para sostenerme, y seguí riendo, sin poder parar. El jefe me miraba, incrédulo; y su expresión de asombro me resultaba tan cómica que cada vez reía con más ganas, hasta no poder más.

Cuando vi que se había puesto furioso, que su cara estaba, si es posible, congestionada más allá del enrojecimiento granate que le provocaba el esfuerzo, hice lo que pude por mantenerme serio. Disfruté mucho del resto del viaje, que no fue muy largo; el viento, bastante cálido para la época, me provocaba una sensación agradable en la



cara, y aquel paisaje, que en cualquier otro momento me hubiese resultado deprimente, me pareció muy atractivo, quizá por el toque de amarillo y de rojo que algunas flores silvestres ponían en el pasto. No había árboles, pero el pasto no presentaba aquel aspecto quemado, marrón, de mis excursiones anteriores; tenía un color verde muy puro.

No podía evitar, de vez en cuando, soltar una ruidosa carcajada aislada, pero sin mirar al jefe. Al fin llegamos a alguna parte; era, para mi sorpresa, otra estación de ferrocarril, pequeña, común; apenas un edificio de madera junto a las vías, con viejos carteles de propaganda de productos como yerba y tabaco, mil veces pegados y arrancados, sobre la pared frontal, y encima de un desvencijado banco, de color verde oscuro, pintado por última vez, al parecer, muchos años atrás.

Antes de bajarme de la zorra tuve que entregar mi boleto al jefe; el trámite me hizo reír nuevamente, y cuando el jefe se alejaba, de vuelta a su estación, vi que movía la palanca con furia.

Tanto el banco situado en el frente, como otros que descubrí a los costados y dentro de la sala de espera, estaban ocupados. Las personas vestían casi sin excepción ropas oscuras, y estaban rodeadas de paquetes y valijas.

Me acerqué a la ventanilla y pedí un boleto de primera para Montevideo, que me fue entregado de inmediato por una mano larga y delgada, cuyo dueño quedaba oculto por una vieja chapa metálica que obturaba la ventanilla hasta la mitad. Al pagar, comprobé que ya casi no me quedaba dinero en los bolsillos; apenas unos pesos sueltos.

Como no encontraba lugar donde sentarme me acomodé dentro de la sala de espera, sobre unas valijas y bolsos de mano que había apilados en el suelo, aunque estaban sucios de humedad y de tierra.

La gente que ocupaba los bancos era toda de edad; nadie parecía tener menos de cincuenta años. No me prestaron atención; los que no dormían, tenían la mirada perdida, fija en un punto ante su vista; no se oían conversaciones, y el único sonido era el tableteo de una máquina de escribir en la oficina.

## 9

Empezaba a caer la noche.

No me sentía con la más mínima necesidad de averiguar la hora en que partiría el tren. Me quedé allí mucho tiempo, dormitando, comiendo de vez en cuando galleta o un trozo de chocolate, y levantándome para estirar las piernas o hacer algún viaje al baño -que estaba ubicado afuera, en una casilla apartada de madera.

Era de noche cuando llegó el tren. Apenas paró, intenté subir a los vagones de primera; pero las puertas estaban cerradas y el interior oscuro.

Alguien me empujó, alguien nos empujaba a todos hacia la cola del tren.

Pasé junto a los vagones de segunda, sin poder subir, siempre arrastrado por la masa de gente. Llegamos al último vagón, que no tenía ningún cartel, y trepamos como pudimos.

Dentro, también estaba oscuro. No había asientos ni ventanillas, y el vagón era demasiado chico, teníamos que apretarnos de una manera exagerada.

Cuando no quedó nadie por subir, el guarda, desde afuera, cerró la puerta. Luego se oyeron pitos y campanas, y el tren se puso lentamente en marcha, con un largo silbido que flotó un rato sobre nuestro silencio.

La oscuridad era total y faltaba ventilación. El calor se hacía pesado. Descubrí que, aunque quisiera, no podía caerme. Estábamos demasiado apretados. Entonces cerré los ojos y me dejé estar, recostado a una masa cálida y silenciosa, que no protestaba por mi peso, ni por ninguna de las molestias del viaje.

Sentí una cierta felicidad cuando el sueño me fue alcanzando. El traqueteo y el ruido del ferrocarril, esa tremenda monotonía, ayudaban a que las condiciones para dormir fueran inmejorables.

Una única imagen antes de dormirme: acudió a mi mente la cara congestionada del jefe de estación. Luego me hundí rápidamente, supongo que con una sonrisa en los labios, en ese sueño denso, profundo, negro, como un mar inmenso y tibio, sin imágenes, sin palabras, sin pensamientos.

**FIN**

*Libros Tauro*  
[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)